

# CARACTER SOCIAL DEL ARTE

---

*El arte es la forma social de lo bello.*

Para apreciar reflexivamente la importancia de las obras artísticas no se puede prescindir del efecto que hayan causado y sigan causando en la vida emocional del individuo y de las colectividades.

No es el éxito la razón suprema de las cosas, pero cuando perdura, cuando salva límites de espacio y tiempo, adquiere fuerza incontrastable, semejante á ley de gravitación universal, que rige no sólo lo físico, sino lo moral.

Con él ocurre lo que con la ausencia y con el viento. Lo hay momentáneo, de efecto, flor de un día y el que persiste y supera todo valladar, lo mismo que la ausencia disminuye las pasiones superficiales y agiganta las hondas y que el aire apaga la bujía y reanima el fuego.

Sin recurrir á la pátina del tiempo, demiurgo que en vano invoca lo efímero de nuestra existencia, los éxitos que producen eco y resonancia generales, denuncian que la obra de arte ha convertido en redivivo y plástico un estado de alma, un común pensar y sentir, que surgió y se reproduce merced al cruce siempre fecundo de la iniciativa individual con el espíritu colectivo.

Presienten la virtud educadora del arte cuantos inician seriamente el estudio científico de la historia, cuya trama interna hay que sorprender en los datos esculpidos en el arte. La literatura es la fuente inagotable de la historia interna, de la real y viva. Á ella acudió como manantial abundante, y en ella recogió datos, símbolos y realidades, Taine para sus magistrales estudios de crítica y de historia.

Modeldeando su obra en el bloque del científico y del pensa-

dor, el literato, que ha poco evocaba un realismo naturalista, convertido en exigencia de la moda, que ayer diluía su inspiración en psicologismos que se quebraban de *sotiles*, aspira hoy, con premeditación ó irreflexivamente, á condensar, en el simbolismo del arte, los anhelos sociales, elaborando su creación en comunión estrecha con el público.

Mitad ventrílocuo, mitad apóstol, el literato del día expresa un estado del espíritu colectivo, estado que siempre oscila entre las tinieblas de la indiferencia y las penumbras del pesimismo. Y entre ambos extremos llega, cuando llega, á los acentos tribunicios, presintiendo á veces, sabiendo en ocasiones, que viven lo mismo el individuo que la colectividad, *materia prima* de sus creaciones, tanto ó más de lo pasado que de lo actual.

Gravita lo que fué sobre lo que somos por doble imposición de la lógica y de la historia, de la propia idiosincrasia y de la herencia. Y aun en aquel tan manoseado tema del amor, ¿qué artista, por mediocre que sea, no descubre que la más nueva y más fresca emoción amorosa de la joven es eco de su pasado, que se prolonga indefinidamente en la continuidad vital?

Late su corazón cual prolongación rítmica del latido del corazón universal. El genio de la especie, que dice Schopenhauer, enrojece sus mejillas, como signo visible de emociones interiores que resumen y condensan las más difusas de la raza. No es ella sola quien ama; en ella ama la humanidad entera.

Quizá ha sido ésta la razón interna de que el arte haya recurrido ante todo y sobre todo al tema del amor, como emoción, en la cual se hace plástico, mejor que en ningún otro afecto, estado mental que repercute en todos, que hiere las fibras del corazón, siempre joven, según se dice.

Hoy, que emociones tan complejas como aquéllas, si no tan vivas, juegan papel importante en el escenario social, á ellas ha de recurrir también el arte, dejando de ser la religión de los ricos para convertirse en la religión de todos.

Cuanto más social sea, más real y más vivo será el arte, de cuyos encantos todos quieren gozar, aun los que antes no

poseían otro que la oración, ni contaban con más teatro que la iglesia.

Tal vez aspiran, los hasta aquí desheredados, á una patria moral que unifique las inteligencias y purifique la atmósfera caliginosa que nos asfixia. Así podrá la belleza ser *idea-fuerza*, que dice Fouillée, ó disciplina interna, á la cual se encomiende la *cura de almas*, como pensaba nuestro Moreno Nieto.

Si el arte literario se mueve siempre entre crepúsculos y auroras, si, más que ciencia, es un recurso eurístico, si aspira, señalando nuevas orientaciones, á la penetración simpática en el misterio de las cosas lejanas (algo de lo antiguamente denominado vate ó adivino), ¿cómo no recoger de las inquietudes y zozobras de la generalidad, de los vagos anhelos de la multitud, del hervor de vida subconsciente en el popular, materia para convertir en plástico y luminoso lo que aparece indefinido y difuso?

La atmósfera, que nos alienta á veces y que en ocasiones nos deprime, el medio que nos rodea, lo mismo cuando nos nutre que cuando nos asfixia, lo que se filtra á través de los poros de lo emocional, lo que revela el *tedium vitæ* como incoherente aspiración á lo mejor, es el señuelo que ha de atraer al que, sintiéndose atormentado por el *statu quo*, es artista de veras.

Para concretar deseos generales, para dar forma á necesidades unánimemente sentidas, el arte dejará de cultivarse como planta de estufa galvanizada por el calor artificial de un Mecenas (hasta la protección oficial ó académica parece que esteriliza la inspiración) y buscará su sanción en quien únicamente puede darlas, en Su Majestad el público.

En breve, el arte ha de ser social. Ni lo palatino, ni lo académico, ni lo erudito, ni lo popular (en el sentido de vulgar ó espontáneo) puede nutrir la inspiración artística más que con particularismos exclusivos, ensalzados por las parroquias de barrio.

Sin duda el arte es ante todo personal, personalísimo, mientras la labor científica es impersonal y objetiva, diferencia que explica la esterilidad de los esfuerzos gastados en la im-

portación é imitación de escuelas extrañas al genio de la raza. No puede, no, venir la luz del Norte, ni tampoco del Mediodía; irradia de todos los puntos de la esfera; ni acá, en la transparente, plástica y sugestiva inspiración meridional, puede arraigar el sombrío simbolismo del Norte. Tolstoísmo, ibsenismo y otros *ismos* son productos exóticos para la gente latina, tocada de cierta moda de *snob*.

Podrán los latinos, ostentando cultura novísima, apreciar (quizá exageradamente) bellezas perdurables de los grandes escritores del Norte, pero evocar lo imaginado sin el excedente de vida pasional, que constituye el subsuelo de la propia idiosincrasia, es empeñarse en trazar cruz en el agua.

Aunque personal y personalísimo el arte, en lo que podemos denominar factura y procedimientos, ha de bucear el fondo, el asunto, en lo universal é impersonal, en lo plenamente social y, si á más pudiera llegar, en lo perdurable y eterno por humano. Dolores individuales (lirismos reales ó fingidos), alegrías momentáneas, ocupaciones y preocupaciones subjetivas, obsesión de ideas particularistas, todo ese conjunto abigarrado, en que se retuerce el pensamiento, se rebusca la frase y se sutiliza una corrección intachable, es flor de un día, que dura .. lo que la luz de un relámpago (1).

El arte, que no perece por eterno y humano (ejemplo, la despedida de Héctor y Andrómaca), ha de labrar su obra en la cantera inagotable de la vida social, ha de ser barómetro sensible á sus variaciones constantes, ha de recoger del común pensar y sentir luces, sombras y penumbras y aun penetrar audazmente en las tinieblas, único sentido aceptable, cuando recomiendan algunos la ignorancia como favorable para la inspiración (*Antrum adjuvat vatem*). En efecto, el innovador (el que se trae algo dentro, dice el vulgo) ha de desconocer (ó aparentarlo al menos) muchas de las tenidas por verdades ó que han adquirido tal categoría, por lo que se repiten (psitacismo), y decidirse, nuevo caballero andante, á

(1) La enfermedad crónica del lirismo independiente, retratada por nuestro Espronceda en «cantar lo primero que nos salte á la mollera», es la que padecen, con síntomas agudos y graves, muchos de los modernistas del día.

dar salto mortal en el abismo tras su Dulcinea, el ideal que calme las ansias y los dolores de la multitud. ¿Para hacerlo gacetable? Jamás, que no es tal empresa propia del arte (1).

Se ha de mover éste en la penumbra que distingue y á la vez une lo conocido con lo desconocido, lo que se ve con lo que se presiente, sin que tal consideración sea óbice para reconocer que la ignorancia es rémora de la inspiración, y siga siendo verdad incontrovertible el precepto horaciano: *Scribendi recte, sapere est principium et fons*.

Pero el saber que necesita el artista rebasa los límites de lo escolástico y de lo técnico, excede en cierto respecto al científico (siquiera en otro le sea inferior), se cosecha en las altas especulaciones de los pensadores y en las hondas preocupaciones del vulgo, dirige su mirada escrutadora á todas las cosas, contemplando la escena ondulante del mundo, en la cual deja huella imborrable, y como el fuego y la vida, no se conserva sino en cuanto se comunica merced al proselitismo (demiurgo del arte), y á la eficacia educadora de la sugestión que lo propaga y difunde; saber en cierto modo enciclopédico, no específico, de amplia cultura más que de rigor sistemático, de carácter sincrético y mejor *sinóptico*, como decía Platón.

---

(1) No son, sin embargo, las producciones artísticas *fuga vacui* ú ocupación de desocupados; antes bien el contagio simpático de ideas y emociones que provocan, las convierte en fuerza incontrastable, que se impone á toda rémora. Dice GROSSE en sus *Débuts de l'Art*: «El gran poeta tiene en sus manos el violín encantado del cuento alemán; al sonar la primera nota, abandona el guerrero su espada, deja su martillo el trabajador, cierra su libro el sabio; en unos y otros nace un mismo sentimiento, sus corazones vibran al unísono, todos se identifican con el poeta. Si los intereses encontrados de la vida diaria separan á los hombres, la poesía los une, porque despierta en sus corazones los mismos sentimientos y llega á producir en todos un estado de alma idéntico. Prueba la historia el valor práctico de semejante identificación. Lo mismo que Italia, desmenuzada por la política y redimida por la poesía, Alemania ha sentido también su poder unificador. Destruído el Sacro Imperio Germánico, prusianos, suabos y bávaros aprendieron por medio de la poesía que eran alemanes, y en tal sentido se puede afirmar que Goethe ha contribuído tanto como Bismarck á la formación del nuevo imperio».

El escritor de hoy (*bolígrafo* no expresa bien la idea que indicamos), al acometer la obra titánica que implica la exigencia del arte, la de *personificar lo impersonal*, ha de elaborar primero, allá en los silenciosos limbos de lo íntimo, su personalidad, y después oxigenarla y vigorizarla, viviendo en lo impersonal, nutriéndose de ello, sintiéndolo como propio. Constituyendo la conciencia individual como espejo del universo, con ojo avizor y sentido despierto, examina intuitivamente todos los problemas y, sin despejar la incógnita, proyecta sobre ellos un rayo de luz (ideas crepusculares), é impone, con su sello personal, perspectiva á distancia, de lo que pueda ser lo cuestionado.

El terreno movedizo de la literatura moderna ofrece débiles puntos de apoyo al escritor. Se suceden con rapidez vertiginosa las escuelas literarias, cambian al minuto los gustos reinantes, y el literato, que no puede cristalizar de modo definitivo, ni seguir un impresionismo momentáneo, oscila, ensaya, titubea y aun dotado de personalidad y relieve, sufre decepciones y desvíos que excitan y no calman la sed insaciable del acierto.

Si la literatura ha de ser eco de un sano realismo, que convierta en plástico el estado mental de la sociedad en que se produce, tendrá que revelar el odio semiconvulsivo que se agita en las más bajas clases sociales, la indiferencia egoísta y el culto exclusivo de la riqueza en las directoras y el pesimismo de los pensadores, impasibles ante la necesidad de la defensa ó mejora del estado social. Dentro de cauce aparentemente tranquilo se desliza la mansa anarquía, que enerva el vigor de la protesta. Tierra de fuego oculto, apenas si puede convertirla en fértil, menos en fecunda, la obra del literato.

Campo yermo el de la mentalidad social, ¿cómo no ha de esterilizar la labor del escritor que se asfixia en atmósfera tan caliginosa por dentro y tan indiferente en lo exterior?

Lo más fácil y hacedero es prescindir de ella, y embarcado en la corriente general del individualismo anárquico, acentuar nota desacorde como protesta contra lo existente, ostentando cierta presunción satánica ó subjetivismo endiosado. Es

el camino ancho de la bohemia, trillado por los escritores que se malogran.

La bohemia, especie de romanticismo en *capitis diminutio*, decadentismo efectista, cinismo literario, es una máscara que apenas oculta lo que ya descubría Sócrates, un orgullo desmedido á través del manto agujereado de Antístenes. Todo es ficticio en la bohemia, y los que la pueblan, si son artistas, lo son á pesar del espejismo en que se mueven. El desorden calculado en el vestir, la premeditada anormalidad en las maneras, es una variedad del dandysmo, explotada por algunos como engañabobos para cazar incautos que formen el coro de los admiradores.

Para el bohemio sólo es interesante lo que excede del orden común; según él, ha de aparecer como un sér excépcional el artista; se debe preferir la enfermedad á la salud, la fealdad á la belleza, al buen sentido la extravagancia y el desarreglo. Desorden y genio son ideas que, más que asociarse, se completan.

No queda cable al cual adherirse, porque ni la remota esperanza de descubrir en medio del desorden un cierto principio de orden puede prosperar para quien, como el bohemio, se distancia y aleja cada vez más del estado social.

Cuando se hastía de la vanidad anormal de la bohemia y aspira á sentir hondo para hablar claro, se convierte el escritor en «ciego que dirige á ciegos».

Aunque sienta caridad hacia los hombres, reconoce (con tristeza, si es sincero) que su prójimo se halla lejos de él. Tanto y tanto se ha desviado del estado social, que lo que le ofrece como don gratuito, más que por amor, se lo concede para trabajar por su propia gloria; es un usurero que presta para alcanzar la admiración de los demás.

Alardea de suma piedad (que termina en la anarquía) y aparentemente se duele de su impotencia para remediar los males que observa. Así llega á disipar la ilusión del apostolado.

En el aislamiento general (donde cada uno ha de luchar despiadadamente por sí y para sí mismo) siente germinar en su mente la idea de que la vida no admite soluciones lógicas,

ni racionales, que el desorden le es inherente y que el dolor no puede ser suprimido.

Cuando más, consigue dar á su viril protesta matices y aspectos de belleza, pero no desbroza el camino áspero y difícil; señala vagamente el ideal, entreve si acaso el fin, renuncia á buscar los medios. Con un impresionismo irónico, si no carece de nervio y vigor, aparece como un impulsivo, como un irregular... Apenas si logra sugerir ideas mediante símbolos, es decir, mediante imágenes organizadas y vivas.

Suele dimanar el divorcio del escritor y de la generalidad, donde busca el primero el proselitismo como panacea que calme sus ansias, más que del analfabetismo de la segunda, de lo distanciado que aquél se coloca de los cauces por donde corre y á veces se desborda la vida. Lo circunstancial es factor de los que no debe prescindir el literato, si aspira á que su obra encuentre eco en la sociedad en que vive. Ello puede y debe servir para que la producción artística rompa el hielo de la indiferencia, pero no es suficiente para un resultado definitivo (pues el arte es algo más que la fotografía), ni obra que se discute, sin más es obra que triunfa.

Hay que añadir la virtud que posee el que es artista de veras, la de dar forma precisa á los pensamientos, que sólo la tienen incipiente en la multitud, la de precipitar en una solución concentrada de evidencia los vapores sutiles de las vagas aspiraciones de la generalidad. Para ello han de luchar en la obra de arte, concertando ó distanciándose en épocas de crisis, la lógica y la historia, lo que debe de ser y lo que es. En suma, como dice acertadamente H. Berenger, «todo gran escritor apoya sus pies en lo pasado, adhiere su corazón al presente y dirige su mirada á lo porvenir».

Cualidades semejantes, que son las que consciente ó inconscientemente sugestionan al público, avaloran á escritores, entre otros muchos que pudieran citarse en Francia, como A. France, O. Mirbeau, P. Adam, M. Barrés, etc. ¿Existen en nuestro país escritores de tal fuste?

Creemos que sí, aunque lo mortecino de nuestra cultura, más que una insidiosa conspiración del silencio, retrase reconocerles de obra y palabra tal galardón. Prescindiendo de re-

putaciones ya consagradas, cuyo elogio equivaldría á *llevar hierro á Bilbao*, ¿cómo no citar, sin agotar el número, á A. Calderón, á E. Bobadilla, á R. de Maeztu, á J. Martínez Ruiz, etc.? Que su obra (la ya cumplida) no admite parangón con la realizada por los escritores franceses, es verdad, que no ha denegarse por patriotería insulsa, pero, como ellos, presienten (aunque no lo concreten en canon fijo) que el arte, lo mismo que las ideas y la existencia toda, se nutre del impulso individual que condensa dentro de sus límites, y en ellos hace plástico un nuevo aspecto de la vida emocional.

En efecto, con cuantos se desvían de la densa corriente de la vulgaridad se sienten, dentro de un ambiente difuso en sus aspiraciones, impulsados á proclamar una libertad de juicio rayana en lo anárquico, una enemiga creciente á lo dogmático y un individualismo sentimental, que les convierte en *islas de islas*. Solos en medio de la muchedumbre, de ella se separan y hacia ella gravitan, buscando una comunidad de pensamiento y vida, que parece tierra de promisión, si entrevista, no alcanzada. Lazos que conforten y que aminoren el tormento de la duda, únicamente los encuentran en las *capillas pequeñas* ó círculos que forman con la misma rapidez con que los deshacen.

Lenta la labor de la ciencia en recurrir á malestar tan intenso con remedio urgente, se invoca el demiurgo del arte, que *suená á hueco* por el formulismo externo y las exquisiteces de filigrana con que aisladamente se cultiva. Es vaso vacío de perfume...

Para llenarlo, la idiosincrasia moral de los contemporáneos sueña con una literatura y un arte, sedientos de ideal, que, superiores al lujo y á la inutilidad agradable, estimulan á la expansión de la vida; arte y literatura que no se satisfagan con hacer surgir la emoción estética, prescindiendo de toda realidad y aun de toda utilidad. De lo decorativo y alegórico de un arte huero, que degenera en artificio, el criterio moderno, con un espíritu de protesta (legítimo siempre que la literatura no condensa estados de la conciencia colectiva), juzga como un escéptico con ribetes de asceta. El desdén (la ironía y el humorismo) es cota de malla contra la cual deja

que se estrellen las insulseces de los que escriben por escribir.

Arte que semeja molino cuyo ruido se oye sin que se vea grano ni harina, ó que se parece á un mar de palabras y á un desierto de ideas, ha de ser apreciado (aun en el supuesto de un efecto momentáneo) con tonos satíricos, pues tan pronto como se le aplique el escalpelo de la crítica, ha de revelar carencia completa de la sincera y real emoción estética, debida á la síntesis de un alto pensar y de un hondo sentir.

El arte falto de ideal, que toma como norma el ritmo de la belleza clásica (la imitación), sólo vive del recuerdo, será poesía correcta, pero no sentida, algo semejante á lo que Mantegazza denomina amor por compasión (lumbre que se apaga).

Rebuscar en lo alambicado de la frase ó en lo huero de las formas, *pensar lo que se dice* engendra un arte meditado y erudito, propio de aquel que escribe pulcramente y compone versos sin ripios; *decir lo que se siente*, penetrando en el alma de los demás merced á una inducción sugestiva y simpática, aun á riesgo de alguna incorrección, es lo propio del arte real y vivo del que siente dentro de sí la verdadera emoción estética y por especie de contagio prestigioso la comunica á los demás en una síntesis de realidad en parte libremente imaginada.

El secreto á que se debe dicha síntesis, deseo que atrae á cuantos padecen la enfermedad del ideal, queda cerrado con siete llaves ante todo empeño de sutileza y perspicacia. La más audaz psicología estética ha de referirlo al desenvolvimiento anterior de la conciencia individual (que por esto se dice que el poeta nace).

Qué ocultos caminos sean los que guíen derechamente á conseguir la sugestión prestigiosa del arte es lo que no podrá decir *a priori* la crítica y lo que sólo *a posteriori* consagra el juicio definitivo del tiempo. Porque semejante problema, referido principalmente al arte productor, no es de orden especulativo, ni de orden empírico, es de naturaleza genética. Sólo el conocimiento de la evolución individual, en relación con la de la especie, podría en parte explicarlo.

Pero lo que es lícito anticipar, dejando intacta la cuestión antes formulada, es que el arte no perdura en las formas dentro de las cuales cristaliza, sino en lo que es signo de su vida, en el sentimiento que le impulsa á satisfacer la necesidad urgentemente sentida por el hombre de intepretar la vida (siempre dentro de los límites de lo posible) según las ideas que predominan de momento ó las que se presientan como mejores y más progresivas, embelleciendo la realidad y simbolizando lo impersonal con acentos personalísimos.

En efecto, de naturaleza genética es el problema capital del arte, todo él formulado implícita ó explícitamente, en la explicación que se investiga del origen de la emoción estética.

Debida la emoción artística á una actividad que se ejercita por sí misma y que en dicho ejercicio encuentra su complemento, sin tener como fin directo ninguna función vital ó social, se ha estimado el arte excedente de vida, lujo de la existencia, algo superfluo é inútil, que tendría, sin duda, en cuenta Platón para desterrar de su república á los poetas.

El aspecto de lujo, ostentación y exceso de vida estimula á olvidar que el arte es un *factor social* que contribuye á la conservación del individuo y de la especie, puesto que emancipa al primero y fija el genio de raza de la segunda, en cuanto la individualidad se agiganta con la creación artística, y merced á ella misma cristaliza, por ejemplo, el bloque recio y sano del genio español en los Quijotes y Alcaldes de Zalamea mejor que en historias minuciosas y detalladas.

Prueba cumplidamente la transcendencia social del arte cuanto se piensa acerca de su origen, referido con cierta unanimidad (Homero, Rousseau, Schiller, Spencer y otros) á una forma del juego.

Nota individual y creación de imágenes son los caracteres que Ribot atribuye al juego, origen, según dicha teoría, del arte. Desde luego su índole nativa y espontánea equivale, en el orden mental, á la necesidad de la generación en lo fisiológico; si el primero es un excedente de vida, la segunda acusa un exceso de nutrición.

Late ya en las observaciones más pedestres, lo mismo que en las conjeturas más audaces (aun la altamente especulativa

de Kant de la finalidad sin fin) respecto al origen del arte, una idea que se impone á todo subterfugio del raciocinio. Si el arte se refiere en su origen al juego, á excedente de fuerza, su base queda cimentada en el ejercicio de las funciones vitales. De otro lado, si el arte, con su universalidad simbólica, busca el contagio simpático, adquiriendo prosélitos y obligando á los demás á que piensen y sientan al unísono, hay necesidad de concebir en él cierta transcendencia social cuando utiliza lo superfluo y lo orienta en determinada dirección.

En uno y otro caso la utilidad del arte resulta innegable, y el fin, que se le niega considerado en lo exterior, hay que reconocerlo como inmanente. Tal declaración explícita, la de la finalidad propia del arte, surgiendo del hervor de vida inherente al individuo dentro del medio social, sería la única justificación posible, sin abstracciones intelectualistas, de la teoría del arte por el arte. Cuando se caracteriza cuanto al arte se refiere (en sus elementos, factores, estados de alma, algo impersonal y general que flota indefinidamente) como concretado en una síntesis, la de la creación, con sello individual que toma materiales de lo universal y genérico, se acepta, siquiera lo olvide luego el raciocinio abstracto, que el arte no es rama desgajada del árbol frondoso de la vida, sino fruto sazonado y maduro del desarrollo individual y social.

Y antes de justificar su razón de ser en relaciones exteriores más ó menos cercanas, el arte por la verdad, el arte para el bien, etc., importa declarar el valor insustituible del arte mismo, su fin propio, su fuerza incontrastable en la producción de la hermosura y de la emoción estética que sugiere.

Ni es concebible, ni es real, según declara Grosse (1), un arte exclusivamente individual. Su aspecto social se halla bien acentuado en los orígenes de todas las manifestaciones estéticas y señaladamente en la poesía, que ha comenzado siendo anónima, se ha conservado más tarde en ciclos de rapsodas, bardos, trovadores, poetámbulos que decía Campoamor. Si después se acentúa el individualismo, la independencia de lo

---

(1) *Les Débuts de l'Art.*

tradicional y legendario (expresión de la inspiración colectiva), la protesta contra el criterio cerrado de las escuelas, otra vez la índole propia del arte, extendiendo indefinidamente el *leit-motif* de sus creaciones á cuanto nos rodea, á lo que Mantegazza llama la *fraternidad cósmica*, revela la gravitación impuesta al genio individual para concertar con el de las multitudes.

Si á alguien pudiera parecerle gratuita la afirmación, la hallará justificada al observar el desarrollo progresivo del sentimiento de la naturaleza y la transformación del humanismo de las literaturas clásicas, ampliando la emoción simpática, su representación y su expresión rítmica á la comunidad de naturaleza que se supone como atmósfera nutritiva de todos los sentimientos.

Los éxitos ruidosos que actualmente logra el arte llamado socialista (el que clama contra las injusticias de la organización social) y el progreso creciente de la música, lenguaje universal y sugestivo de todas las emociones, se oponen al lirismo individualista de los que luchan contra pretendidas servidumbres, que proyectan al exterior para vigorizarlas interiormente con sus contradicciones.

La ampliación detallada y minuciosa de tales consideraciones y su fácil aplicación á la historia de todas las bellas artes comprobaría de modo incontestable que el origen del arte se explica, mejor que con la hipótesis que lo refiere al juego, concibiéndolo como germen que brota, flor que se desarrolla y fruto que se cosecha merced á la emoción que lo general produce en el individuo y que éste á su vez devuelve á la convivencia universal más ó menos modificada, pero siempre enriquecida con perspectiva y emociones nuevas, que sugieren otras y otras, y así sucesivamente.

En la virtud fecundante del contagio simpático de emociones é ideas, concretando el genio individual lo genérico y difuso, que á su vez excita nuevas emociones y más ricas perspectivas, se halla el venero inagotable de la inspiración artística, debida por igual á una rítmica ponderación de factores psicológicos y sociológicos.

En suma, el artista podrá imaginarse (es una de tantas licen-

cias poéticas) que se entrega á un monólogo, pero su obra será siempre (si ha de perdurar) un diálogo. ¡Dichoso aquel que, al emocionarse y hacer plástica su emoción, logre dialogar con cuanto existe!

U. GONZÁLEZ SERRANO.

---

# DATOS PARA LA BIOGRAFÍA

DEL DOCTOR

## LUIS DE MERCADO

---

La vida de D. Luis de Mercado, el doctor ilustre que constituyó en un tiempo la más gloriosa figura de la medicina española, es desconocida en absoluto. Aun los más laboriosos investigadores en esta manifestación particular de nuestra historia, como Hernández Morejón y Chinchilla, se limitan á noticias tan conocidas como la de que fué médico de Felipe II y Felipe III, y alguna otra deducida de sus obras. Sin ánimo de trazar una biografía completa, sino con el de facilitar nuevas investigaciones, transcribiré á continuación los datos que en el curso de otros trabajos he podido reunir.

En primer término, he de confesar, aunque me sea doloroso, que la creencia generalmente admitida, de haber nacido Mercado en Valladolid, carece de todo fundamento. Nació en León, si bien siguió su carrera en la Universidad pinciana, y en ella se graduó de doctor en medicina. Una y otra cosa se deducen del siguiente documento, existente en el archivo de dicha Universidad:

título de doctor  
en la facultad de  
medicina á luis de  
mercado.

En vallid Domingo veinte y seis de mayo de este año de mill y quinientos y sesenta años á las onze dadas antes de medio dia en la indición primera y en el pontificado de nro muy Sancto padre pio quarto estando en el theatro que se haze dentro en la iglesia mayor desta villa para semejantes autos los muy mag<sup>cos</sup> señores licenciados Juan de Morales colegial del

colegio de sancta cruz vicechancellor deste estudio y universidad por el muy illustre señor don alonso enriquez abbad desta villa y chancellor deste estudio y el doctor hernan rodriguez padrino y diego de oliuares y juan rodriguez y joan de peñaranda y amator de aramburu y Joan de espina y martin gonçalez de bonilla y andres carrasco de sahagun y antonio alvarez y jeronimo de mayorga y alonso rodriguez y lorenço isidro y pedro de Segobia doctores en medicina en esta universidad y Joan de baldero y gutierre de monroi y joan fernandez badillo y alonso velazquez y antonio garamato de vega y antonio de Villa real doctores en sacra theologia en esta universidad y el doctor luis Salado y esteban de Sanctander y tomas de tobar y carlos de abaunça y Joan de arguello y Joan de morales y bernardo arias y diego ortiz de funez y cristoual de espinosa y Julian de castejon doctores legistas en esta universidad y el doctor pero Gutierrez y francisco de Vitoria y baltasar de meneses y francisco de la cadena y francisco de la fuente doctores canonistas en esta universidad y el doctor Sebastian de Salinas y Joan de Grechilla y Joan ochoa doctores en la facultad de artes y philosophia en esta universidad—Luis de mercado natural de leon licenciado en la facultad de medicina en esta Universidad despues de leida su lecion y puesto le sus objeciones por los arguientes las quales fueron refutadas por el dicho licenciado con la reuerencia debida y acostumbrada el dicho licenciado Luis de mercado pidio al dicho señor vicechancellor el grado de doctor en la dicha facultad de medicina y las insignias que para ello se suelen dar lo cual visto por el dicho señor Vicechancellor ser justa su peticion dio el

grado de doctor en la dicha facultad de medicina al dicho luis de mercado y dio facultad al dicho Hernan Rodriguez padrino le enbistiese las dichas insignias y juro en forma todo lo que deue jurar conforme a los estatutos desta Universidad para el dicho grado de doctor, y luego el dicho padrino despues de hecho el dicho juramento le enbistio las insignias acostumbradas y le asento en el dicho teatro en su lugar en señal de posesion de lo qual todo pidio testimonio en forma y su carta de doctor en la dicha facultad de medicina estando presentes por testigos los muy ill.<sup>es</sup> señores don Juan de Padilla adelantado de Castilla y Hernando de Vega señor de grafal y el licen<sup>do</sup> hortiz abb<sup>o</sup> desta real chancilleria y alonso de carbajal racionero de plasencia y Joan Alonso de reinoso y jeronimo de reinoso vedeles y otros muchos caualleros y letrados.—Ita est et interfuit: Christophorus de menchaca (1).

Por consiguiente, Mercado se graduó de doctor en 26 de Mayo de 1560, y por entonces, en la misma ciudad de Valladolid, casó con D.<sup>a</sup> Juana de Toro. De este matrimonio tuvo, que yo sepa, cinco hijos: Isabel, María, Antonio, Luis y Bernarda (2).

(1) Libro de grados mayores que principia en el año de 1556 y fenecce en 1616. Folio 44 vuelto.

(2) ↘ Antonio. — en beinte de otubre (1566) bautice a antonio hijo del doctor mercado y de doña juana de toro su mujer fueron padrinos el licenciado toro madrina antonia alonso su abogado S. francisco.—Andres martinez. (Parroquia de la Antigua, libro de bautismos de 1530 á 1583, f. 81 )

↘ Luis.—En diez y nueve de Jullio de 1573 años bautize a Luis hijo del Doctor Luis de mercado medico y de doña juana de toro padrinos el canonigo diego de toro y barbula de iarrion abogado santiago.—Urban de Villoslada cura. (Antigua, l. íd., f. 149.)

En el año de 1572 hizo oposición á la cátedra de prima de medicina, vacante por muerte del doctor Fernán Rodríguez. Anuncióse la oposición á 26 de Junio, y á ella se presentaron, á más de Mercado, el licenciado Diego Merino y el doctor Juan de Peñaranda; pero el primero de estos dos desistió después de un ejercicio á causa «de una fiebre continua...; no por respecto de ningún oppositor ni por otro respecto alguno.»

El doctor Mercado recusó á uno de los individuos que, con arreglo á los estatutos de la Universidad, habían de tomar parte en la votación, Bernardino de Segovia, fundándose en que mal podía haber probado en aquel año un curso de lectura, requisito necesario para ello, cuando su cargo de médico de Torrelobatón le había retenido en aquel punto. Al efecto, ofreció demostrarlo por medio de testigos, y estimada la prueba por el rector doctor Ondegardo, se hizo la información en la misma villa de Torrelobatón, resultando confirmada la aserción de Mercado. En 1.º de Agosto de 1572 le fué adjudicada á éste la cátedra (1).

En 14 de septiembre de 1592 recibió el nombramiento de médico del Rey, con 60.000 maravedís ordinarios de ración y quitación. Por cédula fecha en Burgos en el mismo día le concede S. M. de ayuda de costa 20.000 maravedís (2).

Según certificaciones firmadas por Juan de Spina, Mercado no faltó ni se ausentó en todo el tiempo que ejerció su cargo. La última certificación, fecha en Valladolid á 19 de Enero de 1602 por Jerónimo de Quincoces, se refiere á haber asistido en todo el año de 1601.

↳ El doctor Luis

de mercado.—En seis de henero de 1576 años bautize a bernarda, hija de El doctor luis de Mercado y de doña Juana de toro, padrinos El lic.<sup>do</sup> Bernardo matienzo y Antonia alonso, su abogada sta Catalina. — El br. Urban de Villoslada Cura. (Id., f. 162.)

Aunque no he hallado la partida de bautismo de Isabel y María, por documentos posteriores me consta que fueron hijas del Dr. Mercado.

(1) El expediente se halla incompleto, pero en la primera foja del mismo consta la fecha de la adjudicación.

(2) Simancas, Quitaciones de Corte, letra correspondiente.

De los hijos de Mercado puedo decir que Luis estudió en esta Universidad, y en 16 de Abril de 1595 tomó el grado de licenciado en leyes, cuando contaba veintidós años (1). En

(1) Juramento y grado de licenciado en leyes á don Luys de mercado.

En Vallid domingo a las once horas de la mañana a diez y seis dias del mes de abril de mill y quinientos y noventa y cinco años estando en la capilla de sor sant Juan ques en la yglesia mayor desta villa estando en ella los s. s. doctores Juan martinez de Recalde vizecanciller y el doctor Joan de campo Redondo padrino cathedratico de prima de leyes, utriusque iuris doctoris, y Joan Lopez Orejon y diego de Valdes y martin y Juan de bonilla y franco de aguiar y barne pizarro oydor desta Real audiencia y franco garcia ximenez, y el dicho Juan martinez de Recalde y Pedro de barcena carasa y don Antonio de mella doctores juristas por esta Universidad, el bachiller don luis de mercado natural desta villa para recibir el grado de licenciado en leyes hizo el juramento que suelen y acostumbra hazer los que se graduan de licenciados en esta Universidad conforme a los estatutos della, y hecho los dichos s. s. se pasaron a la capilla de señor sant llorente ques en la claustro de la dicha yglesia y auiendo el dicho bachiller don luis de mercado sido examinado la noche antes por onze doctores juristas que se hallaron presentes al dicho examen los quales abiendo botado por aes. y res. como es de costumbre, todos onze nemine discrepante le aprobaron como consto por onze A A A A A A A A A A. que me dieron le diese y el dicho bachiller don luis de mercado aviendo humildemente pedido el grado de licenciado en leyes y el dicho vizechanciller se le dio y concedio libremente con toda la solemnidad acostumbrada para que quando quisiere y por bien tubieve pudiese recibir el grado de doctor en leyes por esta Universidad. y el dicho licenciado don luys de mercado lo pidio por testimonio y la carta de licenciado siendo presentes por testigos el marques de tanara et don Antonio cabeza de vaca y don manuel franco de guzman y don Antonio lopez y el licenciado don leon de miranda y el doctor alonso de mendoza y el canonigo diego de toro y el doctor franco sobrino y el doctor yheronimo de Rabanal canonigos de la yglesia mayor y otras muchas personas eclesiasticas y seglares y franco dorantes be-

1597 ejercía el cargo de alcalde del crimen, perteneciendo al Consejo de S. M. Casó con D.<sup>a</sup> Leonor de Pedro Mato, de la que tuvo un hijo llamado Manuel (1).

D.<sup>a</sup> Isabel de Mercado casó con Francisco Ruiz, *parcero médico*, y tuvo nueve hijos, nacidos desde 1587 hasta 1601. Se llamaron Alonso (2), Francisco, Luisa (3), Luis, Diego, Luis (4), Juan Bautista, Micaela (5) y Juan Tomás (6). Uno de éstos, Francisco, llegó á ser canónigo de Valladolid, y murió en sus casas de la misma ciudad á 21 de Diciembre de 1644. «Estaba muy pobre», dice el asiento en que consta la defunción (7). Su madre D.<sup>a</sup> Isabel había muerto en 1631 (8).

del y lorenzo de sant miguel maestro de cerimonias y toribio gonzalez de quixano alguacil. va testado. Juan lopez Orejon y nueve, no vala.—Passo ante mi. Claudio de Ordas, secretario.

(Libro de grados mayores que principia en 1556 y fenece en 1616, f. 201.)

(1) Manuel. en diez y ocho de el dicho mes de abril baptice amanuel hijo de el señor Luis de mercado y de doña Leonor de pedro mato fueron padrinos el dor Luis de Mercado i doña Juana de toro y de el castillo su abogado ç. Jacintho digo que este bautismo fue en diez y seis—El licen<sup>do</sup> Velazquez. (Antigua, libro 2.<sup>o</sup> de bautizados, f. 102 n<sup>o</sup>.)

(2) Fué padrino el Dr. D. Pedro de Sosa, catedrático de medicina.

(3) Padrino el Dr. Arindez de Oñate, catedrático de medicina; madrina, María de Mercado.

(4) Tal vez hubiera muerto el primero de igual nombre.

(5) Padrino el Lic. Villagutierre.

(6) Fué padrino D. Luis de Mercado, no se expresa si el padre ó el hijo.

(Parroquia del Salvador, libro 2.<sup>o</sup> de bautismos, folios 122, 144, 165, 173, 191, 197 v.<sup>o</sup>, 221 v.<sup>o</sup> y 243 v.<sup>o</sup>)

(7) Parroquia del Salvador. l. 2.<sup>o</sup> de difuntos, f. 242.

(8) Idem íd. f. 230 v.<sup>o</sup> He aquí la partida: —Doña Isabel de Mercado—en quatro del dicho mes y año murio Doña ysabel de Mercado rrecivio los sanctos sacramentos enterrose en esta yglesia. otorgo su testamento ante Joan Rodriguez Asperilla el año veinte y nueve y hizo codicilio dos ó tres dias antes que muriesse, ante el mismo testamentario Don Francisco de Mercado canonigo de esta sancta yglesia catedral su hijo.

María de Mercado casó con Jerónimo Ximénez. Tuvieron tres hijos: Alonso, bautizado en 3 de Diciembre de 1581; Ana María, en 18 de Abril de 1586 (1), é Isabel, en 26 de Mayo de 1588 (2).

Estos datos desperdigados, repito, son incompletos y hallados al azar. Ya interesado en el asunto, espero que muy pronto podré ampliar con nuevas noticias la biografía del ilustre Dr. Mercado.

NARCISO ALONSO A. CORTÉS.

---

(1) Salvador, l. 2.º de bautizados, f. 105 v.º.

(2) Idem íd., f. 128. Fué padrino el Lic. Villagutierre.



# MOTORES DE VIENTO

---

El empleo de la fuerza del viento data en Oriente de la más remota antigüedad y, al parecer, aquélla fué importada en Occidente durante el siglo undécimo por los Cruzados.

España no fué entonces la última ni la que menos aplicaciones hizo de la mencionada fuerza, como lo atestigua la antigüedad de los molinos de la Mancha—inmortalizados por Cervantes—y los de otras regiones de la gran meseta que forma la parte central de la Península Ibérica.

Todo lo que en aquella época se mostró progresiva, instalando en su suelo lo que halló bueno en enemigas y extranjeras tierras, se encuentra al presente rehacia en seguir las corrientes del moderno progreso.

Más de veinte años han transcurrido desde que se instalaron en los alrededores de Madrid los primeros molinos de viento, y en todo ese tiempo creemos no equivocarnos al decir que hoy su número no pasa de una docena en todo el término municipal de la capital de España. ¡Tiempo suficiente para que en los Estados Unidos de América se instalasen por cientos de miles, funcionando en la actualidad dedicados solamente al riego más de un millón y á producir electricidad y á otras industrias un considerable número.

En Holanda, Bélgica, Alemania y Francia forman en algunos parajes verdaderos bosques de torres aladas que, recogiendo la energía del viento, prestan sangre y vida á la vegetación con el agua extraída del subsuelo.

Los habitantes de estos países han llegado á comprender que, si bien en aquellos climas sólo una tercera parte del año se puede contar con viento útil, la mula que tira de la noria tampoco puede trabajar más de ocho horas al día, esto es, la

tercera parte del año. Consume lo menos 365 pesetas anuales por alimentación, albergue, herraje y cuidados indispensables, que en diez años, máximum que dura tirando de una pesadonoria, ascienden á la importante suma de 3.650, y como al fin de éstos se inutiliza y es necesario sustituirla con otra cuyo valor calculamos en 700 pesetas, las mismas que deben sumarse á los gastos ya ocasionados, arrojan un total de pesetas 4.150, sin contar lo que cuesta tener un muchacho para arrearla durante las horas de trabajo.

Por el contrario, un motor de viento, último modelo, fuerza de un caballo, sólo cuesta en casa del representante D. Antonio Cuevas y del Campo, calle de Bravo Murillo, núm. 45, Madrid, 700 pesetas. Si á esto agregamos el coste de bomba, torre, tubería y demás gastos, no excederá en la mayoría de los casos de 1.500 pesetas. Menos de lo que cuestan la adquisición de una buena caballería, sus arreos y la instalación de una mala noria.

Con la diferencia de que la caballería y el que ha de atenderla ocasionan gastos aunque no trabajen, y el motor de viento, que puede instalarse en todas partes, aun trabajando, sólo exige que se tengan limpios y cargados sus engrasadores, lo cual se consigue con una sola visita cada ocho ó quince días; pudiendo asegurarse que, una vez instalado, su trabajo es completamente gratuito, y por eso el motor de viento es el llamado en muchísimos casos á sustituir no sólo los motores de sangre, sino también los de vapor, dados los altos precios que no puede menos de alcanzar toda clase de carbones.

En cuanto á duración es indefinida, siempre que se le presen los cuidados que requiere toda máquina, con sólo reponer los cojinetes cuando se hayan inutilizado en fuerza del prolongado rozamiento.

Se nos ocurre ahora preguntar: puesto que todo hecho tiene una causa, ¿cuál puede ser la que motiva el actual atraso de España en todos los órdenes de la vida, hasta el extremo de figurar como nota discordante en el concierto europeo? ¿Somos por ventura los españoles una raza agotada en sus energías y por ende incapaz de evolucionar y ponerse en ar-

monía con el medio en que vive, y condenada por consiguiente á perecer absorbida por otras más fuertes y progresivas? Porque es un hecho geológico jamás desmentido: especie que no cambia en la misma medida que el medio ambiente que la rodea, perece; sociedad que, enamorada de lo pasado, pretende retenerlo y vivir en él, olvidando el presente y el porvenir, ó que pensando de continuo en el cielo desdeña el cultivo de la tierra que produce su vestido y alimentación, es sociedad próxima á morir.

Algo de esto tenemos los españoles. Enamorados de nuestra triste historia, *sí, triste*, porque de la dominación de los fenicios pasamos á la de los cartagineses, de manos de éstos á las de los romanos, que por fuerza hubieron de cedernos á los bárbaros del Norte; vencidos los godos en el Guadalete, quedamos dominados por los árabes, necesitando cerca de ocho siglos para expulsarlos del suelo que ellos conquistaron en menos de tres años.

Los siglos XV, XVI y XVII, de que tanto nos enorgullecemos porque una serie de bien combinados matrimonios y el descubrimiento de América nos hicieron dueños de vastos territorios, fueron para nosotros de mucho relumbrón y ninguna utilidad. Aquellas titánicas guerras que sostuvimos por el solo afán de ser los paladines de lo pasado—la fe como criterio único de la humanidad,—fueron causa de padecimientos y miserias nunca sentidos en épocas anteriores, la casi total despoblación de España y el origen de nuestros males presentes, porque desarrollaron en el alma española el espíritu aventurero, fanfarrón, que desdeña todo progreso, y el estúpido quijotismo, con absoluto abandono de la instrucción y el amor al trabajo, que en vez de castigo, como asegura el texto bíblico mal interpretado, es condición de todo progreso y bienestar.

No son, sin embargo, estos defectos la principal causa de nuestra enfermedad, sino la crasa ignorancia que padecemos.

El 75 por 100 de los españoles desconocen el arte de escribir, el 66 no sabe leer, más de la mitad de los que saben leer no leen, de éstos son muy pocos los que entienden lo leído, y en número mucho menor los que piensan por su

cuenta, siendo para la casi totalidad más fácil y cómodo que discurrir, el creer, ya sea lo que dice un periódico, el cura, el sacristán ó el barbero de la aldea.

Por lo tanto no es de extrañar que, mientras en las naciones más cultas se afanan los gobernantes y gobernados por descubrir las corrientes subterráneas, alumbrar sus aguas y elevarlas á la superficie por medio de la energía que generosamente se ofrece en todas partes al hombre instruído y laborioso para fertilizar y embellecer el suelo, los españoles reduzcamos nuestros esfuerzos á hacer rogativas á los santos de nuestra mayor devoción cuando sobrevienen las sequías, en vez de canalizar nuestros ríos, hacer pantanos para el riego y sacar á la superficie, valiéndonos de las fuerzas naturales, las aguas subterráneas.

¡Desgraciado país aquel que para tener ferrocarriles, tranvías y minas ha sido necesario que empresas extranjeras se apoderen de unos y otras, como será forzoso que se apoderen del suelo para crear en él la moderna agricultura! ¡Mil veces desgraciada la nación que todo lo espera de los Gobiernos y de los milagros!

SILVERIO MÉNDEZ.

---

# LA LINGÜÍSTICA

## COMO CIENCIA DE OBSERVACIÓN (1)

---

Dejemos á un lado la etimología é interroguemos á los hechos. Se ha supuesto y creído que el diluvio fué universal, criterio que condujo á no ver en toda la historia humana posterior á él otra cosa que la historia de una familia patriarcal que, desarrollándose paulatinamente, llegó á ser todo ese conjunto de razas que hoy se extiende por la superficie de la tierra. Pero semejante criterio, aplicable acaso al *clan* (2) ó á la tribu de que salieron los Chinos, que llegaron á constituir un grande imperio sin alterar en nada su patriarcado primitivo y modelando su organización sobre el canon de la sujeción filial, no puede convenir á otros pueblos en que no vemos ya esa vastísima reunión doméstica, sino una serie de cambios y emigraciones que hacen muy difícil establecer é imposible comprobar la unidad de la especie humana en el campo de la historia propia. En todas partes los Arios y los Semitas, al ir á establecerse en un país, encontraban razas salvajes á las cuales exterminaban y que sobrevivían en los mitos de los pueblos más civilizados bajo forma de razas gigantescas ó mágicas nacidas de la tierra, muchas veces bajo forma de animales (3). Por otro lado, desde que la geología ha hecho progresos que demuestran la existencia de diversos diluvios

---

(1) Véase la pág. 181 de este tomo.

(2) *Clan* es palabra de origen céltico, que significa una tribu ó colección de familias que obedecen á un jefe, tienen un antepasado común y llevan el mismo apellido. Webstr's, *Complete English Dictionary*, 235.

(3) Renan, *Histoire générale et système comparé des langues sémitiques*, 494

parciales, ya nadie duda de la imposibilidad de uno universal como el descrito por Moisés. Sin embargo, no faltan teólogos que al paso que, admiten la limitación geográfica y aun antropológica del diluvio mosaico, tratan de salvar su valor histórico, y hasta hay un valiente apologista (1) que sostiene la completa verdad del relato aun reduciendo el hecho á un chubasco más ó menos impetuoso y potente, á una inundación de la Mesopotamia y países colindantes, producida por temblores de tierra y de la que resultaron libres todos los demás territorios y pueblos del globo.

Ahora se comprenderá en qué sentido se relaciona la tradición diluviana con la de la confusión de las lenguas. Aunque esta última no sea más que una fábula mitológica, un fragmento poético de estilo oriental, tiene un sentido interesante y profundo (2). Hubiera sido lógico, según nuestras ideas modernas, que ven en los sucesivos diluvios que la geología admite otros tantos agentes de desunión entre las razas humanas, habida razón de su unidad específica, atribuir á esos trastornos terrestres la diversidad de idiomas de los hombres, cada vez más alejados entre sí. Quizá era ese el pensamiento de Herder (3) cuando afirmaba resueltamente que, á juzgar por el examen de las lenguas, la separación de la especie humana debió ser violenta, no, á la verdad, porque los hombres mudasen voluntariamente de idioma, sino porque fueron violenta y repentinamente separados unos de otros. ¿No es muy notable que la Biblia, en la que se admite la absoluta universalidad del diluvio, no hable de la confusión de las lenguas sino hasta el momento de la emigración y como una consecuencia de ésta? «Y aconteció, dice (4), que, como se partieron (los descendientes de Noé) de Oriente,

(1) Raymond de Girard, *Etudes de geologie biblique*, I.

(2) «El libro del Génesis ocultaba debajo de un mito expresivo y significativo un problema que no ha podido resolver aún ninguna filosofía de un modo satisfactorio.» (Gesenio, *Geschichte der Hebraischen sprache und schrift*, I, 140.)

(3) *Ursprung der sprache*, 20; *Ideen zur philosophie der geschichte*, 89.

(4) *Génesis*, XI, 2.

hallaron una vega en la tierra de Sennaar.» Aquí se presenta la singularidad de que no pudo Moisés llamar *Oriente* á la Armenia, constándonos que se halla al *Norte* de Babilonia, de la Arabia y de la Palestina, que eran las únicas á que en este caso pudo hacer alusión. Se ha examinado con alguna detención la palabra hebrea *Kedem*, que la Vulgata traduce *Oriente*, y visto que pudo tal vez ser el nombre de algún pueblo ó paraje, en cuyo caso el sentido sería que los hombres habían partido del país de *Kedem* para ir á Sennaar (1). Otra significación de ese vocablo es la de *lo antiguo, lo de tiempos remotos*. El texto hebreo á que aludo sería tal vez más exacto traducido de esta manera: *y sucedió que partiendo ellos desde muy antiguo, encontraron un valle en la tierra de Sennaar, y habitaron allí*. Si á esto añadimos que los hebreos daban el nombre de *Oriente* aun á la Siberia y á los pueblos de la otra parte del Éufrates que no están más al Oriente de la Palestina que la Armenia (2), comprenderemos que, quitando al relato su ropaje mitológico, nos queda, como en toda mitología, una idea aprovechable y relacionable con el hecho de la confusión de las lenguas: la idea de *emigración*. El Génesis, interpretado de una manera amplia y filosófica, nos indica lo probable que es que el origen de los idiomas esté en el origen de las grandes emigraciones de los pueblos y que éstas tengan una fecha muy remota en la vida del género humano. No se crea que mis suposiciones no se fundan

(1) Opina el sabio Cappel que el *Kedem* es el país que más adelante habitó *Quedem*, último hijo de Ismael, y que los descendientes de Noé, habiendo venido á él desde el monte de *Ararat*, pasaron luego á las campiñas de *Sennaar*, donde edificaron á Babel.

(2) Duclot, en sus clásicas *Vindicias de la Biblia*, recuerda que el Señor amenaza que suscitaría de todas partes enemigos contra Israel. á los sirios de la parte de *Occidente* y á los filisteos de la de *Occidente*. Dice también Isaías que *Ciro* vendrá de *Oriente* contra Babilonia, y *Ciro* vino de Armenia y de la Persia. Daniel, XI, 44, dice que *Antioco Epifanes* sería conturbado por las noticias que le vendrían de las provincias del *Oriente y del Aquilón*. Estas noticias fueron las de la otra ribera del *Eufrates*, que están más al Norte que al Oriente de la *Judea*. La verdad es que estos países, y especialmente la Armenia, están al Norte, con inclinación al Oriente, respecto de Palestina.

en la realidad. ¿No sería ridículo interpretar literalmente los versículos 5, 6 y 7 del capítulo II y suponer que un Dios omnipotente, espantado de los esfuerzos de unos cuantos mortales, bajase personalmente del cielo para ver el edificio y contener los progresos de su construcción? Más lógico parece admitir que con ello quiso el Señor oponerse al sentimiento de la propiedad regional colectiva, á la exagerada comunión de amor que una prolongada labor da con la tierra que se habita. En aquella época, creyéndose cada grupo humano, si no solo en el mundo, al menos el único que merecía la felicidad, daba un valor excepcional al rincón de suelo que cultivaba; las demás regiones le parecían inferiores, porque no le pertenecían. El más ínfimo lugar es tan bello como las ventajas que sus moradores creen que tiene; la vanidad, ingénita en todas las razas, les permite imaginar sin grave error que su parcela de terreno es lo más notable del mundo. Compréndese este orgullo colectivo en todo un pueblo y su alegría por vivir en un país escogido, cuando ofrece las bellezas de las llanuras gangéticas, de las orillas del Kukan ó del Malabar (1).

---

(1) «Desde hace veinte siglos, dice Reclus (*Lección de apertura del curso de Geografía comparada dado en Bruselas en 1894*), y probablemente desde un período mucho más antiguo, los geógrafos indostánicos, elevándose á una generalización muy atrevida, reconocían la maravillosa unidad de su península, circundada de mares y montañas, y en su fiebre de grandiosa poesía, penetrada de la idea de una incesante evolución en la naturaleza, habían comparado aquel gran cuerpo peninsular con una flor inmensa, en que cada provincia era un pétalo ó un sépalo y cada montaña un estambre ó un pistilo. El sabio *Sandayaya* nos describe en el *Mahabarata* su tierra natal como una flor de loto flotando entre las aguas, y esta descripción se reproduce en la mayor parte de las obras indostánicas; únicamente varía el nombre de las divisiones florales, según las separaciones étnicas ó políticas del territorio y según la imaginación del poeta. Pero todos verán viva la gran flor india, y aunque no se avengan sus comparaciones con la precisión de los contornos medidos en nuestros días, responden mucho mejor á la verdadera figura de la India que el grosero trazado hecho por Ptolomeo con la red de sus meridianos y paralelos... Lo mismo que la península gangética, se apellida la China poéticamente *Chung-Hoa*, es decir, la *Flor de Enmedio*. ¿Le habrán dado esta denominación los misioneros budhistas, ó habrá surgido en el país mismo para designar

Pues bien, los habitantes de la llanura de Sennaar, á causa de las condiciones agrícolas y climatológicas de ella, tenían en superlativo grado ese amor al suelo y ese orgullo de posesión, por lo que Jehová no hacía sino mostrarse bondadoso y sabio cuando les confundió su lengua, no porque los temiese, sino para impedirles continuar en una empresa loca é inútil y recordarles negativamente su providencial misión de poblar. Dios quería, en sus altos designios, que llenasen la tierra, y ellos sólo trataban de establecerse en aquella deliciosa llanura. Así han interpretado su determinación los más ortodoxos intérpretes, y así se desprende de las mismas palabras de la Biblia, que hace á los hombres acometer la tarea «por si fuéramos, dicen, esparcidos sobre la faz de toda la tierra». Tengamos en cuenta al propio tiempo que el Génesis coloca la confusión de las lenguas en el año 117 después del diluvio; y ¿cómo Noé y sus tres hijos pudieron en ese corto espacio de tiempo reproducirse tan prodigiosamente como exige el número de hombres necesarios para aquella obra inmensa? La

---

la región, fecunda entre todas, donde se ramifican los cauces de los dos ríos gemelos? Quizá sea una frase retórica idéntica á la de *Hoa-Kuo* ó *Tierra de las Flores* en el sentido de Tierra de la Cortesía por antonomasia; de cualquier modo, siempre esta denominación implica la idea de la superioridad de su país con respecto á los demás. La *Flor de Enmedio*, tan fértil y cultivada con tanto esmero, es en verdad una de las regiones vitales del planeta, y contrasta por su asombrosa riqueza agrícola con las frías mesetas del Norte y con las áridas llanuras del Oeste... Y ¿qué comarca del mundo no tiene su país de las flores, su jardín, como lo tienen la India y la China? Doquiera que vayamos sobre la redondez de la tierra encontraremos lugares de que se enorgullecen los habitantes, como si la belleza fuera patrimonio suyo. Hasta más allá del círculo polar, en las regiones donde larguísima noche viene en pos de interminable día, interrumpido por las borrascas y las nieves, los chukches, los esquimales y los groenlandeses hablan con evidente complacencia de algún vallecito florido que mira al Mediodía, en donde los rayos del sol calientan mejor al hombre y las flores brotan más pronto y son más olorosas que en parte alguna... Por análogo sentimiento se han considerado como centros de la tierra tantas ciudades y lugares que se tenían por sagrados: Benarés, Jerusalén, Delfos, Roma y París, la «ciudad madre», de que habla Víctor Hugo.

Biblia, que tan circunstanciadamente habla de toda la descendencia del Justo, no nos da un número de hombres satisfactorio, y, en cambio, con anterioridad (1) á la narración de los sucesos de Babel, nos dice de cada uno de los hijos de aquél que «se repartieron la tierra por sus familias, por sus *lenguas* y según sus naciones». ¿No indica esta circunstancia que se daba por previa la diversidad? En todo caso, repito que lo que late en el fondo de todos esos mitos es la idea de que la confusión de las lenguas dependió de la emigración de los pueblos, ley fundamental de su existencia. Una vez realizada esta misión, las lenguas se diversificaron rápidamente y dejaron á las razas marchar solas al frente de sus respectivos destinos. Las instituciones de la civilización nacieron al fin por ellas y acabaron de diferenciar al género humano, que ya lo estaba en razas de emigrantes, en organismos de naciones.

Sí; hubo en el hombre primitivo hiperestesia para el lenguaje como para la comunicación á través del espacio, y ésta es la razón por la que, no habiéndose desdeñado el problema de la emigración de las razas, no puede desdeñarse todavía el de la diferenciación de los idiomas. Al pretender hablar de las variedades de la especie, ¿con qué, sino con las diversidades del lenguaje, había de enlazarse tal estudio? Salgamos, pues, de la esfera del mito y de la tradición y examinemos los criterios monogenista y poligenista en los sistemas científicos de los tiempos modernos.

## § XI

### *Tendencias al monogenismo en la filología moderna.*

Por tres grados principales—esta sentencia de Max Müller (2) es hoy día clásica en la opinión filológica—ha venido pasando la ciencia del lenguaje desde el agotamiento de la exégesis bíblica y literaria en general: el grado *empírico*, el

(1) *Génesis*, X, 5, 20, 31.

(2) *Lectures on the science of language*, I, 1, 3.

grado *taxonómico* y el grado *teórico*. Según los que así piensan, es una regla general que todas las ciencias de observación principien por el análisis, pasen después por la clasificación y acaben por la teoría.

Acaso cause asombro ver que una tesis tan evidente en apariencia encuentre en mí un contradictor. (1). Parece imposible exponer la teoría de cualquier lengua, viva ó muerta, ó del conjunto de las lenguas, sin antes haber intentado su clasificación. Resulta asimismo inadmisibile hacer esta última no teniendo hechos en que fundarla. Pero los que conocen la índole é historia del espíritu humano saben bien que está muy lejos de seguir en su camino los trámites que objetivamente marca su razón, yendo de lo fácil á lo difícil. El exclusivismo individual, la manía de la sistematización, los abusos naturales del doctrinarismo han ahogado siempre ese instinto lógico que dice el investigador: «Antes de lanzarte á teorías, examina lo más posible de cerca los hechos». Por eso ha triunfado tan comúnmente el espíritu de sistema, impidiendo examinar con la antelación necesaria el conjunto de los hechos para mejor compararlos. Á la evolución de la ciencia del lenguaje en general se pueden aplicar con justicia, como á los orígenes de los métodos etimológicos particulares, las célebres palabras de Remusat (2): «En esto, como en otras cosas, se empezó por edificar sistemas en vez de limitarse á la observación de los hechos».

El mismo Max Müller advierte y reconoce que su regla sufre excepciones frecuentes, considerando que en las ciencias de observación se han solido intentar especulaciones filosófi-

(1) No me mueve el afán de criticar á Max Müller, que es sólo un eco de la opinión común (véase á Whewell, *History of the inductive science*, I, 1, y á Alejandro de Humboldt, *Cosmos*, I, 2) al suponer que el origen, el desarrollo y los motivos de prosperidad ó fracaso han sido los mismos en casi todas las ramas de nuestros conocimientos, existiendo en cada una tres períodos ó edades diferentes, que él llama el período del *empirismo*, el de la *clasificación* y el de la *teoría*. Por otra parte, aquí no considero este modo de ver en relación con la historia de la lingüística como ciencia natural, sino con la historia del monogenismo como sistema filosófico.

(2) *Récherches sur les langues tartariques*, I, 2.

cas pertenecientes al período de la teoría mucho antes de recoger y ordenar los hechos que hubiese sido necesario conocer. «Así vemos, dice, que la ciencia del lenguaje, en los dos únicos países en que podemos examinar su origen y su historia, en la India y en la Grecia, pasa desde su principio al campo de las teorías sobre la naturaleza misteriosa del lenguaje, y se ocupa tan poco de los hechos como aquel naturalista que describió el camello sin haber visto nunca el animal ni el desierto. Los *Brahmanes*, en los himnos de los *Vedas*, elevaron la palabra al rango de una divinidad, como hacían con todas las cosas cuya naturaleza les era desconocida. Le dirigían himnos en que se dice que ha habitado con los dioses desde la eternidad, realizando cosas maravillosas y que jamás ha sido revelada al hombre sino parcialmente. En los *Brahmanes* se llama á la palabra la vaca, al hálito el toro y al espíritu humano se le presenta como su progenitura. Se dice que *Brahman*, el más grande de los seres, es conocido por la palabra, y se denomina á esta el *Brahman* supremo. Pero los *Brahmanes* no tardaron en prescindir del entusiasmo que les inspiraba el lenguaje y se pusieron á hacer la disección de su cuerpo sagrado con una habilidad asombrosa. Sus trabajos de análisis gramatical, que datan del siglo VI antes de Jesucristo, no han sido superados aún por los trabajos del mismo género en nación alguna. La idea de reducir una lengua entera á un pequeño número de raíces, que Etienne intentó realizar por primera vez en Europa hacia el siglo XVI, era perfectamente familiar á los *Brahmanes* quinientos años, por lo menos, antes de Jesucristo. Los Griegos, sin elevar el lenguaje á la categoría de una divinidad, le tributaban, sin embargo, los mayores honores en sus antiguas escuelas filosóficas. Apenas hay uno de sus sabios que no haya dejado algún pensamiento sobre la naturaleza del lenguaje. El mundo exterior, ó sea la naturaleza, y el mundo interior, ó el espíritu, no causaron en los primeros filósofos de Grecia un asombro más grande ni les hicieron pronunciar más sublimes oráculos que el lenguaje, donde se reflejan la naturaleza y el espíritu. ¿Qué es el lenguaje? fué una pregunta que se hicieron inmediatamente después de estas otras dos: ¿Qué soy yo? y ¿qué es el

*universo que me rodea?* El problema del lenguaje fué, en realidad, una lid siempre abierta á las distintas escuelas filosóficas de Grecia, y tendremos ocasión de ver cuáles fueron sus conjeturas sobre tan interesante cuestión cuando nos toque estudiar el tercer período de la historia de nuestra ciencia.»

Con estos antecedentes, lleguémonos al campo de la crítica, para considerar el monogenismo en el período de la clasificación y de la teoría, y deducir de sus vicisitudes y sucesivos fracasos las esperanzas que tiene de sobrevivir. Ya puede comprenderse, por lo tanto, que están muy lejos de ser monogenistas los grados empíricos de nuestra ciencia. El monogenismo, aparte de los motivos que luego apuntaremos, tuvo razón de ser cuando las instituciones sociales se universalizaron y con ellas los idiomas como medios de enseñanza. Hagamos ver las dificultades con que la humanidad tropezó para llegar á este resultado.

Antes del Cristianismo se entendían algunos modos lingüísticos que se hallaban en directa relación con sus respectivas intuiciones intelectuales. No se ignoraba, por ejemplo, como no ignora hoy el más particular y limitadísimo gramático, que el sujeto debe tomar la forma del nominativo y el complemento la del acusativo, y que el complemento indirecto puede ser puesto en dativo, y el atributo, en su caso más general, ser expresado por el genitivo. Las otras explicaciones modernas de dicho fenómeno se reducen á las anteriores. Es vulgar en gramática inglesa que los genitivos vengan indicados por una *s* final ó por la preposición *of*, correspondiente al español *de*; pero en latín los mismos casos tienen por desinencia *is* y en griego *os*. ¿Qué singular influencia poseen las desinencias últimas para convertir un nominativo en un genitivo, un sujeto en un atributo? He aquí lo que la gramática parece no poder decidir. La gramática, en esto como en todo, necesita tomar las palabras según son en realidad. Sabemos, sin que quede resquicio á duda, que todos los idiomas, si han de lograr su fin, deben diferenciar los enunciados casos; pero ¿cómo un mero cambio de terminación es suficiente para determinar una tan radical diferencia? Son tan poco numerosas las lenguas que cuenten con formas diferentes para exteriori-

zar esos dos conceptos de la razón universal, que aun el griego y el latín no han podido encontrarlas adecuadas para los sustantivos neutros. En el orden de las lenguas monosilábicas ó aisladoras es donde manifiesta el conocimiento sus más imperfectas formas de lenguaje, donde el mecanismo de la declinación y de la conjugación se verifica más rudimentariamente y las partes del discurso presentan uniformidad é identidad mayores, y á pesar de esta casi falta de leyes gramaticales, no hay variedad de la ilación que no sea concretamente expresable en tal idioma, como probaré más adelante. En su forma más elemental de aglutinación, el lenguaje suele ser más rico en desinencias que las gramáticas flexionales. En finés, donde se nota la ausencia del acusativo y del régimen directo, existen 15 casos para las demás relaciones posibles de sujeto á complemento. Lenguas tan complicadas como la inglesa y la francesa carecen de desinencias, no sólo para el acusativo, sino para el nominativo; la alteración fonética las ha dejado sin ellas, y su indicación de sujeto y de complemento consiste, como en lengua china, en la mera colocación de las formas. El niño ó el estudiante entregado al estudio de una gramática latina empírica, limitado á saber que el nominativo *rex* hace *regem* en el acusativo, queda reducido á un conocedor de reglas enteramente prácticas. Sabe cómo hay que expresar un caso y cómo otro; pero en vano le preguntaréis el *por qué* de las respectivas estructuras de ambos. Y le sucede lo mismo aun con los verbos, no obstante ser partes del discurso representativas de nuestra actividad, de lo que dominamos y sentimos en nosotros mismas. *Amo* equivale á «yo amo», *amavi* á «yo amé»; pero ¿en qué estriba que la variación ó paso de un sentimiento á otro es cuestión de añadir á la raíz una *o* ó un *avi*? Nuevo enigma, que sólo es dable abordar á la ciencia y que siempre permanecerá indescifrable para el arte (*tegne*) de las lenguas.

Max Müller (1) ha llegado por el mismo camino á mi conclusión. Antes de emprender, dice, la solución de un problema cualquiera, ó de renunciar á ella, conviene determinar si

(1) *Lectures on the science of language*, I, 4.

existen los elementos necesarios para llevar la empresa á su término. Empezando por el inglés, debemos preguntarnos si nos es posible averiguar por qué *I love* significa *Yo amo* en este momento, mientras que *I loved* denota que ese sentimiento no existe ya. O bien, tomando lenguas más ricas en flexiones que el inglés, hay que tratar de explicar en virtud de qué operación y en qué circunstancias el latín *amo*, yo amo, se ha transformado por la simple adición de una *r* en *amor*, yo soy amado. ¿Han brotado y se han desplegado las conjugaciones y declinaciones como las flores de un árbol? ¿Las ha recibido el hombre de algún poder misterioso completas y perfectas? ¿Ó las han inventado algunos sabios, señalando ciertas palabras á ciertas manifestaciones del pensamiento, de igual manera que los matemáticos expresan las cantidades por signos algebraicos, á los cuales conceden un valor arbitrario? Hemos aquí ante el más importante y más difícil problema de nuestra ciencia: el origen del lenguaje; mas, por ahora, haremos bien en quitar la vista de las teorías, para ocuparnos únicamente de los hechos.

Insistamos con Max Müller en el pretérito inglés *I loved*, comparado con el presente *I love*. Nos es imposible abarcar de una sola ojeada toda la gramática inglesa; pero si podemos tomar una de sus formas y reducirla á su verdadero origen, veremos quizá el camino que hay que seguir para descubrir el origen de todas las demás. Si nos preguntamos cómo la adición de una *d* final ha podido expresar el tránsito del amor á la indiferencia, lo primero que hay que hacer, antes de aventurar una explicación, es buscar la forma más antigua de *I loved*, la forma verdaderamente primitiva del pretérito inglés. Esa es una regla que el mismo Platón reconocía en su filosofía del lenguaje, aunque hay que confesar que rara vez la practicaba. Notorios son los estragos que la alteración fonética puede hacer en el vocabulario y en la gramática de una lengua, y no hay para qué perderse en conjeturas sobre el origen de una forma cuya explicación puede hallarse consultando la historia de la lengua. Ahora bien: un conocimiento meramente superficial de la historia de la lengua inglesa nos enseña que la gramática del inglés moderno no es la

misma que la gramática de Wycliffe. La lengua de Wycliffe pertenece á lo que llamaremos, con Madden, el inglés del período intermediario (1500 1330); nos remontamos después al inglés del primer período (1330 1230); de 1230 á 1100 encontramos el semi-sajón, al que había precedido el anglo-sajón. Es evidente que, si hemos de descubrir la significación de la primera sílaba que convierte *I love* en *I loved*, será examinando la forma original de esa sílaba en cualquier época en que la encontremos. Jamás se hubiese sabido que *prêtre* significaba primitivamente *un anciano*, si no se hubiese reducido la palabra á su forma originaria *presbyter*, en la cual toda persona que sepa griego reconoce inmediatamente el comparativo de *presbys*, anciano. Si no tuviésemos para guiarnos más que el francés moderno, podríamos tratar de enlazar *prêtre* con *prier* ó *prêcher*, pero no llegaríamos á dar con su verdadera derivación. Tampoco vemos la significación literal de la palabra inglesa moderna *gospel*; pero, en cuanto la reducimos á su forma primitiva *goddspell*, vemos que es una traducción exacta de *evangelium*, ó buena nueva. *Lord* no sería más que un vano título en inglés si no descubriésemos su forma y significación originales en el anglo-sajón *hlâf ord*, fuente de pan, de *hlâf*, pan, y *ord*, sitio.

Estas advertencias son necesarias al que anhela llevar con acierto el hilo del discurso por el laberinto de las formas anglo-sajonas. Pero tales formas no corresponden á una significación primera en su lengua, por no ser ésta original ó indígena: nacieron en antiguos dialectos de la Germania y se modificaron según la época, las circunstancias, las fases de desarrollo y la constitución de los elementos étnicos y sociales. Es, por consiguiente, preciso, si se ha de conocer su verdadera historia, emplear en su determinación el mismo método que seguimos con las de las lenguas romanas modernas. Ejemplos de extremada relación nos presentan lo primitivo y lo derivado en algunos dialectos latinos; *focus*, término de la lengua madre, se hace *fuoco* en italiano, *feu* en francés, *fuego* en español. El fundamento de esta conexión que establecemos está en que para nosotros estos tres idiomas son dialectos del latín; mas no podríamos hacer lo mismo con el alemán *feuer*

que, aunque más parecido á *feu* que el italiano *fuoco*, no es guía seguro para hallar la derivación de la forma francesa. Ciertamente, hay determinadas etimologías dialectales á las que se conforman las lenguas del grupo, y que se pueden esclarecer mutuamente, de las cuales una es ésta: el francés *hors* responde al italiano *fuora* y al español *fuera*. Difícil es comprender por el latín el francés *fromage*; pero comparándolo con el italiano *formaggio*, encontramos que ambos términos provienen de *forma*, por ser costumbre en Italia, como en otros muchos sitios, endurecer poco á poco la leche en moldes ó formas. *Faible*, adjetivo francés, es de naturaleza tal que en seguida se nota su asimilación al latín *febilis*; pero aún se ve esto más claro si se parangona con el italiano *fibole*. El ejemplo más notable es el que ofrece el francés *payer*, origen del inglés *to pay*, y cuya etimología sería inconcebible sin rebuscar los diccionarios del italiano y del español, donde hallamos *pagare* y *pagar*, mientras que en el provenzal hallamos *pagar* y *payar* y en el bable de los Pirineos asturianos *pagare* como en italiano. Todas estas formas se remontan á la forma latina *pacare* = pacificar, aplacar. Joinville emplea *payer* en las dos acepciones de pacificar y de pagar. Aplacar á quien se debía una cantidad equivalía á pagarle: así es como *quittance* fué primitivamente *quietantia*, de *quietus*, tranquilo.

El método observado para continuar tales investigaciones y dar cuenta del examen de la clasificación por la genealogía de los idiomas es muy expeditivo y está al alcance de todas las inteligencias; pero no llegó á iniciarse hasta el advenimiento de la filología novísima. Al agonizar de la república, cuando Roma empezó á rechazar las invasiones de los germanos, un hombre como César hubiera podido ver que la lengua de las tribus contra las que guerreaba difería tan poco de su lengua como la de Homero, con sólo comparar los presentes de indicativo del verbo *haber* en gótico ó latín: yo he = *haba* (en gótico), *habeo* (en latín); tú has = *habais*, *habes*; él ha = *habaith*, *habet*; nosotros hemos = *haban*, *habemus*; vosotros habéis = *habaith*, *habetis*; ellos han = *habant*, *habent*. ¿Por qué, sin embargo, no reparó en ello? La explicación es muy sencilla. Entre los romanos, á pesar de ser los

conquistadores del mundo, subsistía en todo vigor el prejuicio de la nacionalidad, que fué común á todos los pueblos antiguos.

Para los Griegos, los que no hablaban su lengua eran *barbaroi*, *barbarófonoí*, *al-lothrooi*; para los Indios, los idiomas extranjeros constituían algo impuro como todo lo que procedía de los *mlechchas*; para los Persas, era un crimen el comercio con los *daevayaçnas*; para los Judios se faltaba á la ley de Dios entrando en relación con los *goyim*, gentes-pueblos; para los Musulmanes, cuantos pensaban de distinto modo que Mahoma debían mirarse como *kiâfirs*, incrédulos, ó *ghiaurs*, infieles. Así, anteponiendo la lengua de su revelación particular á las otras, se consideraba el estudio de las últimas como inútil, ya que no perjudicial.

Solo el Cristianismo vino a despertar la vitalidad lingüística en Occidente. Bien puede decirse que la importancia de una religión está en razón directa de la amplitud y universalidad del idioma en que comienza á predicarse. Los críticos atribuyen la pobreza y limitación de la vida social del antiguo pueblo judío al exclusivismo que sentían por su lengua hasta el punto de no estimar en nada las traducciones de la Biblia. Los judíos de Egipto y los helenistas de Palestina fueron más tolerantes en eso de las versiones extranjeras, pero reducían su único estudio y su solo entusiasmo á las hechas en lengua griega. Uno y otro particularismo desaparecieron ante la predicación cristiana que, desdeñando el dialecto semítico en que había hablado Jesús, abandonó á cada país el cuidado de determinar su liturgia y su dialecto religioso-nacional, primer paso, tan atrevido como valiente, dado hacia la emancipación y unidad espiritual de las lenguas. De aquí aquellos accesos y aquellos arranques manifestados en sonidos inarticulados y sin silación y tenidos por proféticos; de aquí aquella especie de excitación celeste que con sílabas incoherentes y hasta ininteligibles subyugaba á los auditorios más fiíos. Apóstoles y profetas parecen los antiguos sublimes tartamudos, que con sus bastardas frases sabían hacer vibrar en el corazón de los pueblos la verdadera música del alma. ¿Quién podrá pintar aquella conmoción, aquella inefable glosología que justificó la frase

de los convertidos de que los discípulos de Cristo hablaban el idioma de los ángeles?

No quisiera, sin embargo, que se infiriese de mi admiración por tal fenómeno que lo considero como exclusivo de los orígenes de la religión cristiana. Muy antiguo debía ser por cierto el empleo de vocablos indistintos en la acción del éxtasis profético, pues que se ha probado que la misma anomalía apostólica coincidió en esto con las *glosses* de que habla Plutarco (1) usadas por la Pitia en la época ditirambica de los Griegos. Según Renán (2), muchas palabras del Cristianismo primitivo, que son precisamente bilingües ó formadas de anagramas, como *abbapattes*, *anathema*, *maranatha*, reconocieron sin duda por origen aquella extraña glossología que implicaba la ilusión del don de lenguas (3) Un acontecimiento análogo ha acaecido en nuestros tiempos á principio del siglo pasado: aludo á los célebres «leedores suecos» (1841-1843), pequeña secta cuyos miembros pretendían hablar lenguas que ignoraban, no haciendo en realidad otra cosa que borbotar vocablos involuntarios (?), vacíos de significación y realzados por perturbaciones nerviosas y por gemidos místicos. De igual manera, la célebre sonambula de Erfut, campesina austriaca que presumía conocer varios idiomas y un dialecto muy afectado, el alto alemán, sometida á un examen del doctor Wittcke, resultó ser una alucinada que, mediante convulsiones y supercherías, llamó la atención á varios ignorantes (4).

(1) *De Pythice oraculos*, 24. Cotéjese la predicción de Casandra en el *Agamenón* de Esquilo con San Marcos, XVI, 17; *Hechos de los Apóstoles*, II, 4; *I ad Corintios*, XIII, 1; *ad Romanos*, VIII, 23; *ad Colossenses*, III, 16, etc., etc.

(2) *Les apôtres*, IV. Compárese con el mismo autor, *De l'origine du langage*, 177.

(3) La circunspección de Renán en este punto concreto nos autoriza para reconocer la existencia de ese fenómeno, muy parecido, si no idéntico, al que en nuestras actuales relaciones ofrecen las personas que por hablar mal ó hablar un lenguaje afectado llegan al empleo de formas monstruosas, como en inglés *walkist* (paseante), *haircuttist* (peluquero) y otras.

(4) Véanse más detalles en Büchner, *Kraft und stoff*, XIV; Flechier, *Lettres choisies*, I, 353; Surien, *Lettres pastorales*, III, 3; Hase,

Paréceme también natural dar la preferencia al Cristianismo sobre las religiones paganas por el movimiento filológico que provocó con su exégesis bíblica. Los lingüistas más monstruosamente anticristianos no serán de diferente opinión, y si dicen lo contrario es probable que no lo piensen. Gracias al Cristianismo, las lenguas hebrea, griega y latina, como depositarias de las doctrinas sagradas, adquirieron merecida importancia y fueron objeto de investigación y de ciencia. La mayoría de los Padres de la Iglesia sabían hablar y escribir dos de ellas, y algunos, como San Jerónimo, y quizá San Agustín y Orígenes, poseían las tres.

Estos hábitos, ya tan extraordinariamente filológicos, alcanzan todo su vigor y florecimiento con la propagación del protestantismo y la traducción de la Biblia en lengua vulgar. «La constitución de las ciencias históricas y filológicas, escribe á este propósito Renán (1), es, sin que quede lugar á duda, una obra protestante. En sentido muy verdadero es también una obra francesa, porque protestantes franceses ó aliados al protestantismo fueron Castalion, Turnèbe, Lambin, Scaligero, Luis Cappel, la escuela de Saumur, Bochart, Lefèvre, los Etienne, Casaubon, Saumaise y la primera generación del Colegio de Francia, casi toda protestante, que contribuyó á ella lo más poderosamente. Ésta es nuestra fuerza. Lo que importa observar, en efecto, es que en la primera mitad del siglo XVIII Francia tenía tan buena filología y tan buena crítica como Alemania ha tenido ciento cincuenta años más tarde. Bochart y Cappel valen tanto como Michaelis; Casaubon y Saumaise pueden rivalizar con Heine y con Wolf. Enrique Etienne no tiene igual. El admirable progreso que ha realizado Alemania desde hace más de un siglo en todas las ramas de la filología no es más que una continuación del movimiento que había iniciado Francia, tan libre, tan expansiva, tan abierta bajo Enrique IV, Luis XIII y en la primera mitad del reinado de

---

*Kirchengeschichte*, 458; Misson, *Le théâtre sacré des Cévennes*, 10; Montgeron, *La vérité sur les miracles*, II, 18; Brueys, *Histoire du fanatisme*, I, 145.

(1) *Nouvelles études d'histoire religieuse*, 100.

Luis XIV. Cuando Francia, por una serie de medidas tomadas que terminaron en la revocación del edicto de Nantes, obliga á sus hombres más sabios, á los Saumaise, á los Leclerc, á los Bayle, á los Beausobre, á los Basnage á expatriarse, es cuando el dominio de los estudios históricos pasa á Holanda y á Alemania.»

Si á pesar de tal movimiento y de tanta amplitud no hizo la filología más progresos con la propagación de la religión cristiana, debióse esto á la preocupación monogenista, que tomó entre los teólogos una forma nada científica, convirtiéndose en una especie de *monofiletismo* ó monogenismo originario, basado en la prelación del hebreo, ó sea del habla adámica ó paradisiaca. La cándida suposición de la lengua primitiva hebraica única caracteriza la fase más antigua de la investigación filológica europea. No es dable imaginar hasta qué punto varones dotados de eminentes talentos malgastaron á ese propósito todas las fuerzas de su ingenio. Una detallada exposición sería necesariamente muy larga, y me parece inútil por completo. Ya daré algunas muestras de extravagancias de ese género al hablar de las antiguas etimologías. Además, los mismos hebraizantes del siglo XVII no prestaron servicios á la clasificación de las lenguas, sino combiniéndolos de acuerdo con el prejuicio teológico. La teología por aquellos tiempos formulaba los principios, la exégesis los acataba, y la filología, sierva humilde de una y otra disciplina, se valía de ellos para despojarse de su verdadero carácter y acreditar los conceptos más absurdos.

En la época á que hemos llegado, el nombre de Leibnitz es la cadena de oro que enlaza todas las ciencias. Orbe armónico de las más variadas disciplinas, su filosofía ha hecho al estudio del lenguaje un gran servicio, que ahora comienza á ser conocido: el de seguir en él el método científico moderno de la comparación y de la inducción. Empezó por rechazar las pretensiones de los que veían en el hebreo el primitivo idioma de la tierra. Tanta razón hay, decía, para reputar el hebreo la lengua primitiva de la humanidad como para adoptar la opinión de Goropio, que publicó una obra (*Origines autuerpianae*) en Amberes en 1580 para demostrar que el

holandés fué la lengua hablada en el Paraíso. Y en sus cartas á Van der Hardt y á Teznel (1) insistió en que llamar al hebreo la lengua primitiva es como si se llamase primitivos á ciertos troncos de árboles ó como si se dijese que en ciertas comarcas crecen troncos en vez de árboles. Tales ideas, añáda, se pueden concebir, pero no están en armonía con las leyes de la naturaleza ni con el orden del Universo, es decir, con la sabiduría divina.

Leibnitz preludeó asimismo lo moderno en el entusiasmo con que se entregó á hacer listas de las palabras más necesarias que debían compararse en los distintos idiomas; pero con la particularidad de que para él nada tiene que ver esta comparación lógica con el hecho de la unidad del lenguaje. Escribió á los misioneros, que trabajaron en su obsequio en China; á los viajeros, que añadieron nuevos datos; á los embajadores, que le facilitaron preciosos informes, y á los monarcas, especialmente á Pedro el Grande, que le ayudaron en la misma tarea de proporcionarle noticias sobre lenguas diferentes. «Y cuando ya no haya libros antiguos que examinar, decía (2), las lenguas ocuparán el puesto de los libros, como que son los más antiguos monumentos del género humano... Llegará un día en que se registrarán y se incluirán en diccionarios y en gramáticas todas las lenguas del Universo, y se las comparara entre sí, lo cual tendrá gran aplicación, tanto al conocimiento de las cosas, puesto que los nombres corresponden muchas veces á sus propiedades (como se ve por las denominaciones de las plantas en diferentes pueblos), como al conocimiento de nuestro espíritu y de la maravillosa variedad de sus operaciones; esto dejando á un lado el origen de los pueblos, que se conocerá por medio de las etimologías reales que la comparación de las lenguas habrá de suministrar indudablemente.»

Á pesar de la vasta síntesis emprendida por Leibnitz y de sus notables ensayos para explicar unas por otras lenguas tan distintas como el copto y el vascuence, el armenio y el ale-

(1) *Opera omnia*, VI, 232.

(2) *Nouveaux essais sur l'intendiment humain*, III, 9.

mán, el albanés y el latín, el gran filósofo no llegó á construir un edificio científico que comprendiese las lenguas todas del mundo. Existen ya en su sistema muchas partes de la ciencia del lenguaje; pero no se ve que recibieran el cimiento que debía unir las para formar con ellas un todo armónico. Cometi6, además, Leibnitz graves errores de detalle: hizo intervenir en todo la etimología y cay6 en la manía de la derivación; se dejó llevar de los autores que hablaban de «lenguas jaféticas», y confundió con ellas varios dialectos turanienses, como el finés y el tártaro; no tuvo tiempo á ejecutar todos sus planes filológicos, por hallarse dedicado a una gran variedad de ramas científicas, y detuvo indirectamente con esto los progresos de nuestro estudio. Favoreció más el desarrollo de la teoría que el de la clasificación; no fué afortunado cuando quiso clasificar los dialectos que había podido estudiar: ¿podemos, con todo, desconocer sus adelantos y la utilidad de sus desenvolvimientos? Incompletos por el espíritu de la época, como podía esperarse de una investigación que empezaba, resultan casi actuales por lo atrevido de los proyectos del autor, y no rara vez nos parece sorprender en ellos algún eco de la filología novísima.

EDMUNDO GONZÁLEZ BLANCO.

*(Continuará.)*

---



# NOTAS TRASPAPELADAS

## ACERCA DE LOS TÚMULOS DE LA CAPILLA MAYOR EN LA CATEDRAL DE TOLEDO

---

Entre el número de apuntaciones, notas y papeles de todas clases, pacientemente allegados para la obra *Toledo* —ya casi de escribir terminada, á Dios gracias,—encuentro algunas noticias relativas á los *Túmulos Reales de la Capilla Mayor* en aquella insigne Catedral primada, de las cuales no hice uso en el artículo que con aquel título publicó *La España Moderna* en su número de Septiembre último, por no acordarme de ellas cuando lo escribí, y ahora me salen á la mano, con ocasión de otras investigaciones diferentes, pero con la propia Ciudad de los Concilios relacionadas. Y como mi deseo es llegar á la verdad, y ofrecer en conjunto al lector medios para que él pueda por sí juzgar, oyendo todas las opiniones y teniendo á la vista los antecedentes conocidos, me apresuro, en descargo de mi conciencia, á dar á la publicidad las *notas* encontradas á deshora entre mis papeles.

Desde luego habré de advertir que no alteran en poco ni en mucho las conclusiones obtenidas por mí en el indicado estudio; mas son interesantes y dignas de figurar en relación y al lado de las otras, pues, con ellas unidas, forman el singular proceso de aquellos *Túmulos* labrados como complemento decorativo de la *Capilla Mayor*, y que hoy sólo despiertan la curiosidad del viajero.

Con ligeras variantes, dicen á éste los autores cómo Sancho IV *el Bravo* fundó y dotó á espaldas de la antigua *Capilla Mayor* la que llaman *de la Cruz y de los Reyes Viejos*, y trasladando á ella los cuerpos de Alfonso VII y Sancho III *el Deseado*, destinóla para enterramiento suyo; cómo efecti-

vamente fué sepultado allí aquel Monarca á su fallecimiento en 1295; cómo Alfonso XI mandó dar también en la propia *Capilla* sepultura á uno de los hijos que tuvo con D.<sup>a</sup> Leonor de Guzmán, niño de ocho años, denominado Pedro, Aguilar por el apellido, y Señor de Aguilar, de Pernia y de Liébana, según dice Salazar y Mendoza, y cómo, por último, yacían en el panteón el destronado Rey Sancho *Capelo*, de Portugal, y los Infantes Arzobispos D. Sancho de Castilla, hijo de San Fernando, muerto en 1261, y D. Sancho de Aragón, hijo de Jaime I, muerto en la Vega de Martos el año 1275. á manos de los musulmanes granadinos.

De igual suerte aseguran los escritores que al incorporar el Cardenal Cisneros la *Capilla de los Reyes Viejos* á la *Mayor* para «engrandalla», conforme la expresión del P. Román de la Higuera, mandó trasladar las sepulturas de los Reyes á uno y otro lado del retablo terminado en 1504, con sus estatuas ó bultos correspondientes, que son los mismos que todavía subsisten, no mostrándose del todo conformes los que de las cosas de Toledo tratan en la identificación de los simulacros, los cuales son de *madera* como las arcas sepulcrales, y no de mármol, según hasta aquí se ha venido asegurando erróneamente.

Hacia constar en el mencionado trabajo, que la *Crónica de Sancho IV* nada dice en orden á haber dispuesto el ingrato hijo de Alfonso X la traslación de los restos mortales de Alfonso VII y de su hijo Sancho III á la *Capilla* que se supone por aquél fundada, sino que fué enterrado «en el monumento de piedra que él (Sancho IV) mandara facer en su vida, cerca del rey don Alfonso, emperador de España» (1); que su viuda la egregia D.<sup>a</sup> María de Molina mandó labrar otro *monumento* para su difunto esposo, al cual fué en 1309 trasladado por Fernando IV el cadáver de su padre (2), y que di-

(1) Cap. XIII, pág. 90 de la ed. de la *Bib. de Autores Españoles*. La *Crónica general* del año 1404 dice fué enterrado «en Tolledo a par do enperador don Alfonso en na igllesia de Santa Maria da see».

(2) *Crónica de Fernando IV*, cap. XIV, de la ed. de D. Antonio Benavides; XVI de la de la *Bib. de Autores Españoles*; Barrantes, *Ilus-*

cha señora, en su testamento de 1321, dotó la *Capilla* en que fué enterrado D. Sancho con tres capellanes perpetuos (1).

Fallecidos Alfonso VII y Sancho III mucho antes de que el Arzobispo D. Rodrigo idease, con aprobación de Fernando III, la erección del nuevo templo, la cual tuvo principio en 1226, hubieron de ser inhumados seguramente en alguna de las capillas agregadas á la *Mezquita-Aljama*, en la cual, sin duda, fué también mandado enterrar por Alfonso X el cuerpo del desventurado Sancho *Capelo* de Portugal (2), y allí debieron ser enterrados asimismo el Arzobispo D. Sancho de Castilla, hermano del autor de las *Partidas* (1261), y el otro Arzobispo D. Sancho de Aragón, hermano de la Reina doña Violante (1275), pareciendo natural que, al adelantar la obra del nuevo templo, y hacerse para ello precisa la demolición sucesiva de la *Mezquita-Aljama*, fueran trasladados aquellos despojos reales á la obra nueva.

El P. Maestro Flórez hace constar que el «Rey D. Sancho el Bravo otorgó instrumento de que le enterrasen en la Iglesia de Toledo (y existe—dice—allí original), firmado en *Soria Miércoles catorce dias andados del mes de Febrero, en Era de 1323. año de 1285*» (3), y añade que «esta determinación de enterrarse allí influiría en trasladar los cuerpos de los otros tres Reyes á sitio más distinguido, donde él mismo escogía sepultura» (4). Los *Annales III Toledanos*, escritos en diversidad de tiempos y de letras, como el sabio agustino indica,—en el número VI, que parece ser apuntación del siglo XIV, dicen textualmente con relación á este extremo: «Era de M. y CCC y XVII. annos el noble Rey D. Sancho tresladó los cuerpos del noble Emperador D. Alfonso de

*trac. á la casa de Niebla* (pág. 235 del t. IX del *Memorial Hist. Español*).

(1) Benavides, *Memorias de Don Fernando IV*, apéndice número XXXIII del t. I, pág. 680.

(2) *Crón.*, cap. VII, pág. 7 de la ed. de la *Bib. de Autores Españoles* (t. LXVI). Esta *Crónica* fué escrita, como es sabido, en los días de Alfonso XI.

(3) *Esp. Sagrada*, t. XXIII, pág. 368.

(4) *Ibidem*.

Castiella, y del Rey D. Sancho su fijo, que fué Rey de Castiella, y del Rey D. Sancho, que fué Rey de Portugal: y sacáronlos de la Capiella [del] sct. Espirito, que es en la Iglesia de Toledo, y pusiéronlos en pos el altar de Sant Salv[a]dor, que es el mayor altar de la Iglesia, y s[ot]érolos D. Gonzalo [García Gudiél], Arzobispo de Toledo, presentes el Obispo de Palencia, Obispo de Cartagena, Obispo de Astorga, el de Badaloz, el de Tuy, Ricos hombres, Ferán P[érez], Juan Fernandez de Galicia, y esto fué fecho Lunes XXI. dia andados del [mes] de Novi[embre]» (1), año 1289.

Si la apuntación es cierta, como parece, y no se confunde con la *Capilla del Espiritu Santo*, que se estima con esta advocación fundada en 1290 por el Arzobispo D. Gonzalo Díaz Palomeque (2), y á la que en 1498 fué trasladada la que denominaron desde el siglo XV *de los Reyes Viejos*,—aquella otra primitiva en la cual recibieron sepultura Alfonso VII, Sancho III y el portugués Sancho *Capelo*, llamábase también *del Espiritu Santo*, y fué demolida después de la traslación, verificada, á creer los *Annales*, el 21 de Noviembre de 1289, citado arriba.

Con olvido notorio de lo que el arte enseña, y dejándose llevar sin examen de lo que autores más antiguos manifiestan, los modernos afirman que «las urnas cinerarias, con sus estatuas, *son las mismas* que tenían los antiguos sepulcros... en la Capilla de Santa Cruz ó Reyes Viejos», añadiendo que para los tiempos en que se hicieron, son las estatuas de un mérito muy superior (3), «no habiéndose hecho sino ajustarlas á su adecuado lugar en la hermosa obra de Copín de Holanda» (4.) Esto es lo que dice Salazar y Mendoza en el siglo XVII (5), y esto lo que asegura en el XVIII el P. Maestro Flórez, bajo la fe del deán de aquella santa Iglesia, D. Juan Antonio de las Infantas, quien le facilitó las noticias, al expresar que «los cuerpos Reales colocados en-

(1) *Esp. Sagr.*, t. XXIII, pág. 417.

(2) Parro, *Toledo en la mono*, t. I, pág. 324.

(3) Parro, *op. cit.*, t. I, pág. 109.

(4) Vizconde de Palazuelos, *Guía práctica de Toledo*, pág. 68.

(5) *Crón. del Gran Cardenal*, lib. II, párrafo III, pág. 371.

tonces en pos del altar mayor», al derribar el muro que separaba la *Capilla Mayor* de la *de los Reyes*, «están ahora delante» (1).

No hay para qué insistir en la demostración del yerro en que cayeron todos los escritores, sin distinción, hasta nuestros días, porque basta la simple ocular inspección para sin grave esfuerzo convencerse de que ni en el siglo XIII, ni en los dos siguientes, fué dado que apareciera el *estilo plateresco*, por lo que á los relieves de las urnas se refiere, ni las esculturas, por su aspecto, su ejecución ni su indumentaria, consienten ser llevadas á tiempo diferente de las postrimerías ojivales, en los comienzos de la XVI.<sup>a</sup> centuria, que es á la que corresponden, y cuando fueron labradas, sobre todo si se tiene en cuenta que urnas y estatuas están talladas y esculpidas en madera, y no en piedra ni en mármol, según por todos, cual dijimos arriba, se supone.

Como quiera que hay muy grande variedad de opiniones respecto á los personajes que aparecen dos á dos en los *Túmulos Reales*, procuré en mi citado estudio identificar los bultos yacentes, expresando el parecer de todos los escritores. Expuse como más antiguo el de Blas Ortiz, quien en su calidad de Vicario general del arzobispado parecía hallarse en la obligación de tener noticias exactas, dado principalmente que fué casi contemporáneo de la obra; y Blas Ortiz, en su interesante libro, afirma que en el lado del Evangelio (derecha del altar mayor) estaban el Emperador Alfonso VII en la parte inferior y Sancho III el *Deseado* en la superior, y que, respectivamente, en el lado opuesto se hallaban Sancho IV y su hermano el Infante D. Pedro, hijo de Alfonso X, añadiendo que se decía había muerto herido por un azor en Guadalajara (2), cuando la *Crónica de Sancho IV* expresa falleció en Ledesma el año de 1283 (3).

(1) *Esp. Sagrada*, t. XXXIII, pág. 369, donde vuelve á repetir lo dicho: «Colocóse entonces el Altar mayor más adentro, abrazando aquella Capilla en que estaban los cuerpos Reales; y por consiguiente, los que antes se hallaban en pos del altar mayor, ya están delante.

(2) *Summi Templi Toletani descriptio*, cap. XVII.

(3) Cap. LXXVII, pág. 64 de la ed. de la *Bib. de Autores Españoles*.

Mencioné luego la opinión de Pisa, quien, por distracción sin duda, pues á yerro suyo no puede en justicia atribuirse, hablando de Sancho III, asienta «fué enterrado en la yglesia mayor, cerca del Emperador D. Alonso, su padre, en la capilla mayor de la yglesia, á la parte de la Epístola (léase Evangelio), junto al altar mayor» (1). No me acordé de la nota que ahora cito del P. Román de la Higuera, cuyo justificado descrédito no llega á invalidar lo que de verdad comprobada hay en su *Historia eclesiástica de Toledo*, por poco que sea, y quien hablando del pontificado del Cardenal Cisneros sólo dice que «el Arzobispo viendo quán estrecha Capilla maior tenían [los canónigo-], procuró engrandalla, y para esto hizo derrivar una pared, que estaba entre la dha. capilla y la de *Santa Cruz de los Reies*, en la qual yazian el Emperador D. Alonso Ramondes y su hijo D. Sancho el Brabo (*sic*) y D. Sancho Capelo, Rei de Portugal, y otras personas Reales, y con esto quedó la Capilla bien capaz y ancha». «Puso á los lados del Evangelio —añade— los cuerpos de los Reies, y trató con los Reies [Católicos] que se quitase de allí el cuerpo de D. P.º Gonzalez de Mendoza», etc. (2).

Para el doctor Salazar y Mendoza en la *Crónica del Gran Cardenal*, los cuatro bultos representaban «al Emperador don Alonso, á don Sancho el Deseado, á don Sancho el Brauo y á don Pedro», «hijo de el Rey don Alonso el Ultimo y de doña Leonor Nuñez de Guzman, Señor de Aguilar, de Liédona y Pérnica» (3); pero en el *Chronico del Cardenal Don Juan Tavera* se corrige, y luego de mencionar al Emperador, á Sancho III, á Sancho IV y á los dos Infantes Arzobispos, Sancho de nombre ambos, de Castilla el uno y de Aragón el otro, añade: «Al lado de la Epístola quedó el Infante don Pedro, hijo de el Rey don Alonso el Sabio y de la Reyna doña Violante, Señor de Ledesma Castel Rodrigo, Alfayates, Saluatierra, Montemayor, Miranda del Castañar, Granadilla, Galisteo, Sabugal y de otros lugares», quien «murió en Guadalajara,

(1) *Historia de Toledo*, lib. IV, cap. IX, fol. 172 vuelto.

(2) Tomo VII, núm. 1.291 de ms. de la *Bib. Nav.*, folio 90 vuelto.

(3) Libro II, párrafo III, pág. 371.

herido de vn Azor, año de mil y dozientos y ochenta y tres». «Advierto esto — agrega rectificando lo dicho en la *Crónica del gran Cardenal*—*porque creen muchos que aquel don Pedro es hijo del Rey don Alonso el Ultimo y de doña Leonor de Guzman, llamada de Aguilar, porque fué Señor de Aguilar, con las villas de Lieuana y Pernia*» (1). «Tambien está en el altar mayor, aunque no con vulto que le represente, el Rey don Sancho Capelo de Portugal, que murió en Toledo» (2).

Tampoco aquí hice memoria de la opinión del maestro Flórez, quien escribió con efecto: «Tambien puede notarse que los quatro cuerpos Reales que Ortiz en su Templo Toledano, cap 17, dice ser de D. Alfonso VII y su hijo D. Sancho, el Deseado (á la derecha del Altar mayor) y de D. Sancho el Bravo y el Infante D. Pedro, que se dice muerto en Guadalajara por un Alcon (al lado izquierdo), esto no tiene buen fundamento: porque el Rey D. Sancho trasladó los tres cuerpos de los dos Reyes de Castilla y del Rey de Portugal. Añadióse luego el del mismo Rey que hizo la traslacion, y este es el quarto». «No debemos pues—concluye—reconocer al Infante D. Pedro entre los quatro sepulcros Reales de que hablamos, sino en el suelo ó en la Capilla de los Reyes viejos, donde se pasaron los capellanes que servian en la Capilla de Santa Cruz, y allí hacen los Oficios» (3).

Que los autores modernos no muestran mayor conformidad, hicelo asimismo patente en el precitado estudio, confrontando sus obras; unos, con efecto, afirman que las estatuas yacentes del lado de la Epístola son las de Sancho IV y el Infante D. Pedro, fruto de los adulterinos amores de Alfonso XI con D.<sup>a</sup> Leonor de Guzmán, y las del lado del Evangelio las de Alfonso VII y Sancho III (4); otros, que las de este lado son

(1) Cap. XXVIII, págs. 161 y 162. Murió este D. Pedro en 1338 y tomó el nombre de Aguilar, por el señorío de Aguilar de Campóo, según Quadrado (tomo de *Palencia*, pág. 517 de la obra *España, sus monumentos y artes*).

(2) *Ibidem*.

(3) *Esp. Sagr.*, tomo XXIII, pág. 369 citados.

(4) *Toledo pintoresca*, pág. 28; *Indicador toledano*, pág. 16; *Guía del viajero en Toledo*, pág. 57; Quadrado y D. Vicente de la Fuente,

las de Alfonso VII y D. Pedro de Aguilar, niño de ocho años, y las del opuesto Sancho IV y Sancho el Deseado (1), no faltando quien deje de mencionar los dos Infantes D. Pedro, á uno de quienes es referido uno de los cuatro bultos (2). Para todos ellos, siguiendo á Salazar y Mendoza, aquellos simulacros están «con ropas largas, y los tres (Alfonso VII, Sancho III y Sancho IV), con Capillejas<sup>ó</sup> Caperucetas en la cabeza, y delante sus Espadas, que assen con las manos», á excepción del supuesto Infante D. Pedro de Aguilar, quien «no tiene Espada ni Caperuceta, sino Guirnalda, por hauer muerto muchacho de ocho años» (3).

Con el examen de las esculturas demuestro que dos de ellas, las del lado del Evangelio, ciñen corona real *gemma* y las otras dos *diadema de oro*, y que ninguna tiene ni ha tenido espada, lo cual es ciertamente extraño tratándose por lo menos de Alfonso VII y Sancho III; que, por tanto, las del Evangelio pueden ser del conquistador de Almería y su hijo, ambos Reyes, y que las del lado opuesto, si corresponden á individuos de la familia real, según la diadema publica, no fueron Monarcas, tanto más cuanto que la que se dice de Sancho IV está vestida en traje monacal y tiene los pies descalzos, por donde viene á resultar que no se sabe á quienes en realidad representan.

Parro, para acreditar su juicio, pondera sobre modo el valor del escudo de corona real timbrado como todos, y que resplandece en jefe al centro sobre el túmulo alto del lado del Evangelio entre otros dos con las armas reales de Castilla y León; dicho escudo, partido, lleva á su derecha un águila de una sola cabeza sobre campo de oro y cuarteladas á su izquierda las armas reales. Por el águila deduce, y es para él incuestionable, que el túmulo superior lo es del que llama Infante D. Pedro, hijo adulterino de Alfonso XI, que fué Se-

---

tomo III de *Castilla la Nueva* en la obra *España*.—Barcelona 1886, páginas 196 y 197.

(1) *Toledo en la mano*, págs. 110 y 111; *Guía práctica de Toledo*, páginas 67 y 68.

(2) *Breve reseña de la Catedral de Toledo* (1903), págs. 88 y 89.

(3) *Crónica del Gran Cardenal*, pág. 371.

ñor de Aguilar, pues el águila es el emblema heráldico de estos señores; pero olvida ó finge olvidar que el Infante, llamémosle así, no podía llevar armas reales, ni ceñir corona real, ni era lícito colocar en jefe su escudo, entre los del Emperador Alfonso VII, ni pudo ser representado en una figura viril, cuando no tenía sino ocho años.

Olvida asimismo que en el arca sepulcral del Emperador destaca el escudo partido, con el águila, aunque de dos cabezas, en el cuartel de la derecha, y las armas reales cuarteladas, en el de la izquierda, y no advirtió que los escudos todos, de uno y otro lado, han sido *repintados* quizás en el siglo XVII por quien no reparó en todas estas circunstancias, y que el blasón imperial de Alfonso VII, representado por el águila de dos cabezas en los escudos tallados, se convirtió por arte del pintor en blasón indeterminado, sin expresión propia, al suprimir, como lo hizo, una de las cabezas del águila.

De todo esto y de algo más que demuestro en el repetidamente citado estudio deduzco, pues, que cual arriba indico, no es posible saber quiénes son los personajes representados en los dos *Túmulos* del lado de la Epístola, persuadiéndome del poco aprecio que se dió por Cisneros á las tumbas reales de la *Capilla de los Reyes Viejos*, pues si bien de los principales personajes que encerraba guardó memoria en los túmulos existentes, lo hizo sólo con carácter decorativo. Como se ve, pues, á despecho de la respetabilidad del P. Flórez y de la curiosidad de la indicación contenida en los *Annales III Toledanos*, y de las noticias que consiga el P. Román de la Higuera, nada estas notas traspapeladas alteran las conclusiones, que son lógicamente fundadas y obtuve en el trabajo á que hago referencia.

RODRIGO AMADOR DE LOS RÍOS.

---



# ALMERÍA

---

## II

Condiciones locales de Almería.—Su porvenir.—Salubridad.—Alcantarillado.—Otras mejoras.—Males que deben combatirse.—Población minera.—Abusos de que es objeto.

Una ciudad de 47.326 habitantes tiene importancia por este solo hecho; pero si cuenta con un puerto de los más concurridos, con riqueza agrícola considerable, cuerpo consular, elemento oficial correspondiente á una capital de provincia, ha de tener, como consecuencia de todo esto, medios bastantes para hacer cómoda y agradable la estancia de los que acudan á ella, ya en busca de la salud perdida, ya únicamente huyendo de los rigores del clima de otros países.

Almería puede ofrecer, en este sentido, plaza de abastos bien surtida, fondas espaciosas y organizadas á la moderna, paseos y casinos concurridos y un teatro en el que actúen con frecuencia buenas compañías. Pero con todo esto no es, ni con mucho, lo que exige su importancia, importancia que ha de aumentar constante y rápidamente.

Convendría que administradores y administrados, comprendiéndolo así é inspirándose en sentimientos de patrio amor, tratasen de mejorar una población atrasada por haber permanecido hasta hace poco tiempo sin comunicación por tierra con el resto de España, y convendría que al proyectar y emprender cualquier mejora se tuviese en cuenta la importancia que en término próximo ha de tener Almería, á fin de que lo que hoy parezca bueno no resulte mañana mezquino y deficiente.

La mortalidad anual por cada mil habitantes es de 32,17 (menor que la de la mayoría de las capitales de provincia,

pero excesiva de todos modos); pudiera disminuir considerablemente con la construcción del alcantarillado, del que carece en absoluto la ciudad. Hace algunos años se formó un proyecto para dotarla de tan importante servicio, pero fué mal acogido por los periódicos locales y el público en general, pues se supuso que respondía en primer término al interés particular y también porque se creyó que la cantidad presupuestada era mayor que debía ser. Como Almería cuenta con caudal de aguas potables escaso é insuficiente para producir el arrastre, forma parte del referido proyecto la elevación de las del mar, á fin de establecer corrientes de ellas por las alcantarillas, sistema que exige constante gasto para el sostenimiento y que acusa se desatienda otro importantísimo servicio, cual es el de mejorar en calidad y cantidad el abastecimiento de aguas potables.

Tal vez el estudio detenido del subsuelo de Almería diera lugar al convencimiento de la no necesidad de alcantarillado, pues formado el subsuelo por capas de arena, separadas por otras de piedra impermeable con mucha pendiente hacia el mar, llamadas vulgarmente *lastras*, quizá pudiesen aprovecharse en sustitución de aquél perforándolas convenientemente por medio de pozos absorbentes.

El trazado de la población hace necesario la apertura de nuevas vías y prolongación y ensanche de algunas existentes, á fin de poner en comunicación rápida unos barrios con otros, contribuyendo á la higienización y ornato de la ciudad.

Pero más imperiosamente que otra cualquier mejora reclama la provincia de Almería enérgica campaña en pro de la enseñanza y de la salubridad. Son, ordinariamente, refractarios los padres á que sus hijas ejerciten la inteligencia en cualquier clase de estudios, limitando la enseñanza á labores de adorno. Las maestras de instrucción pública reciben constantes recomendaciones en el sentido indicado, y uno de los frutos de tan pernicioso sistema es la resistencia pasiva de las clases obreras á la vacunación y revacunación, sistema que hace infructífero el celo de las autoridades y que da lugar á que periódicamente haga estragos la epidemia variolosa.

Combatir la ignorancia y la viruela debe ser el objetivo

principal de las corporaciones locales y provinciales, necesi-  
tándose también de la preferente atención y de medidas enér-  
gicas por parte de los poderes públicos.

Hácese notar también que, estando enclavada esta provin-  
cia en la región donde mayor número de prosélitos cuenta el  
socialismo, se carece en absoluto de fuerza armada para re-  
primir cualquier atentado. La capital, á pesar de tener un es-  
pacioso cuartel, que con escasa obra pudiera ser habilitado,  
no tiene guarnición. Toda la provincia, extensa, accidentada,  
con deficientes medios de comunicación y 359.013 habitantes,  
no cuenta más que con doscientos infantes y veinte caballos  
de la Guardia civil, y, en cambio, los obreros de las minas  
forman considerables masas, se declaran en hue'ga con fre-  
cuencia y es de esperar que, en plazo quizás breve, promue-  
van conflictos de verdadera gravedad si no se atiende á sus  
reclamaciones, á fe no desprovistas de justicia.

Los obreros de Cuevas, por ejemplo, vienen desde hace  
tiempo demostrando descontento por el reducido jornal, que  
es como promedio de 1,65 pesetas, en efectivo, para los que  
trabajan en el subsuelo, y 1,50 pesetas para los que prestan  
sus servicios en la superficie. Ambos son mantenidos por los  
patronos, constituyendo la alimentación: una sopa de cominos  
por la mañana, otra de igual clase por la tarde y un rancho ó  
pctaje al mediodía compuesto de judías, patatas ú otros ar-  
tículos análogos.

Este suministro lo tienen contratado los patronos en 0,75  
de peseta por plaza, pero con facultad de poder subarren-  
darlo, y se da el caso de ser el tercer subarrendador el que  
hace el abastecimiento, teniendo que pagar una prima al se-  
gundo, que á su vez ha abonado otra al primero. Sólo se in-  
vierten, pues, en la manutención del jornalero unos 0,60 de  
peseta, de cuya cantidad aún hay que rebajar la cuota de  
consumos, que puede calcularse en 0,10 de peseta.

La cantidad destinada á la alimentación resulta exigua para  
todo obrero y mucho más para los de que se trata, si se  
atiende al rudo trabajo que les está encomendado y al que se  
dedican desde las cuatro de la mañana, hora en que entran en  
las minas, hasta las seis de la tarde, en que terminan la penosa

faena. La deficiencia en la alimentación en cuanto á calidad y cantidad, lo reducido de los jornales, los malos tratos que reciben de algunos capataces, son causa de constantes protestas por parte de los trabajadores, los cuales, constituyendo núcleos de población numerosos y siendo objeto de continua propaganda socialista y anarquista, pueden ocasionar graves disturbios. Para evitarlos, son indispensables medidas encaminadas á mejorar las condiciones del obrero, á cortar los abusos que á tan grandes rasgos quedan descritos, y para reprimir los actos de hostilidad que pueden sobrevenir es indispensable dotar á Almería de guarnición, que exceda de un batallón de infantería.

JOSÉ ROCA DE TOGORES.

---

# ¡ESTO VIR!

(DE VÍCTOR DE LA PRADE)

**Á mi buen amigo el sabio gramático D. E. Benot.**

*«Oui, l'abime est profond, il se creusse sans cesse.»*

Se ahonda sin cesar el hondo abismo:  
es la bajeza humana inmenso mundo  
de inmenso cenagal, donde se hunden  
todos á impulso vil oro buscando.  
Desciende todo por oscura rampa:  
la faz altiva va; el pecho, humilde.  
El arte al par de la virtud se aleja  
y se desgastan las antiguas cumbres.  
El golpe del nivel ¿qué sien evita?  
Vulgaridad oscura invade el globo:  
sin base el monte está, sin lecho el río  
y los escombros todo el valle ocupan.  
De mezcolanza tal légamo inmundo  
nos obliga á acampar en mar de cieno.

Tal aire respirar lenta agonía;  
el calofrío ved, mirad la fiebre.  
¡Oh! quien dormita en noche tal, sin alba,  
está damnado á vil, mortal coyunda.  
Todos temen, se espían, balbucean  
con débil timbre trémulo: el osado  
al mísero y opreso desafía.  
Fustíguese al lacayo?; disimula

y torna al marmitón las insolencias  
 de su señor, y se oye en todas partes  
 el seco golpe de invisible puño.  
 Baja la injuria audaz, el odio sube,  
 y observa cada cual sobre su frente  
 la afrenta rebotar; mas todo, todo  
 en fulgurante faz, y, sin ruido,  
 se lleva el deshonor, como su fruto  
 el árbol lleva; nítida corbata  
 limpio cabestro y muy bordado encubre.  
 Garras los dedos son, mas ¡oh! los guantes  
 la ga. fa esconden y hay modales finos.  
 Se vive en modo tal, ¡ay! todo, todo  
 con máculas, excepto la apariencia,  
 todo reviste deslumbrante brillo  
 para burlar la historia y la esperanza.  
 Á todo noble sentimiento sorda  
 el alma en cuchicheos se revela;  
 se cree hablar: pronúnciase un discurso  
 y huye del labio la palabra propia.  
 Un cable (no se ve) muy vigoroso  
 la más enhiesta sien al yugo amarra,  
 ¡mas goces hay y gusto en divertirse!  
 ¡La musa en ninfa de ópera se ofrece;  
 ardor y afanes, sin condigno empleo,  
 conságranse á placeres tolerados  
 en lira vil, do desfrenadas luchan  
 viles ideas y costumbres viles!  
 ¡Trizas en el arroyo excelsos nombres!  
 Se crea impuro mar de tales *ondas*.  
 Veo subir, subir enorme el fango  
 á nos (y pronto ahogar en nuestra infamia).  
 ¡Como diluvio lluévennos ultrajes!  
 ¡Oh! ¿cuándo cesará tanta ignominia?...  
 ¡Con nuestra voluntad!... Ignoto un hombre  
 tú mismo, yo quizás, cualquier ignaro  
 creyente soñador, al ser testigo  
 de tal mentir hipócrita, á la infamia

¡de aquí no pasarás! podrá decirle.  
 En la ruina total de cosas y hombres  
 y de bandos sin rumbo, que postergan  
 su causa, cada cual, con fe profunda,  
 podrá decirse: «¿Dónde la esperanza?  
 ¿Qué resta ya de tanto? ¡Yo, yo solo!»  
 Erguir podrá al gravamen que le agobia,  
 en arma ultriz á su conciencia altiva,  
 y hacer del vencedor á vana furia,  
 de su pecho magnánimo, ariete  
 del mundo agitador.

¡Oh! pero entonces  
 (¡qué día de batalla tan horrenda!)  
 teme á un traidor guardar dentro del pecho:  
 hay que domar, domar al enemigo  
 y de vil interés las rebeldías.

Atleta nunca en pos de los placeres,  
 para invencible ser hay que domarse;  
 así, dueño absoluto de tus ansias,  
 tú podrás debelar á los tiranos,  
 y vencedor de ti, de nadie siervo  
 habrás de ser, sin resonar la trompa.  
 ¡Sus! ¡Á luchar! ¿Qué importan los desastres?  
 ¡Quien á sí se venció, subyuga al mundo!  
 Y á qué caudillo tal y aquese brazo  
 que vengue nuestras rotas? ¿No sería  
 por ti, ¡oh joven! que me das oídos?  
 Tú quieres dar tu sangre por el pueblo;  
 pues dale tu virtud, más generoso.  
 ¡Sus! ¡pronto! ¡Libertemos nuestras almas  
 y nuestros corazones de las hidras  
 que se albergan en nos, y luego todos  
 seguros de eco horrísono daremos  
 la voz de libertad, que las murallas  
 de Jericó derrumba; que, lanzando  
 vívida lumbre, abrasa á los amigos  
 de nuestros Baltasares; que despierta  
 los muertos en el fondo de su tumba

y carne y alma torna á huesos mondos!  
 ¡Arriba! ¡arriba! Sin piedad ni tregua  
 á destruir malévolos instintos.

¡Odio fatal á ímpetus rebeldes!  
 ¡Devore el fuego su última caverna  
 y tú sé tu señor purgando el alma!

Vía recta seguir sin doblegarse,  
 es la injuria mayor al siglo hecha,  
 y el oprobio mayor hecho al villano;  
 ¡quisiéralo punir y lo devora!

¡La virtud, la virtud! Ese es el arte,  
 ese el mejor complot, la flecha ardiente  
 que ha de encontrar inerme al enemigo.  
 Ella sabe mejor que el genio y fuerza  
 en su base minar la tiranía;

luchemos del Señor las santas lides;  
 «¡Vencer por el honor!» el mote sea;  
 si solo te encontrases, lucha y lucha;  
 ¡Bah! ¿Qué importa el tropel de los menguados?  
 Toda virtud los punza y aniquila,  
 su golpe no se ve, mas da la muerte.

Con esto sólo, sin temor ni tacha  
 en su derecho inmóvil como roca,  
 se puede el triunfo haber, y de la cumbre  
 de su desdén, dejar que de granujas  
 corra audaz el turbión voraginoso.

¿No es base nuestra el gótico granito?  
 ¡Oh! no la gastará raudo el torrente;  
 un pecho varonil á mil no reta,  
 y un caballero, un solo caballero,  
 ¿la turba de follones no ahuyentaba?

Á Dios, de un pueblo juzgador, ¿qué importa  
 el número de justos? ¡Diez le bastan!  
 Viviendo bien, intrépido luchando  
 podrás vencido ser; tu causa, ¡nunca!  
 ¡Cuántos guerreros la inmortal Esparta  
 al combate lanzó! ¿Qué leoncillos  
 con tu bravo león? Trescientos sólo

contra el déspota Jerjes y su turba,  
trescientos ¡y á morir! Hablad, Termópilas,  
decid si fué su golpe, golpe inútil;  
hablad, hablad, ¡oh mártires humildes!  
¿Vencieron los verdugos ó vosotros?  
Húrguese nuestra fe y ella responde:  
«¿Quién del mundo señor, Cristo ó el César?»

Por la versión,

VÍCTOR SUÁREZ CAPALLEJA.

Noviembre de 1898.



# EL REALISMO EN EL TEATRO RUSO

---

ALEXIS PISEMSKI

El teatro tiene, sobre todo en nuestra época, la pretensión de representar los hombres tales como son en realidad. Sin embargo, una cosa hay digna de admiración para los que confrontan las ficciones de la escena con las realidades de la vida: la importancia enorme que nuestros autores conceden al amor puesto en escena. ¿Cómo un sentimiento que sólo ejerce una influencia secundaria en la existencia moderna es hoy, como hace dos siglos, el centro de todas las combinaciones dramáticas? Si el hecho se puede explicar por la rutina, por el dominio inconsciente que la costumbre tiene sobre los espíritus más fuertes, no constituye al menos una flagrante derogación de las leyes sabiamente comprendidas en la estética realista. En este orden de ideas sólo se ha conseguido, ya evitar en la composición todo alambicamiento, ya inventar situaciones escabrosas, ya intercalar en el diálogo palabras más ó menos groseras. Éste es un realismo fácil, pero sin resultados positivos. Dar á las pasiones un puesto que estrictamente corresponda al que ocupan en la vida, dar á cada una de ellas el valor convencional que les atribuye una añeja tradición, tal debe ser, á nuestro juicio, la primera preocupación de un dramaturgo que desee ofrecer al público algo más que la alianza entre la necesidad y la mentira.

Sin negar—lo que sería completamente absurdo—la influencia del amor en las acciones humanas, no es temerario afirmar que el interés inspire mayor número de ellas. Sólo basta dirigir una mirada al mundo que nos rodea: para un solo barón Hulot, en cambio ¡cuántos Gobsecks, cuántas gentes cuyo

esfuerzo es, de la mañana á la noche, hacer fortuna! Y en un tiempo en que la lucha por la vida se ha hecho más acerba— más exclusiva que nunca, ¿no es un anacronismo patente ofrecer en el teatro al público la lucha por la mujer siempre repetida?

En Rusia, sin embargo, se ha encontrado un escritor que abandonando estos errores tan en pugna con la verdad práctica, relega el amor á la clasificación de accesorio. En esta innovación consiste, según nosotros, el verdadero mérito, la real originalidad de Alexis Pisemski. Reconociendo que el *auri sacra fames* es el principal móvil de la humanidad contemporánea, se ha inspirado en este dato tanto para su teatro como para sus novelas. Aunque Pisemski no es el único ni quizá el primero que ha sacado á escena la cuestión del dinero, al menos la ha utilizado con mayor amplitud que nadie; ha hecho de ella la base, el elemento primordial de todas las composiciones dramáticas. ¡Miren qué gracia, diráse, haber descubierto un hecho tan palpable como éste! No tratamos aquí de concederle sino una originalidad relativa; pero no olvidemos que estamos en el teatro, esto es, en una esfera intelectualmente inferior, en la de las gentes que, hablando con propiedad, no piensan, sino que se valen de las ideas corrientes, se limitan á revestirlas de una forma todo lo plástica posible. Por ejemplo, sabemos que hay doncellas, mujeres casadas y prostitutas: llamad á las primeras *mujeres de la iglesia*, á las segundas *mujeres de su casa*, á las terceras *mujeres del arroyo*, y vuestra clasificación muy pronto se hará popular. En *eurekas* de este calibre ha basado Alejandro Dumas su reputación de gran moralista. Lo esencial en el género no es, pues, ser nuevo, ingenioso ó profundo, sino dar vigor é interés á las más insignes estupideces.

Pisemski tenía treinta y dos años y ya se había dado á conocer como novelista cuando debutó en la literatura dramática con una comedia en cuatro actos, intitulada *El hipocondriaco* (1852). El héroe de esta comedia, el propietario Dournopetchine, es, como el Argan de Molière, un hombre que se cree enfermo sin estarlo. Semejante personaje se presta á efectos de grosera alegría; sin embargo, no se halla nin-

guno en *El hipocondriaco*, ya sea que Pisemski voluntariamente los haya desdeñado; ya que no agrada á este humorista lleno de causticidad. La comedia que ha querido hacer y que ha hecho de mano maestra es la de las libidinosidades que asaltan á un moribundo ó que se cree tal. Joven y poseedor de alguna riqueza, Dournopetchine ha perdido, bajo la influencia de la hipocondría, toda su fuerza de voluntad, y la debilidad le deja sin defensa contra las concupiscencias de sus parientas y amigas. Una prima lejana, sabiendo que está enfermo, va á su casa acompañada de su hijo y quiere inducirle á hacer un testamento en favor suyo: la madre y el hijo ponen en venta el guardarropas riquísimo de su infortunado pariente. Por otra parte, este último está expuesto á las obsesiones matrimoniales de una vieja solterona que pretende haber sido en otro tiempo seducida por él, y quiere á toda costa que le devuelva la honra que supone haber perdido. Para colmo de tribulaciones, un primo de Dournopetchine le arma una trampa legalizada y le amenaza con un proceso si no consiente en un sacrificio de 15.000 rublos. El pobre hombre se libra de todas estas calamidades por la súbita llegada de su tía, Solomonida Platonorma. Mujer inteligente y enérgica, aquella señora sacude la apatía de su melancólico sobrino, y finalmente, le lleva á su casa de campo para curar de las dolencias morales.

En *La partición*, comedia en tres actos, que siguió á *El hipocondriaco*, no se trata de despojar á un moribundo, sino á un muerto. Por lo demás, esta pieza no sale del mundo de los propietarios rurales que Pisemski había podido estudiar de muy cerca, puesto que pertenecía á una familia de acomodados campesinos. Un propietario, Miguel Ergrafitch Manokhine, acaba de morir: sus adláteres proceden á la partición de la herencia, y sus pretensiones é intrigas inconcebibles han dado sobrante materia al autor para tres actos. Aun igualmente codiciosos estos personajes, presentan rasgos individuales inconfundibles. Anna Efremovna Bourylenko es un tipo acabado de fariseísmo femenino: sin cesar pone al cielo por testigo de la pureza de sus intenciones, cuando en realidad quiere engañar á todo el mundo. Emilia Petrovna Sinitzine afecta también

un carácter desinteresado: personalmente estaría dispuesta á mostrarse como en sí es, si fuese libre; pero le es forzoso conformarse á las instrucciones que su marido le ha dado: siempre echa por delante el nombre de Simón para autorizar sus exigencias.

Cirilo Semenitch es un pobre diablo, cargado de familia, que implora la piedad de sus coherederos y solicita su parte como se solicita una limosna. En este ambiente, Sergio Vasilitch Zakharof, joven elegante de Moscou, hace de gran señor, renuncia noblemente á los carruajes viejos y desvencijados del difunto; Ivan Prokofitch es el más rapaz; sin embargo, como es el más inteligente, se encarga de redactar el proyecto de partición. Las resistencias que por todas partes encuentra enloquecen á Ivan Prokofitch: presa de un súbito acceso de demencia furiosa, rompe con su bastón las porcelanas y cristales expuestos en la sala, ordena al intendente que incendie la casa, y corre él mismo á degollar el ganado que hay en el establo. Sergio Vasilitch, fusil en mano, se precipita hacia el demente y el telón cae al ruido de los tiros que suenan en los bastidores.

Agitándose en todas las clases de la sociedad, poniendo en juego los caracteres más variados, la cuestión del dinero sirve para descubrimientos vastos. Pisemski no la ha agotado—¿quién los ha de agotar?—pero ha seguido sus manifestaciones en las diferentes escalas sociales. Con *Las minas* dejamos el mundo de los propietarios por el de los empleados. Aquí la cuestión del dinero sólo cambia de nombre. Por qué tenebrosas intrigas se pasa en la administración de San Petersburgo es lo que el autor de *Las minas* nos revela con la brutal franqueza que le caracteriza. La censura prohibió esta obra y con razón. Nada menos edificante que la representación de una pieza cuyos personajes rivalizan en infamia. No puede, sin embargo, decirse que la comedia satírica de Pisemski calumnie á los burócratas. Verdaderas con verdad no tanto local como universal, las escenas de *Las minas* se desarrollan todos los días en las esferas oficiales de todos los países del mundo. En el tercer acto, por ejemplo, se ve un funcionario muy elevado, el conde Zy-roff, anular un decreto comprometedor para su yerno: ¡qué

éxito tan natural no hubiese tenido en nuestra escena, si hubiese sido representada esta pieza el año último!

Los rigores de la censura alcanzaron á *El lugarteniente Gladkoff*, tragedia cuyo asunto se remonta á una época de la historia rusa en que el ejército intervenía con frecuencia en las revoluciones de palacio. La autoridad, estimando sin duda que el teatro no debe ser escuela de *pronunciamientos*, prohibió la representación de esta obra, lo cual quizá fuese de utilidad al autor. Alejándose esta vez de la realidad contemporánea, Pisemski es, sin embargo, fiel al naturalismo y poco dado á la idealización. Su *Gladkoff* es un militar ambicioso, una especie de carretero sin escrúpulos, que sacrifica á sus sueños de porvenir político los parientes, amigos y protectores hasta el momento en que una muerte poco gloriosa corona dignamente la existencia de este aventurero. Los hombres de estado á quienes sirve y engaña sucesivamente, Volyngky, Biren, Münich, casi valen menos que él: siempre traen en boca el bien de Rusia y tan sólo buscan su interés personal. ¿La simpatía que sienten los jefes trascenderá á los soldados? Entre los partidos que se disputan el poder ¿hay alguno de quien se pueda esperar algo? Nosotros haríamos votos por el triunfo del partido ruso que tiene al menos la ventaja de ser el partido nacional, si el escritor no nos diese á entender que los rusos de este tiempo eran unos brutos. En este estado de cosas, el alemán aparece como un elemento civilizador; pero ¿donde está el medio de tomar interés por el opresor extranjero? En una palabra, Pisemski carga aquí con el trabajo de la exactitud: se ha mostrado más historiador que hombre de teatro y su tragedia no deja la impresión que debe dejar.

El amor y la mujer brillan por su ausencia en las obras que acabamos de mencionar. En *El lugarteniente Gladkoff* sobre todo, en treinta y un personajes sólo hay dos papeles de mujer y aun éstos pudieran ser suprimidos sin gran inconveniente; tan poco afectan á la acción. La pasión ocupa en *Baal* un lugar muy importante; pero, aun aquí, como en todo el repertorio de Pisemski, el amor está subordinado á la cuestión del dinero. *Baal* es—para emplear el lenguaje bíblico del autor—quien arroja á la mujer de Burgmayer en los brazos

de Mirovitch y también es *Baal* quien entrega á su marido la esposa culpable. «Una choza y tu corazón», ó como diríamos nosotros, «contigo pan y cebolla»; esto es muy fácil de decir, pero muy difícil de practicar. Una mujer acostumbrada al bienestar preferirá siempre las trufas con virtud á las manzanas con vicio: tal es la conclusión que se saca del drama; no se puede decir que sea contraria á la realidad de los hechos y es al mismo tiempo consoladora para la moral.

Por este bosquejo, corto é incompleto, el lector habrá podido ya formarse una idea de lo que falta á Pisemski para colocarse en el rango de los maestros de la escena. Su principal defecto—que sería una cualidad en otra parte que no en el teatro—es precisamente la absoluta sinceridad de que no espera sacar provecho alguno. Menos amigo de lo verdadero, hubiera introducido entre sus personajes contrastes más acentuados, no se hubiera limitado á poner en acción la frase de Terencio: *Homo homini lupus*. Hubiera establecido la lucha—que es la ley de toda composición dramática—no ya solamente entre avarientos rivales, sino entre gentes honradas. Tal como es, su teatro parece más curioso que interesante; satisface el espíritu, pero no conmueve la sensibilidad. El ansia del ideal, innata en el alma del espectador, protesta contra esa implacable sucesión de escenas odiosas donde se representa al vivo toda la bajeza humana. Hace bien en advertirlo: el realismo lleva en sí cierta monotonía inherente al género. Al considerar de muy cerca la naturaleza, el arte pierde en variedad lo que gana en verdad.

¿Qué ha sucedido á Pisemski? Que su franco éxito en el teatro lo ha obtenido con un drama ajustado á los antiguos moldes. ¿Qué es en efecto *El amargo destino*? Un vulgar *melo*, responderán seguramente los realistas, y, á sólo considerar la fabulación de esta obra, no dejarán de tener razón. Un marido engañado que rehusa con indignación la recompensa pecuniaria que, á guisa de reparación, le ofrece el amante de su mujer; este mismo marido estrangulando en un transporte de furor al niño nacido del adulterio; después, bajo la influencia de los remordimientos, viniendo espontáneamente á entregarse en manos de la justicia: he aquí lo que acepta, lo

que aplaude un público de costumbres dulces y transigentes, un público incapaz de matar á un niño, pero no de rehusar el dinero, un público de teatro, en fin.

No se pregunta si esto está encauzado en los cauces ordinarios de la vida: la emoción se limita á las inverosimilitudes: el público llora cuando ve cosas fantásticas é incomprensibles...

PEDRO GONZÁLEZ-BLANCO.

---



## ESTUDIOS DE ANTROPOLOGÍA Y SOCIOLOGÍA CRIMINAL (1)

---

### III

Merecedor también de especial mención, acaso tanto como los dos de que acabamos de hacer mérito, porque constituye asimismo el *forajido* desprovisto por completo del *sentido moral*, ó sea de los dos *sentimientos capitales del hombre*, según Garofalo, el de la *piedad* y el de la *probidad*, y porque comienza á señalar la evolución de la criminalidad hacia la que puede decirse moderna, lo es el bandido Surroca, que, ya bastante adelantado el siglo XVIII, capitaneó una cuadrilla que comenó en breve tiempo varios robos y atentados en el principado, y en el que al par de las influencias de la degeneración psíquica se advierten muy sensiblemente las de la pereza y el vicio; una inclinación innata al mal, alimentada por bajas pasiones, sin que la contrarrestase una educación conveniente, le llevó en poco tiempo, así como á los amigos á quienes supo seducir y dominar halagando sus tendencias, de la holganza al vicio, en especial al del juego, y del vicio al crimen. Comenzó siendo un calavera viciosísimo; no pudo satisfacer las exigencias de su vida disipada con los escasos recursos que la modesta posición de su familia le deparaba; sus padres impremeditadamente aplaudieron las primeras de sus calaveradas; quiso figurar en primera línea entre los jugadores y crapulosos que le lisonjaban, quiso mostrarse espléndido en toda clase de francachelas; robó con buen resultado á un infeliz labriego, y cegado por ese primer éxito, ya jefe de cuatro disipados que le siguieron, faltó, como hemos dicho,

---

(1) Véase la pag. 353 de este tomo.

de sentido moral, inficionado por el ambiente que respirara, comete en despoblado un nuevo robo, pero ya seguido del asesinato, lo repite á los pocos días, prosigue su camino por la senda en que se había introducido; pero menos experto que los bandidos sus predecesores, cae en una celada que le tendieron los siempre bravos y diligentes *Mozos de la Escuadra*, y muere combatiendo contra ellos.

La corta vida criminal de Surroca, que hemos resumido en breves líneas, es una nueva demostración de la exactitud de las conclusiones de los criminalistas modernos, de que el verdadero malhechor, el que no lo es únicamente por el impulso pasional, ó por la ocasión tentadora, se forma por el influjo mutuo aunado de los factores *antropológicos y sociables*. En el malhechor que nos ha sugerido estas consideraciones se marcaron ambas clases, predominando y manifestándose antes la falta del *sentimiento de probidad*, por lo que, primero y sobre todo, fué ladrón; tenía también atrofiado el de *piEDAD*, atrofia que aumentaron las condiciones propias de la vida del bandolerismo, y á ello respondieron sus posteriores asesinatos; á su degeneración fisio-psíquica se juntaron los vicios y los malos ejemplos, y consecuencia de tal cúmulo de influencias morbosas le fueron los hechos que determinaron su triste celebridad.

#### IV

Hasta ahora, y en esta rápida excursión por el mundo del bandolerismo catalán, nos hemos fijado en tres de los más grandes bandidos que en él figuran, en Claudio el Molinero, en Puch y en Surroca, más que nada porque los tipos de tales criminales se han visto reproducidos en los que hasta nuestros días han venido presentándose en la misma región; pero debemos hacer notar que conforme han ido avanzando los tiempos y modificándose lo que podemos decir psicología social, ha ido disminuyendo el relieve del tipo representado por Claudio, cuyas buenas cualidades innatas concluyeron por sobreponerse á las malas adquiridas, y acentuándose el de

Surroca, criminal por instinto y por hábito. Entre la cuadrilla de aquél, que como hemos dicho fué valiente soldado de Cataluña en la guerra contra Felipe IV, y las de los *trabucaires*, que coincidieron con la primera guerra civil del siglo último, media ya mucha distancia é infinitamente más respecto á las de Casilleras y Marimón y del repugnante *Barbut*, que bajo el disfraz religioso cometiera los más horribles asesinatos. Pero, á fin de reforzar nuestros argumentos y dar á conocer mejor los caracteres generales del *ladrón* y los particulares del *vandido*, diremos algo de dos familias catalanas cuyos miembros, en su casi totalidad, fueron *salteadores* de caminos, hallando varios de ellos su fin en el patíbulo, y poniendo muy á la vista cómo la pereza, el anhelo insaciable de goces materiales, el vicio, la educación mal encaminada, en unión de anormalidades ó perturbaciones psíquicas congénitas y más ó menos profundas, crean, sostienen y multiplican esos seres que, en mayor ó menor número, según las circunstancias, pero sin desaparecer nunca, fustigan á los pueblos.

«Es indudable que durante la primera mitad del siglo XIX —se lee en la historia que nos sirve de guía— existía una formidable cuadrilla de malvados que, perteneciendo á la clase de forajidos, sabiendo hacer perfectamente el papel de hombres de bien, eran en el fondo ladrones de profesión que causaban el terror y el espanto de todos los habitantes pacíficos de los mismos alrededores de Barcelona. Pero es el caso que los malvados tenían las precauciones tan bien tomadas y eran tan astutos y precavidos que no dejaban el menor rastro. Todos los días eran robadas las diligencias que salían de Barcelona, maltratados los viajeros y saqueados los equipajes; pero al día siguiente no se veía un solo hombre sospechoso en todo aquel distrito, pareciendo imposible que en el día anterior se hubiesen perpetrado crímenes tan escandalosos.» No obstante, el ojo práctico de los *Mozos de la Escuadra*, á quienes tanto tuvo que agradecer Cataluña, se fijó en los que algún tiempo después, en el año 1845, fueron presos, convictos y castigados como autores y cómplices de aquellos numerosos atentados contra la propiedad y las personas, captura que á tan benemérito cuerpo fué debida. En San Andrés

de la Barca había una familia llamada de los *Estapé*, compuesta de cuatro hijos, José, Isidro, Juan y Saturnino, y de dos hijas, Eulalia, viuda, y Josefa, casada. Era una familia que pasaba por una de las más ricas de dicho pueblo. Los hermanos Estapé eran á su vez considerados como acaudalados comerciantes de ganados, frecuentaban las ferias y mercados y para la venta de carnes tenían establecidas mesas en distintos puntos.» Á pesar de todo esto, el cabo de los Mozos Antonio Vidal, cuyo nombre y servicios no deben olvidarse, «sospechaba de tal familia porque él y los Mozos habían observado que los Estapé tenían muchas relaciones con los sujetos Tomás Esteve, Francisco Alopert, Juan Mercadé y los hermanos Suñol, inscriptos en los registros de la gente de vida airada y sospechosa». Indicios tan ligeros fueron suficientes para que los malhechores fueran descubiertos, para que se patentizara su criminalidad y para que los hermanos Estapé y otros dos de distinta familia fueran ejecutados en las afueras de Barcelona. Si buscamos la causa de tales sucesos, añada la historia—la encontraremos formulada en estas palabras: «Querían todos ser ricos en poco tiempo y sin trabajar».

## V

Coincidiendo con el exterminio de los numerosos y terribles bandidos conocidos con el nombre de *trabucaires*, cuyo célebre proceso, uno de los más notables y merecedores de estudio, se vió ante el tribunal de Montpellier en el mes de Octubre de 1845 por haberse refugiado en Francia y hecho del territorio de esta nación el teatro de sus proezas, y coincidiendo también con la muerte de Isidro Segarra, de Miguel y Balaguer y de Malivert, realizó sus feroces hazañas y tuvo un fin idéntico otro criminal doblemente execrable, José Ginebrosa, conocido por el apodo de *El Estudiante de Auxias* cuyas circunstancias especialísimas de educación y no escasa cultura, si lo elevaban muy por encima de sus congéneres, elevaban también su maldad y los horribles caracteres de su

criminalidad. En él, como en algunos otros de los mencionados, llegó á extinguirse por completo el sentido moral, ya trastornado en él desde los primeros años de su existencia. Todos sus actos le presentan cual uno de esos desdichados seres que pueden considerarse cual víctimas de una degeneración congénita llevada á sus más tristes consecuencias por un medio ambiente deletéreo; la instrucción científica, lejos de servir de contrarresto á la mala predisposición natural, fué un auxiliar y hasta un estimulante de la misma.

José Ginebrosa, como gran número de los verdaderos malhechores, carecía por completo de los sentimientos de *probidad* y de *piedad*, y cual todos los delincuentes habituales contra la propiedad, profesionales, se vió arrastrado á su desastrosa carrera por el amor á la holganza, por el deseo insaciable de dinero, por el anhelo de goces, uno de los cuales, el que más apetecía, el que más en descubierto ponía su psiquis y el que bastaría para incluirle entre los *locos morales*, lo era la voluptuosidad que el derramamiento de sangre le producía. Físicamente no presentaba ninguna de las anormalidades más característica del *criminal instintivo*, pero *psíquicamente* considerado, eran pocas las que le faltaban. «*El Estudiante* era de agradable y hermoso rostro, finos modales y afabilidad cuando así le convenía para sus planes. Era valiente y decidido y sobre todo sabía conservarse tan sereno y tranquilo en medio de los apuros más grandes que podía decirse que nunca se veía apurado. Era prófugo ya de las cárceles de Solsona y tenía un horror invencible á la pérdida de su libertad. Á pesar de esto, él mismo, voluntariamente, sabía permanecer meses y meses solo en el interior de una cueva, consumiendo las grandes provisiones que se procuraba antes de esconderse. Ésta era una de las causas de sus desapariciones, que otras veces eran motivadas por las excursiones que hacía disfrazado de caballero, dándose el tono y la importancia de tal.» Estos datos, tan incompletos como todos los que nos han quedado de los bandidos y demás malhechores anteriores á nuestros días, pues de estudiarlos en sí no se cuidaron, ni aun se cuidan, los *misoneistas* tribunales históricos, dan á conocer en algo lo que fué el desalmado forajido, y hasta cierto pun-

to pueden servir á la ciencia antropológica. Pero tal vez ponen más de manifiesto su carácter las últimas palabras que se le atribuyen al morir herido por los infatigables Mozos de la Escuadra: «Muero como he vivido, olvidado de todos, sin ser querido de nadie; hasta los míos me han vendido y entregado».

## VI

No proseguiremos esta á modo de revista de los grandes bandidos catalanes. Nuestro objeto no ha sido otro que el de ofrecer varios ejemplos de los tipos que, por decirlo así, han caracterizado la forma más aguda y dañosa de la delincuencia en tal país. Semejante criminalidad, hoy por fortuna considerablemente disminuída, determinó el bandolerismo catalán, no menos temible y extenso que el de otras regiones, bandolerismo que se generaliza y agrava en unas épocas y comarcas, que se repliega y casi desaparece en otras, que varía en lo accidental, pero no en su esencia, y cuyos elementos presentan en sí como causas eficientes los distintos factores que producen la delincuencia profesional.

Con efecto, los bandidos catalanes surgen los unos de los otros: del seno de las cuadrillas que desaparecían brotaban otras nuevas; los jefes y miembros más temibles de las posteriores casi siempre habían formado parte de las anteriores y las excedieron en sus avideces, en sus maldades y en la violencia de sus procedimientos. El ejemplo, la imitación envidiosa, el hábito y el medio ambiente se revelan de un modo clarísimo, con todo su funesto y poderoso influjo. Y esto, que se descubre contemplando á la colectividad, se patentiza todavía más, si cabe, considerando á los individuos. En éstos, con muy raras excepciones, se ve comprobada la exactitud con que Mr. Adolfo Guillot ha dicho en su estudio de las prisiones de París y de los presos, que la perversidad es progresiva, que el malhechor reincidente no surge de pronto, pues aun á los presos que no tienen antecedentes criminales «se les ve encaminándose, más ó menos rápidamente, hacia

el apogeo del mal, comenzar siendo libertinos, perezosos, egoístas, espíritus duros, perder después el respeto de todas las cosas, emanciparse de toda compresión, rechazar todas las creencias generales y dejarse llevar por el impulso ciego de sus pasiones», prodromos efectivos de la criminalidad, á la que causas externas, cuales las indicadas, concluyen por llevarlos.

Estas causas externas, auxiliadas por las circunstancias y condiciones particulares de algunas ó de todas las comarcas de Cataluña, de las que las guerras civiles y extranjeras, unas veces, las contiendas políticas, otras, las crisis industriales, muchas, la transformación de las costumbres, etc., etc., hicieron crecer extraordinariamente al proletariado, encarecieron los medios de subsistencia, aglomeraron la población en determinadas ciudades, fomentaron los hábitos de holganza y merodeo en gran número de individuos, arraigando en bastantes el no extinguido espíritu aventurero, y unidas estas causas perturbadoras con el influjo de los vicios, dieron alientos y mantuvieron sin interrupción al *bandidaje*, que, si tuvo algo que no fuera repulsivo en *Claudio el Molinero* y los suyos, y en varios de los *trabucaires*, fué feroz en la generalidad; *bandidaje* al que se entregaron principalmente los elementos más malvados de las huestes carlistas. Los que como *partidarios* se habían acostumbrado á vivir sobre el país, á aprovecharse de lo ajeno sin el menor escrúpulo, á matar á los que reputaban ser enemigos de su causa, á dormir hoy en medio de los campos y mañana en las humeantes ruinas, siendo verdaderos *latro-facciosos*, se juntaron, erigiéndose en jefes de ellas, las más de las veces, con los que, subyugados por las más bajas y violentas pasiones juveniles, ó por los vicios y avideces de una edad más madura, no podían avenirse con la vida regular, ordenada y monótona del trabajo y de la familia. De aquí el que las cuadrillas de *bandidos* se compusiesen, en su mayoría, de antiguos *partidarios*, de jóvenes holgazanes y prematuramente depravados, y de hombres más viciosos y depravados todavía, para quienes el delito no era una novedad.

Á esas causas, que puede decirse dependientes del medio

social, se agregaron otras que entran de lleno en el terreno antropológico. Casi todos los *bandidos* estaban afectos de las anormalidades psíquicas señaladas por Lombroso, Ferri, Marro, Benedikt, Seigur, Ferrero, Sighele, Niceforo y otros á los degenerados criminales, muchos ofrecían las deformaciones y perturbaciones físicas ú orgánicas atribuídas al delincuente nato, y en no pocos concurrían al mismo tiempo ambas clases de perturbaciones, si bien predominando por lo regular las del primer orden. Era muy común en ellos la falta completa del sentido moral y frecuentísimo su extravío, á lo que puede atribuirse el carácter de sus delitos. Ya asaltasen los caseríos, ya acometiesen á los transeuntes, ya secuestrasen á las personas acomodadas, no podían reprimir su ferocidad; muchas veces ésta se sobreponía á su codicia, y preferían matar á la víctima á conseguir cuantioso rescate. Algunos llevaron su maldad al extremo de recibir el rescate después de haber dado muerte al secuestrado.

Como ejemplos de todo ello puede presentarse á Francisco Roselló, (a) *Cabalé*, que en el año 1848 vivía en Gusmera, pueblo de su naturaleza, donde gozaba del mejor concepto, pues «era devoto y caritativo, acompañaba siempre al santo Viático, frecuentaba todos los días el templo, donde se le veía orando muy compungido», no obstante lo cual, llevado de sus sentimientos perversos que, hipócrita en alto grado, procuraba, para sus odiosos fines, encubrir con afectada religiosidad, figuró como miembro principalísimo en una cuadrilla de malhechores que en el mes de Septiembre del indicado año asesinaron y mutilaron al desdichado D. José Ferré, cuyo cadáver fué devorado por los lobos, habiendo llegado el cinismo y la osadía del Roselló al extremo de asistir á los funerales de su víctima, «distribuyendo candelas y orando con suma devoción»; al bandido Serra, (a) *La Pera*, que después de sus repetidos asesinatos encendía cirios y oraba fervorosamente puesto de rodillas en la puerta de la iglesia del Carmen, de Valls; á un grupo de *trabucaires*, que hicieron voto de concurrir en peregrinación y sufragar una fiesta á la Virgen que veneraban, si les protegía en sus empresas; á los bandidos Pablo Cadena, Ramón Pujol, (a) *Cox de Avia*, José

Vilaplana, (a) *Cachena*, y al célebre Terlh, hombre de sociedad y de mundo, abogado instruído, que del vicio pasó á la delincuencia, de las estafas á las falsificaciones y de éstas á los robos á mano armada.

Las vidas de estos y otros grandes bandidos demuestran que sólo la falta absoluta, ó la atrofia, ó la perturbación del *sentido moral*, concurriendo con causas externas, pueden producir al verdadero malhechor profesional y sobre todo al forajido. Cuando á las perturbaciones y anomalías psíquicas no se aunan las influencias del medio externo, los instintos criminales quedan en lo general latentes, sin manifestarse por actos. Pero cuando estos factores se reúnen no puede menos de surgir el criminal, nace el timador, el ratero, el saltador de caminos, etc. Todos concurrieron en los grandes ladrones y asesinos de quienes hemos hecho indicaciones por necesidad ligerísimas, y de aquí los caracteres que su criminalidad revistiera. Casi todos estos malhechores se distinguían tanto como por su insensibilidad moral por su insensibilidad física, lo cual confirma algunas de las conclusiones de la escuela antropológica, y explica la perversidad que distinguía sus atentados. Ha dicho muy bien Mr. Benedikt, que «si vemos sufrir á otros, experimentamos á nuestra vez, con ayuda de la memoria, sacudida parecida, emanando de aquí la compasión, que colocamos entre las virtudes, pues cuanto más sensibles somos, más inclinados estamos á la compasión, y cuando hay una disminución congénita de la sensibilidad respecto á los dolores y sentimientos desagradables, falta casi siempre por completo la aptitud para la compasión». Esto es lo que aconteció con los malhechores á que nos referimos: eran insensibles á los dolores y sufrimientos físicos y anímicos, y por ello prodigaban los tormentos más atroces á cuantos caían en su poder; tenían cambiadas las nociones del bien y del mal, y por ello sin escrúpulo se entregaban á éste; no ambicionaban sino los goces materiales, y por ello para satisfacerlos robaban; comprendían que su unión favorecería el éxito, y por ello formaban las *bandas*.

MANUEL GIL MAESTRE.

(Continuará.)



# A PROPÓSITO DE FLAUBERT

---

## I

«Hay en mí dos hombres distintos, decía Flaubert á uno de sus mejores amigos: un benedictino y un salvaje. He aquí por qué soy grotesco.» Sustituid la palabra *grotesco* por las de *interesante y admirable*, y el hombre, con sus dos tendencias hacia la acción y hacia el trabajo, quedará definido por sí mismo.

En su primera juventud, estas dos tendencias lucharon entre sí: la inquietud y el malestar durante su vida de estudiante en París, el amor del viaje era la necesidad de obrar, de correr á tierras lejanas, que le inspiraba. Pero la vocación á que debía entregar su alma era la de anacoreta, la de «Padre de la Iglesia», como se llamaba á sí mismo.

Ninguna vocación más fuerte, más pronta. Puede decirse que había nacido para escribir y para esto solamente. A los diez años, proponía á un camarada asociarse para escribir sueños. A los diez y nueve comenzaba la *Tentation y Novembre*. Después intentó amar. Entregóse á pasiones bimensuales, pocas veces trimestrales. Después partió: ya había hecho un viaje á Bretaña en que su alma libre y alegre se exhalaba plenamente: el segundo viaje le condujo hacia el Oriente. Remontó el Nilo, padre de los ríos, declaró ante el Acrópolis «que necesitaba coles», y tuvo también «latidos del corazón contemplando un muro desnudo, el que se ve á la izquierda en la subida de los Propyleos»; después, á la vuelta, muy fatigado, por haber seguido el consejo de otro soñador, «Enciende tu lámpara, entra á derecha, á izquierda...», se sentó. Todo favoreció el imperio del dios que le poseía, tenía un buen hogar, la vida asegurada: pudo permanecer apoltronado en un sillón, sin que nadie se lo impidiese.

El hombre verdadero, al menos la parte dominante del hombre, pudo desde entonces invadirlo todo, y el gabinete de trabajo, que daba al tranquilo río, alumbró veladas en que se trabajaba inauditamente, intensamente, iba á decir voluptuosamente.

Solo que este escritor maestro, tan atrevido desde sus primeros trabajos y tan enérgico, llegaba, después de este romanticismo que había formado su espíritu, decidido su equilibrio intelectual, á engendrar en él, en este solitario, el sentimiento y pasión soberana por las formas deslumbradoras de la vida. Miró en torno suyo, con su vista escrutadora é implacable de míope: en torno suyo estaba la burguesía formada, ó deformada, por sentimientos que nada tenían de literarios: estaba la vida miserable que él detestaba con la franqueza de un independiente.

## II

Los procedimientos de trabajo nos son conocidos; el resultado bastaría para enseñárnoslos. Se adivinaría por qué implacable lógica engendröse el concepto, qué condiciones prepararon esta síntesis del pensamiento y del estilo, esta obra paciente, unida como un mosaico. Sería un juego pueril someter á este hombre á escuela alguna: se comprende que algunos cenáculos pretendan hacerselo suyo. La creación de tipos es su secreto. El premio del enorme trabajo que le ha costado está en la unidad soberbia de un libro, viable y semejante á un todo orgánico, en tanto que otros, los más célebres, muchas veces son embriones ó series artificiales de hechos y de seres incoherentes, que se agitan irrazonablemente y se estudian al azar.

Por ausencia de esta claridad tan verdaderamente artística y tan diferente de la vida real, nuestro siglo decadente prefiere las obras formadas de retazos. Flaubert había hecho un libro soberbio; pues nunca hubo una obra más de provincia, más de ciudad, más normando, más *rouenés* que *Madame Bovary*. Pero aplicaba al estudio de su asunto dos instrumentos incomparables: su propio espíritu en primer lugar, y además

la frase lúcida que le daba un genio de los mejores y de más vasta sabiduría, unido al lenguaje francés, tan francés, al espíritu francés, tan francés, que le inspiraban el más alto y más merecido de los cultos.

Burgués, esencialmente burgués, burgués en el antiguo sentido, en el verdadero sentido de la palabra, el hijo del médico aportaba á sus disecciones morales la más severa probidad. Resistía, y puede creerse que nada más íntimo le distraía del libro que le valió la fama, puesto que dió, hace diez y ocho años, esta sentencia: «Sí, yo daría voluntariamente todas las mujeres de la tierra por tener la momia de Cleopatra», puesto que decía á un amigo: «Verdaderamente, yo sólo he amado en mi vida á la reina de Saba».

Hizo un libro con arreglo á su temperamento y su gusto de artista. Pudo evocar, á falta de antiguas reinas orientales, la hija de Amílcar. Siempre exacto, hasta el punto de reducir á un arqueólogo al silencio sobre las antigüedades fenicias, hasta el punto de que sus descripciones son una guía admirable del país en que floreció Cartago, había conseguido esta vez de su voluntad imperiosa que vagase por el mundo antiguo y Mathô le hacía descansar de Homais y de Bovary. El mismo profundo candor y la misma bondad, un candor de niño y una bondad de gigante, tanto más conmovedora cuanto que le hacía pintar el sufrimiento abrumador de la extranjera después de las punzantes angustias del medicastro campesino. Pero tenía su recompensa en las invocaciones ofrecidas á Tânit por la virgen pálida, y en los esplendores victoriosos que podía de relieve su estilo siempre firme como el bronce, pero también sonoro y triunfal.....

### III

Qué trabajo preparaban estos alambicamientos de estilo, conquistados y reconquistados á cada nueva lucha, nos lo revela una carta: «Desde hace diez y ocho días he escrito diez páginas, leído completamente y analizado *La retirada de los diez mil*, seis tratados de Plutarco, el gran himno á Ceres, en las poesías homéricas, en griego; además, *Tabaim*, por la

noche, ó más bien, por la mañana... El capítulo primero me ha ocupado dos meses este verano». ¡Ironía feliz! El escritor que ha citado esta carta, recogida por una doble herencia, era uno de los más fecundos periodistas franceses y de los que conocerían «el estilo vergonzoso», si saborearan á maravilla los deleites.

Así se consolaba «de no habitar en la Alhambra», así observaba fielmente esta máxima: «Hay que hacer palacios con las frases *harems*, con el estilo, y vestir el alma con la púrpura de los períodos hermosos».

Pero es una verdad de la medicina que las costumbres de la infancia vuelven en la edad madura, y que el hombre antiguo, el modelo primordial del ser moral y sensitivo, reparaba en la efigie usada por la edad. Flaubert vuelve, pues, á sus burgueses: después del caballo que se ve esculpido en las monedas de Cartago, pasea en el coche de Emma Bovary. Apenas había vuelto á cargar con este yugo, juraba y perjuraba que sería la última vez: en *L'education sentimentale* maldecía esta invención:

«Yo, que soy *un viejo romántico*—lo subrayaba,—que tengo recuerdos que se remontan á los Faraones... ¡con qué placer abandonaré este género!... En dos años, adiós para siempre á los burgueses... Pintar burgueses modernos y franceses me parece muy extraño... ¡Qué buen *¡hurra!* lanzaré cuando se haya acabado esto y no tenga que hacer burgueses!... Ya es tiempo de que me divierta...»

Solamente que su filosofía le persuadía y su voluntad le contrariaba y además «disecar es una venganza». Parece que esta vez la disección no tuvo la rígida seguridad que había dado fama á *Madame Bovary*; pero sería disputable si el talento no es más vasto, más complejo, más idéntico á la vida real, en esta extraña *Education sentimentale*: es cierto, al menos, que una imagen exquisita ha engalanado estas páginas y los fervientes adoradores del penetrante Fromentin pueden, después de Dominique, colocar á esta Mme. Arnoux, figura de amor tan tierno y divino, de gracia superior á las otras gracias, la gracia dada por un artista ordinariamente impasible y rudo en sus procedimientos.

## IV

Los dos últimos libros de Flaubert parecen extremar las tendencias opuestas y contradictorias del escritor. Están bien marcadas en los asuntos de *Trois Contes* y se afirman en *Saint Antoine* y *Bouvard et Pecuchet*. El origen de *Saint Antoine* es también provincial y *rouennés*. Flaubert había visto, y todos los años volvía á ver en la feria de San Román, la barraca del buen San Antonio, una institución local y un monumento histórico por el mismo título que el convento de Saint Maclon, que los ventanales de la catedral donde se admira á San Julián el Hospitalario en el castillo de sus padres, en medio de una región desconocida y que Flaubert no ha querido determinar.

Hemos de creer que la profunda impresión que el San Antonio de feria dejó en el gran prosista nos ha dado más tarde su ensueño místico y pagano. El cuadro era sencillo, pero los detalles minuciosos; minuciosos también en *Bouvard*, la epopeya de la estupidez en que la obsesión de Flaubert se exagera hasta la enfermedad. Bouvard se ha vengado viniendo á hablarle hasta en su sepulcro. Ya se había visto á Flaubert escribir, durante una residencia en las orillas de los mares bretones, una sola página de *Saint Julien*; el director del Museo de Rouen conserva la carta siguiente, que se refiere al papagayo de Felicidad, la criada de *Un cœur simple*:

«Mi querido amigo: ¿Estaréis en Rouen el sábado próximo después del mediodía, hacia las tres ó las cuatro? ¿Dónde os encontraré? Necesito ver vuestros *papagayos*, tener de ellos los más de detalles posibles, conocer algo sus enfermedades y sus costumbres.

Dos palabras contestándome, y vuestro,

*Gustavo Flaubert.*

Otra cosa muy diferente le sucedió con *Bouvard*. La escrupulosidad aquí llegaba hasta la manía. Cada detalle le costaba muchos esfuerzos, contándose entre los menores las esquelas como ésta:

Querido amigo: ¿Podrá usted mañana enseñarme los dibujos de los *rubiácees* (*gratteron, muquet*), que no tienen cáliz, y la representación exacta de *sherarde* (ó *sherardia*), planta de la misma familia, que sólo tiene uno? Así tendré lo que necesito: una excepción de la regla y una excepción en la excepción.

Hasta mañana. Suyo,

*Gustavo Flaubert.*»

El benedictino vencía al poeta. La glosa devoraba al texto. Este escritor, que podía decir con justa arrogancia: «Yo escribo, no tanto para el lector de hoy, sino para todos los lectores... mientras la lengua viva», se prohibía á sí mismo escribir farragosamente. Costumbres íntimas de los pavos reales, sonambulismo, frenología, todos los detalles más escondidos del repertorio de conocimientos útiles le atraían. En fin, el miércoles 11 de Febrero de 1880 aún escribió una carta á un amigo; he aquí sus palabras: «¡Nada necesito! Todos los materiales están acumulados».

No había contado con la muerte: tres meses después la congestión cerebral le derribaba al pie del pupitre, donde su pensamiento le había tenido tanto tiempo como en un potro de suplicio; la obra había matado al obrero. Pero quedaban los libros sólidos, clásicos en el gran sentido de la palabra.

## V

Los disgustos domésticos, la guerra y los desastres de la patria habían preparado la desgracia que ponía fin á una tarea tan febrilmente comenzada. Porque jamás hombre alguno tuvo corazón más ardiente y generoso que este *buen gigante*, como le llamaban sus amigos. Este trabajador, á quien su soberbia correspondencia nos le muestra como burlándose de todos los siglos y de todas las ideas, había conservado el alma fresca de un niño. Semejante á los monstruos creados por Rabelais, este solitario, que se aislaba en Croisset, hasta el punto de sentir los latidos de su corazón, no había perdido en su retiro ni la simpatía ni la fuerza para dar testimonio de su

amistad. Su compañerismo con el *honrado gran hombre*, que se llamó Jorge Sand, lo atestiguaría suficientemente, si todos los amigos de Flaubert no bastasen á demostrarlo.

Que Flaubert fué un buen francés y que bajo su disfraz de galo llevaba el alma del *santo terror*, lo demostró su desesperación en el *año terrible*.

Por eso, por su *chauvinisme* admirable, este gran hombre está fuera de algunas escuelas, cuyo odioso *dilettantismo* sería su merecido castigo si la palabra no fuese ya hueca. Bien podía él decir: «Yo creo que el corazón no envejece; hay personas en quienes aumenta con la edad». Antes de destruir su *pensum* —la palabra es suya, porque este alquimista de la prosa demostraba cuán poseído estaba de las más elevadas virtudes del hombre, la bondad y el sufrimiento, había pasado su vida «en hacer frases armoniosas, evitando los asonancias»; pero la energía de vivir, que es el poder de sentir, había quedado intacta en él.

¿Ha visto alguien el fondo de este *exuberante*, quizá más secreto que el de los taciturnos? Antes de aferrarse á la novela, «como una lapa á la peña», Flaubert había sentido el espasmo de una adolescencia deslumbradora. Replegóse bruscamente, como por un voto monacal. «Manchase de tinta vale más que mancharse con *el licor de la vida*.» ¿Qué olvido buscaba en esta embriaguez prolongada? ¿Estamos seguros de que la vulgaridad del tiempo fué su único sufrimiento? No se llega tan pronto á ser «el Reverendo Padre, director de las Damas de la Desilusión», solamente porque existen «Pignouf y Pignouffard, sus hijos». Sentía «una repulsión invencible á poner sobre el papel algo de su corazón». Y sin embargo, doliále no poder hacer un libro en que se diese todo entero. «Yo había nacido para todas las ternuras, dice. Pero no nos hacemos nosotros el destino, sino que lo sufrimos. Yo he sido cobarde en mi juventud; *he tenido miedo á la vida*. Todo se paga.» Después añade: «Yo me pierdo en los recuerdos de mi infancia como un viejo... Me parece que atravieso un desierto interminable».

Y mientras ensayo la crítica de simpatía y de arte que él tan perfectamente ha definido, no puedo menos de recoger

sus raras sentencias, en que, hablando de su primera juventud, declara «que lo poco bueno que le queda es un producto de ese tiempo», y me recuerdo que nos cuenta su tristeza á la vuelta de una visita hecha al fin de su vida... una visita que le había hecho conocer «una familia feliz», como dicen las estampas del Primer Imperio: «Aquellas gentes tienen razón, escribía; sí, dicen verdad, sí». Se alejó triste, soñando. Porque nos dice que la ha conocido y deja entrever una de esas pasiones casi de niño, tan precoces, tan funestas, tan semejantes á las escarchas que caen al alba que dejan los árboles sin savia y las flores secas, marchitas hasta su corazón.

«Espero acostumbrarme á este vacío», decía: Mad. Amoux, la mujer más perfecta de las creadas por Flaubert: ¿era la sombra ficticia de una sombra verdadera?

En el monumento de Chapu se ve una musa de cuerpo ondulante y harmónico. Está sentada, tiene un libro en la mano y escribe en él. Pero no haya temor: nunca escribirá el secreto de Flaubert, de Flaubert, que ha acabado la ruda tarea de vivir. Las musas no lo saben todo.

.....  
 .....  
 .....  
 .....  
 .....

PEDRO GONZÁLEZ-BLANCO.

# GUY DE MAUPASSANT

## — E L E G I A —

¡Oh, brumas cenicientas del Secuana!  
¿Por qué venís á la presencia mía  
y con siniestro hechizo  
haceisme contemplar la caravana  
de aquellas nubes de color plumizo?  
¿Por qué la gran Lutecia,  
como la antigua Roma en culpas grande,  
gime, llora, delira  
sin encontrar consuelo,  
cuando indecisa, torpe y vaga mira  
los tormentosos vórtices del cielo?...

Ya lo sé. Ya me pone  
de Weimar el diablillo en el secreto;  
escuchad: es un fúnebre terceto  
que entonan al compás de vil fagot  
Schopenhauer, Buchner, Maleschott.

Toman asiento en el luctuoso escaño  
Tolstói é Ibsen Turguenef y Zola;  
remóntase del túmulo  
el penacho hasta el alta crestería  
con tan soberbia y elevada hechura  
que de Eiffel el ingenio envidiaría.

La capilla evangélica se adorna  
con feble cartón-piedra en que se labra  
mil gnomos embriagados,  
que danzan simulando una macabra;  
y afuera, más arriba  
de la arcilla y la escoria,

donde tienen los númenes su trono,  
 y el genio encuentra el nimbo de la gloria  
 y el infinito Juez muestra su dedo,  
 dejan ver la silueta rediviva  
 Mendoza, *Scoth*, Cervantes y Quevedo.

Ha muerto; fué sin duda  
 del fin de siglo inextinguible flama;  
 Caliope ha de llevarle  
 hasta el eterno templo de la Fama.

De querubín y de hombre  
 sentía el muerto ilustre el atavismo,  
 al lector arrastraba al hipnotismo  
 ó á una nueva liturgia le impelía  
 desde el altar de docta psiquiatría.  
 Rico, noble, agraciado,  
 oriundo de la fértil Normandía,  
 en el *sport* y el lujo amamantado,  
 destrozó femeniles corazones  
 cuando en el río parisién remaba  
 ó en su *high* opulento navegaba.  
 Así de la *high-life* tantas mujeres  
 y los mil refinados  
 exóticos placeres  
 y el éter y el ajeno y la morfina,  
 llevándole á neurótico martirio,  
 su médula minando y cerebelo,  
 finaba en una jaula su delirio.

Mas si el operador aquel fenece,  
 evidente y seguro  
 es que la obra de Guido no perece.  
 Al niño en la vigésima centuria  
 veréis apacentarse  
 en el alumno de Flaubert querido;  
 tal vez el silabeo y la canturia  
 en la escuela de párvulos mañana  
 á un Fleury y á un Catón nuevos se apliquen  
 á aquel que mejoró *La bestia humana*,  
 al que halló sitibundo

su Aretusa en *La terre*, su Circe en *Nana*,  
á aquel titán que, deificando al mundo  
en las veladas de Medán, trazaba,  
cual el hijo de Alcmena por el cielo  
lácteo camino con la ingente clava,  
la gran vía de fango por el suelo.

ENRIQUE PRÚGENT.

---



# LA NIÑA GUAPA <sup>(1)</sup>

## LEYENDA VALLISOLETANA

### CAPÍTULO IV

#### EN EL QUE SE PASA DE LO BLANCO Á LO NEGRO

Hacia el SE. de Valladolid, y como á unos cuatro kilómetros, se alza un empinado cerro de agria subida, que se llamaba por aquellos tiempos y se llama hoy cerro de San Cristóbal. En la época en que ocurrieron los sucesos que relatamos, la cumbre y faldas de este cerro estaban cubiertas de espesísimo bosque de robles, encinas y maleza, formando el todo un conjunto áspero, breñoso y difícil de penetrar, particularmente en el declive occidental, donde la vegetación forestal se había hecho totalmente dueña del suelo. Hoyos y quebradas alternaban con las malezas de tal manera que resultaba aventurado y aun peligroso el recorrer aquellas pendientes.

En lo más recóndito de tales marañas se mostraban unas extensas ruinas que cubrían de grandes pedruscos un ancho espacio. Techos caídos, paredones desmoronados, restos de arcos y de columnas, una bovedilla baja, algo que parecía haber sido capilla, líneas de cimientos y oscuros agujeros era lo que hubiera visto el curioso que por tales sitios se aventurara. Aquellas ruinas tenían un nombre; llamábalas la gente «el castillo de Mal-asilo», tomando esta denominación de que hubo en aquellos sitios una fortaleza feudal así llamada, de la cual y de su fundador se referían mil consejas á cual más terroríficas. El castillo estaba arruinado hacía muchos años, y

---

(1) Véase la pág. 359 de este tomo.

las ruinas no le cedían en mala fama, pues se contaban de ellas infinitas historias de brujas, duendes y aparecidos.

El corregidor D. Melchor de Andrade, que era poco dado á credulidades, recelando que aquello pudiera ser guarida de pillos, había visitado las ruinas varias veces con sus alguaciles, sin encontrar alma viviente, ni cosa que le llamara la atención. Y, sin embargo, allí estaba el refugio más importante de Caperuzo y sus principales allegados, y allí se concertaban casi todos los delitos que tenían alarmada á la ciudad. Como á unos trescientos pasos de las ruinas, se mostraba una gran masa de espesos y cerrados matorrales, en la cual no era posible entrar más que arrastrándose por el suelo, y aun esto después de cruzar otras espesuras por varios medio borrados senderillos que formaban como un laberinto.

Pero seguidos éstos, deslizándose después por bajo del ramaje, se llegaba á un agujero totalmente escondido á las miradas del exterior. Este agujero era un pasadizo tan estrecho, que más parecía cueva de lobo que sitio de tránsito para seres humanos. Se internaba en la tierra oblicuamente; á las doce varas, poco más ó menos, y á la derecha, ofrecía un espacio capaz de contener á un hombre tendido, cuyo espacio era el sitio donde los bandoleros colocaban su centinela. Algunas varas más allá concluía el pasadizo, abriéndose en el suelo un agujero vertical, por el que tenía que deslizarse el que siguiera tan tenebroso camino. El descenso se hacía afianzando pies y manos á maderos empotrados en las paredes, resultando fácil lo mismo la subida que la bajada. El total de ésta era de unos ocho pies y terminada, se llegaba al suelo, y aparecía un ancho salón de piso enlosado, techo bajo y paredes de piedra, el cual recibía alguna luz por grietas abiertas en el mismo techo que se correspondían con otras del suelo donde crecía la maleza superior. Aquello tenía señales de muy viejo, aunque no tantas que pareciesen indicar ruina próxima. De aquel salón partían varios pasadizos de altura bastante para el tránsito de personas, pasándose por ellos á otras salas menores, y extendiéndose el todo subterráneo por ancho espacio y con gran complicación de vueltas y callejones. Esto era lo que quedaba del castillo de Mal-asilo, lo que

el tiempo había respetado, lo que pudo ser depósitos, prisiones, sitio de oculto retiro ó camino de escondida fuga.

No era el pasadizo antes descrito la sola entrada de los subterráneos; en un cuartucho pequeño había una escalerilla de piedra adosada á la pared, en lo alto de la cual se mostraba un agujero hacia arriba que podría medir la mitad de la altura de un hombre y que terminaba en una losa colocada horizontalmente, y por lo tanto tapándole. Esta losa estaba fija en su sitio por un barrote de hierro que la sujetaba por debajo, cruzando por una anilla que la misma losa tenía, y ocultando sus dos extremos en dos rajadas hechas en las paredes. Quitando la barra, la losa podía levantarse y resultaba una segunda salida, á disposición de los que estuvieran dentro. Era aquello una cosa rara. Visto desde fuera aparecía en el suelo y casi enterrada la basa de una columna gruesa, y sobre ella una piedra labrada y redonda, que parecía ser la parte inferior del fuste de la misma columna; esta piedra era la que podía moverse y dar á los subterráneos entrada ó salida. Además de ella y del agujero de la maleza, había un larguísimo callejón que en pendiente lenta se internaba en tierra, pero se ignoraba á dónde iba á parar, porque avanzando por él se encontraba agua, y avanzando más, más agua, tanta, por fin, que llegaba al cuello del que por allí se aventuraba y le impedía seguir adelantando, á menos que pretendiese morir ahogado. Decíase entre los secuaces de Caperuzo que aquello era una mina que salía al río Duero, y algunos sospechaban que su capitán conocía por allí otra salida de aquellos antros y que guardaba el secreto para utilizarse de ella él solo en algún momento apurado. Por supuesto que de esta sospecha no decían palabra donde Caperuzo lo pudiese oír, porque le temían más que al corregidor, los alguaciles, la Santa Hermandad y los oidores de la Chancillería. Volviendo á los subterráneos, es de añadir que en algunos sitios de ellos aparecían argollas y escarpas empotradas en las paredes, trozos de hierro ó de madera carcomida esparcidos por los suelos, hoyos que parecían escondites ó sepulcros, y algunos que otros huesos rotos y corroídos que lo mismo podían ser de animales que de personas.

En el momento en que principian las escenas que vamos á relatar, que es el de las primeras horas de la noche del domingo en que ocurrieron los sucesos referidos en el capítulo anterior, sólo hay en el salón á que se entra por el pasadizo abierto en la maleza dos mujeres, que se ven á la pobre luz de un mísero candil. Una de ellas, al parecer de cincuenta años, viste recosidos andrajos, está flaquísima; sus ojos centelleantes, sus movimientos convulsivos, su pelo semierizado, su boca espumosa y su temblor general muestran que se halla sufriendo violento ataque de histerismo. La otra es una jovencuela, casi una niña, que no pasará de los catorce; está desmedrada, enteca y consumida; su traje es también pobrísimo, y trata, aunque sin resultado, de contener á la otra en sus desordenados movimientos. Ambas están sentadas en un poyo de tierra que aparece adosado á una de las paredes.

—¡Déjame, Galita, déjame!—gritaba la histérica.

—No, madre Juana, no; sosiéguese, tranquilícese, que se pone muy mala.

—Galita, tú no sabes, no sabes...

—Por Dios, madre Juana, que se va á matar.

—Déjame, déjame...

Y en un acceso de furia dió á la pequeña tan tremendo puñetazo que le hizo caer al suelo. Tras esto, desgredada y fuera de sí, empezó á correr por la sala dando gritos, chocando con las paredes, cayendo y levantándose, arañándose la cara y diciendo frases inconexas, arrebatadas y casi ininteligibles. Era un dolor ver aquellas dos pobres mujeres, la una desmayada y caída y la otra desordenada, gritadora y como poseída por algún mal espíritu. La madre Juana, en una de sus carreras, tropezó con Galita, que todavía yacía en el suelo. Se bajó, la reconoció, y cambiando de repente su furia en profunda tristeza, dió á llorar con desconsuelo infinito y muestras de amarguísima pena.

—¡Ah, Galita, Galita! ¡Hija mía, mi niña querida! Yo he sido, yo; yo soy siempre mala para ti. ¡Oh, qué desdicha! ¡Qué mala suerte! Tú no sabes, hija, si tú supieras... Y tú siempre buena para mí...

Y la cogía, la abrazaba, la besaba y la llevaba al poyo con

muestras de grandísimo amor y profundo arrepentimiento.

—No puedo, madre Juana, no tengo fuerzas.

—Yo, hijita, yo, que te quiero mucho; ven, niña, yo te llevaré; yo puedo, yo te daré comida, te cuidaré, te vestiré, seré tu madre... ¡Ay, Dios mío! ¡Pobrecita... pobrecita!

Aquella desdichada mujer lloraba sin consuelo, acariciaba á la niña, la mimaba y se deshacía en demostraciones afectuosas. La tendió en el poyo, le arregló las ropas y se sentó á su lado, pasándole amorosamente la mano por la cabeza.

—¡Ay, Galita, Galita!—le dijo al oído.—Tú no naciste para ladrona.

—Ya lo sé.

—Ni para miserable, ni para vivir en esta cueva.

—Ya lo sé.

—¡Ellos fueron, ellos! Yo no quería. Me maltrataron, me atormentaron, iban á matarme. ¡Tuve miedo!...

Galita callaba.

—¡Ellos, ellos!

Á la madre Juana le volvía el período furioso del ataque. Cesó de llorar, sus ojos tornaron á encenderse, su pelo á erizarse, su boca á hacerse espumosa, sus brazos á agitarse y su razón á oscurecerse. Y gritaba corriendo, tropezando y golpeándose.

—¡Ellos, ellos! Me pegaban, me mataban. Tremo, Tremo, el maldito, el asesino; él más que los otros. ¡Maldígale Dios! ¡Que muera en la horca! Él fué.

Los gritos eran furiosos; la pobre Galita se encogía llena de miedo. En esto se descolgó un hombre por el agujero que comunicaba con el macizo de maleza, llegando al suelo sin hacer ruido. Vió lo que pasaba, se hizo cargo de ello, y tirándose al cuello de Juana y sujetándola, le dijo:

—¡Cállate, bruja, cállate, ó te ahogo!

Juana hizo esfuerzos para desasirse y no pudo; el otro apretó ferozmente y la mujer cayó al suelo vencida.

—¡Ah! ¿Eres tú, Tremo? Siempre tú, siempre malo; que te caiga un rayo y te abra.

—¡Calla, bruja de los diablos!

—¡No callo, no, eres el peor, el infame!...

Y siguiendo la lucha, la caída mujer logró coger entre los dientes uno de los dedos del bandido y apretó de tal modo que éste dió un grito y alzando el puño y soltando una blasfemia dió á Juana un tremendo golpe en la cabeza. Al mismo tiempo apareció por uno de los pasadizos otro hombre que, llegándose tranquilamente á Tremo, le cogió por un brazo, le apartó de Juana y le dijo con autoridad:

—¡Deja á esa mujer!

—Mira, Caperuzo—contestó Tremo,—esta loca va á ser la perdición de todos.

—Déjala. Vamos, Juana, levántate, yo lo mando. ¡Calla, pues si está desmayada!... ¡Qué bestia eres, Tremo! Ayúdame.

Y diciendo y haciendo y obligando al otro, cogieron á la desdichada y la llevaron al poyo, donde acurrucada y temblorosa estaba Galita.

—Mira,—dijo á ésta Caperuzo—báñale la cara con agua, si la encuentras por ahí, y hazle que vuelva en su acuerdo. Y tú, Tremo, ven y cuéntame eso.

Caperuzo, como sabemos, era el jefe de los bandoleros y Tremo uno de sus tenientes. Caperuzo era un hombre de regular estatura y mediana corpulencia, derecho, ágil y suelto, de cabeza que hubiera parecido hermosa á no ser por la dureza de sus líneas, pelo y barba negros, ojos también negros y dominantes, boca desdeñosa, nariz un poco larga, cara que parecía cuadrada, color tostado y aire imperioso. Mandaba sin admitir contradicción ni dilación, y algunos de sus súbditos, por cosas pequeñas, habían probado la punta de su daga. Tranquilo de ordinario, se excitaba en momentos de combate, mostrándose valerosísimo y entendido, y empeñaba el cuerpo si llegaba el caso de tener que salvar á alguno de los suyos. En la distribución de las presas era equitativo y generoso, premiando largamente al bandolero que se distinguía por su ingenio ó su atrevimiento. En los momentos en que aparece le cubre largo tabardo de paño pardo, con capucha, por bajo del cual se columbra colete de cuero, así como calzas y gregüescos igualmente pardos. El otro bandido, Tremo, es de vulgar aspecto, de expresión insignificante

y de fisonomía adocenada; su único rasgo distintivo es una mirada que denota crueldad; no es alto ni fuerte, pero en momentos de peligro aparece bravo; su cualidad principal es la astucia, y en alguna ocasión ha tratado de sobreponerse á Caperuzo, lo cual le ha valido alguna ruda caricia de su capitán.

—Ven, Tremo—dijo éste—y cuéntame lo de anoche.

Ambos se dirigieron á un rincón.

—Pues que cogimos á D. Alonso Jimeno.

—Tengo mandado que á D. Alonso Jimeno no se le toque.

—No le hicimos daño, le cogimos para sacar dinero á su madre.

—Si volvéis á tocarle, ya veréis cómo os toco yo á vosotros. Sigue.

—Llegó el corregidor con su ronda, peleamos, íbamos bien, cuando aparecieron el alférez Fontecha y Juan el herrero, pudieron más y escapamos.

—¿Quedó alguno muerto ó herido?

—Cinco.

—¡Pues lo hicisteis muy mal, cinco! No tardará el corregidor en colgarlos de la horca, si no mueren. Mejor fuera no haber hecho nada.

—Todo ha sido por Rosillo, que quiere coger á la Niña Guapa.

—Ya sé eso de Rosillo.

—Como es el que manda despues de ti, nos tuvo la noche entera rondando la casa, y por ello ocurrió todo.

—Rosillo manda porque vale más que vosotros.

Callóse corto rato y siguió:

—Y si quiere á la Niña Guapa, hay que dársela.

Á todo esto Juana y Galita estaban en el poyo calladas y encogidas. La primera había recobrado los sentidos y apoyaba la cabeza en el hombro de la segunda. Una y otra oían la conversación de los bandoleros.

—¿Has oído, Galita?—preguntó Juana.

—Sí.

—¿Y qué?

—Que quieren robar á la pobre Isabel, como me robaron á mí.

—Yo fuí.

—Ya lo sé.

—Perdóname, Galita, perdóname por amor de Dios.

Galita no contestó nada; Juana empezó á sentir un nuevo ataque. Se incorporó, se le crisparon las manos, volvieron sus ojos á centellear.

En esto apareció por el agujero de la maleza un tercer bandido. Un guapo mozo, alto, fornido, ágil, de aspecto inteligente, bien vestido y suelto en el andar. Su característica era una mirada no sólo audaz, sino soberbiamente desvergonzada. Era Rosillo. Debía su apodo á su pelo de color rojo encendido, pero en tal momento aqnel color no aparecía, por tener toda la cabellera teñida de negro. En cuanto entró le dijo Caperuzo:

—¿Qué traes, Rosillo?

—Ciento cincuenta ducados. Ahí los tienes.

—Cuenta.

—Según mandaste, fuí con los otros al camino de Segovia, nos metimos en el pinar de Pinto, llegaron los cuatro tratantes que ya sabíamos, les encaramos los arcabuces, les atamos á los pinos, sacaron entre todos los ciento cincuenta, les dejamos las mulas y las mercancías, les soltamos y se fueron. Nadie nos vió. Todo pasó en un cuarto de hora.

—Bien, Rosillo, bien; ese dinero hace falta para pagar á nuestros espías, que cuestan mucho.

—Dales parte á los muchachos.

—Se la daré. ¿Quiénes fueron contigo?

—Rano, Calleja y el Bizco.

—Díme, ¿es verdad que quieres tener por tuya á esa Isabel que llaman la Niña Guapa?

—Sí lo quisiera, y eso que me sobran las niñas y las guapas. Pero para quince días...

—En Valladolid se alborotarán si la cogemos.

—Cabalmente tengo yo ganas de dar un disgusto á Valladolid.

—Tremo, ¿qué dices de esto?

—Que es atrevido y expuesto.

—¿Expuesto? Sí lo es, y por eso me gusta. Tendrás la

Niña Guapa, Rosillo, aunque la escondan bajo siete estados de tierra. Mañana es lunes, pensaré en ello, y el martes por la noche nos la traeremos.

—Gracias, Caperuzo.

—No eres mi hijo, pero como si lo fueras.

En aquel momento Juana, que lo había oído todo y llegado á un altísimo grado de exaltación, se levantó de donde estaba, y poseída de frenesí corrió al grupo que formaban los tres facinerosos, con aspecto y forma de arrebatada sibila, rígida, áspera, anhelosa, altos los brazos, ronca la voz, y dijo:

—Todos muertos, Rosillo en la calle, Caperuzo aquí, Tremo en la horca. Todos, y otros más.

Sobrecogiéronse un tanto los nombrados, pero el sobrecogimiento les duró poco. Rosillo sacó un trozo de carne curada y se le dió á Juana, diciéndole:

—Toma, come, ponte buena y no digas tonterías.

Tremo la echó las manos al cuello; Caperuzo le hizo soltarla, añadiendo colérico:

—¿Te vas á entretener en ahogar á una loca? Los bríos se guardan para cosas mayores.

—Me amenaza con la horca.

—En ella acabaremos probablemente tú y yo. La vida que llevamos no es para tener otro fin. Confórmate de antemano con él, y mientras no llegue vamos viviendo. Ea, llevémosla á cualquier rincón. Coge, Rosillo.

Entre los dos levantaron á Juana, que había caído al suelo, y metiéndose por uno de los pasadizos la llevaron á uno de los cuartuchos que en él se abrían. Galita les siguió. Á poco volvieron los dos á la sala.

—Ya no te incomodará con su charla.

—Me amedrenta.

—Á mí ni me calienta ni me enfría—concluyó Rosillo.

Galita, dejando á Juana tendida en el suelo y agazapándose en lo oscuro, había seguido á los bandidos y escuchado su conversación. Dijo Caperuzo:

—Si hemos de traernos á esa moza, tenemos que preparar el lance, porque es expuesto á muchas contingencias; puede

hacerse ruido, pueden acudir los vecinos ó aparecer rondas, puede que haya que pelear... Si le logramos será un gran golpe... ¡Qué rabieta la del señor corregidor! Haremos en la ciudad lo que nos acomode... Nos producirá mucho dinero... Se lo sacaremos á todos, grandes y chicos... Menos á mi grande amigo D. Alonso Jimeno. Á ése nada, no se le toca á la persona ni á la hacienda, haga lo que haga, aunque mate á media docena de los nuestros. Pero hay que prepararlo; mañana lunes lo pensaré. Por la noche venid aquí los dos, y que vengan también Latigazo y Peroles.

—¿No quieres—preguntó Rosillo—que venga también Andresuco el sacristán, el Chupalámparas que decimos? Valiente no lo es, pero á zorro no le gana nadie.

—Sí, que venga. Y ahora, Tremo, márchate, y cuida de que á esas dos mujeres les traigan algo de comer.

—¿Y qué hacemos con ellas?

—Que se estén aquí. Ea, vete.

Tremo, á esta brusca despedida, tomó por el agujero que conducía al macizo de maleza y salió por él.

—Mira, Rosillo—continuó Caperuzo,—este Tremo es un canalla, un ruin, un envidioso, se atreve con las mujeres; me alegraría de que le ahorcaran.

—Si eso quieres, le cojo, le ato y se le llevo al corregidor.

—No tanto. Te he detenido aquí porque te habrá llamado la atención el que prohiba tocar á la persona y bienes de D. Alonso Jimeno.

—Á mí no me extraña nada de lo que tú mandas. Cuando lo haces ya sabrás por qué. Yo con abedecerte cumplo.

—Bien, Rosillo, bien. Pero quiero enterarte. Hace unos dos años que llegué á Valladolid, tan pobre y tan enfermo que no había nadie que pudiera comparármeme. Flaco y macilento, apenas podía andar, me hubiera derribado un chiquillo. Esto después de haber peleado en cien batallas. Odiaba al mundo, á los hombres, al Rey, al Papa, á todos. Mis ojos, á pesar de tanta miseria, expresaban enojo, coraje, furia y rebelión. Traducían el estado de mi alma. Á poder, hubiera aniquilado la ciudad entera. Así iba andando cuando apareció ante mí un caballero joven, guapo y bien vestido. Le miré y

me miró, me paré y se paró, se hizo atrás como asombrado y me dijo: «Tú eres un pobre que se avergüenza de pedir limosna, debes valer más de lo que pareces. ¿Fuiste soldado?» «Sí» —le contesté. «Pues toma —siguió,—remédiate, y si algo más quieres, pregunta por D. Alonso Jimeno.» Y me dió... ¿qué te parece que me dió?

—Un ducado.

—Diez.

—Generoso es D. Alonso.

—Todo cuanto sé de él le enaltece y le ensalza. Y aunque yo sea un ladrón, un perdido, un racimo de horca, como suele decirse, quiero ser bueno con quien me hizo bien. Sin sus diez ducados hubiera muerto en un rincón miserable. Por eso mando que no se le toque. Y á ti te lo confío, porque tú me obedeces.

—Y te obedeceré y haré que se cumpla lo que mandas. Ya quiero yo también á D. Alonso.

—Te lo agradezco. Mira á ver que hacen Juana y Galita. Díles que no salgan.

Salió Rosillo por el pasadizo qué habían seguido las mujeres. Á poco volvió.

—Están echadas en un montón de paja. Ya les he advertido.

—Está bien, vámonos.

Uno y otro salieron por donde Tremo había salido.

## CAPÍTULO V

DE CÓMO SE DESCUBRIÓ UN SECRETO IMPORTANTE, Y EL CORREGIDOR EMPEZÓ Á MANDAR LO QUE CREYÓ PERTINENTE AL CASO

Al otro día, lunes, como á las nueve de la mañana, estaba Isabel sola en casa, pues Sancho había ido á su taller para el trabajo ordinario. Cantaba, trasteaba, barría, hacía las camas y todos los demás menesteres de una casa bien ordenada. De tiempo en tiempo se asomaba á la ventana ó bajaba al portal, ya por entretenimiento, ya porque la faena lo re-

quería. En el portal estaba cuando una pobre mendiga apareció en la puerta diciendo:

—Señora Isabel, una limosna por Dios.

—¿Eres tú, Galita? ¡Qué pobre estás, hija mía! ¿Por qué no vienes más á menudo? Entra, mujer, te daré pan, que es lo que tengo.

Entró Galita en el portal y siguió diciendo:

—No haga su merced nada, señora Isabel, y oiga. Mañana por la noche la van á robar.

—¿Robar, qué? En mi casa no hay dineros.

—Robar á su merced misma.

—¡Á mí!

—Sí.

—¿Quién?

—Los de Caperuzo. Guárdese y me voy.

—Aguarda, díme...

—No aguardo. Si me ven me matan.

—Pero ¿quién eres tú?

—¿Yo? Galita.

Quedóse un momento suspensa é indecisa, y al fin resolviéndose de pronto añadió:

—Me llamo Gabriela Sarmiento, y también me robaron cuando era niña.

—¿En donde?

—En Monforte de Lemus. Me voy.

Salió y se alejó con el paso lento y acompasado ordinario en los mendigos cuando piden limosna.

Quedó Isabel sobrecogida y asustada. No sabía qué pensar ni acertaba con cosa alguna. Suspendió sus faenas, subió al piso alto, imaginó marcharse de la casa en el acto, anduvo por las habitaciones sin darse cuenta de ello, descuidó la comida, miró azorada á la calle, y después de una hora de atolondramiento concluyó por sentarse y comenzó á poner en orden sus ideas.

—Si es mañana—pensó,—hay tiempo. Se lo diré á mi padre... mi padre se lo dirá al señor corregidor... al alférez Fontecha... á D: Alonso... y á Juan... sí, también á Juan; si me quiere vendrá á defenderme.

Seguía turbada y temblorosa; sentía á la vez miedo y cólera; iba y venía sin concierto; si miraba á la calle, imaginaba ver bultos tras de cada puerta; cada hora la parecía un siglo; rodaban por su mente mil confusas ideas, y en uno de estos extraños revuelos de la fantasía recordó el verdadero nombre de Galita.

—¡Gabriela Sarmiento!... Sí, eso dijo... y que á ella también la robaron... No sé... ¡Dios mío, que será esto!

Se arrodilló ante el cuadro de la Virgen del Rosario y le pidió ayuda fervientemente. Se levantó luego, era ya la hora de que su padre viniese á comer. ¡Cuánto tardaba! ¿Le habría sucedido algo? Se acercó á una ventana, y lo que vió fué un mocetón de pelo rojo, alto, recio y con aire de perdonavidas, el cual la miró con un descaro inaudito. Retiróse asustada, y el mozo, que era Rosillo, se echó á reír y se marchó. Al fin apareció Sancho á la puerta de su casa.

—Padre, padre, entre pronto, que tengo mucho miedo.

—Miedo, ¿de qué?

—Entre pronto.

Entró Sancho, y su hija le contó apresuradamente lo sucedido.

—¿Que te van á robar mañana por la noche?

—Sí.

—¿Los ladrones de Caperuzo?

—Sí.

—No lo creo.

—Créalo, padre, créalo; si no, ¿á qué habían de avisármelo?

—Lo que buscan esos ladrones es dinero, y aquí no le hay.

—También buscan mujeres. Galita me dijo que á ella también la robaron.

—Y esa Galita ¿te dijo que su nombre verdadero es Gabriela Sarmiento?

—Sí, padre, ella misma.

—El asunto puede ser serio. Voy á dar cuenta al señor corregidor. Tú espérame en casa y no cuentes nada á nadie. Si ocurre algo, avisa á los vecinos. No te asustes, que el susto es mal enemigo. Por el momento no hay nada que temer. Adiós, hija mía.

—Vuelva pronto, padre.

Salió Sancho y fuese rectamente á buscar á D. Melchor de Andrade. Llegó hasta él sin dificultad, porque el corregidor era accesible á todos á cualquiera hora. Refirióle cuanto sabía, y aguardó.

—Bien habéis hecho, Sancho amigo—contestó D. Melchor reposadamente,—en darme pronta cuenta de todo eso y en mandar á vuestra hija que nada diga. Se me va á presentar la ocasión de escarmentar en toda forma á esa cuadrilla de bandoleros que tiene infestada la ciudad. Estad tranquilo, que el asunto queda á mi cargo.

—Yo trasladaré mi hija á otra casa.

—No hagáis tal, os ruego que no lo hagáis. Ese traslado sería un aviso á los ladrones y nos haría fallar el golpe. Yo proveeré á vuestra seguridad y á la de Isabel de tal manera que alejéis todo temor.

—Pero, señor corregidor...

—Si después de ver las providencias que yo tomo persistís en ese traslado, hacedle; pero nos haréis á la ciudad y á mí un flaco servicio, quitándome una ocasión que no volverá á presentarse.

La palabra de D. Melchor era tan segura y tranquila que Sancho, con ella y con sus bríos de soldado viejo, medio se tranquilizó también.

—¿No me habéis dicho que esa mendiga, esa Galita, se llama Gabriela Sarmiento?

—Así dijo ella.

—¡Qué cosa tan extraña!... Yo he oído algo... ¿Conocéis, Sancho, á D.<sup>a</sup> Aldonza de Sanabria, la Marquesa de Peñaluenga?

—No sólo la conozco, sino que la aprecio mucho y me aprecia.

—Pues llegaos á su casa, contadla en reserva lo propio que me habéis contado y habladla de esa Gabriela. Puede que cojamos un hilo muy importante. Y decid á D. Alonso que me haga la merced de llegarse por acá.

Salió Sancho y quedóse D. Melchor dando vueltas por su despacho y calculando lo que debía hacer para dar una buena batida á los bandoleros.

Llegó el padre de Isabel á casa de D.<sup>a</sup> Aldonza, dijo quién era y la señora mandó que le introdujesen en su estrado con toda atención. Hizo el encargo del corregidor y, como final, contó lo de Galita. Apenas D.<sup>a</sup> Aldonza oyó el nombre de Gabriela Sarmiento y que había sido robada en Monforte de Lemus, exclamó, alterada y sorprendida:

—¡Ésa es mi sobrina!

—¡Sobrina de su señoría!

—Sí, sobrina. Hija de mi hermana D.<sup>a</sup> Mencía y hermana, á su vez, de D.<sup>a</sup> Beatriz, aquella joven que iba conmigo en el coche.

Sancho estaba asombrado.

—¡Oh, Dios mío! ¡Pobre niña! Si la pudiéramos rescatar...

—Señora, haremos cuanto se pueda.

—Sí, Sancho, sí, y os lo agradeceré con toda mi alma.

—Se hará, señora, se hará; no sé cómo, pero se hará; con ayuda del señor corregidor guardaremos á Isabel y salvaremos á D.<sup>a</sup> Gabriela.

--Y con empeño de mi hijo D. Alonso, que la pobre Gabriela es prima suya, y con la ayuda también de Fontecha, que es hombre de valor y amigo nuestro.

—Todo se tentará.

—Si hace falta dinero, yo lo daré. ¡Ah, Dios mío! Si lográsemos recobrarla...

D.<sup>a</sup> Aldonza lloraba recordando la desgracia ocurrida á su hermana D.<sup>a</sup> Mencía, su imaginación le representaba el robo de la niña; la noticia recibida le avivaba el deseo, le traía á la memoria las pesquisas inútiles y las penas sufridas, mezclándose todo con la vaga esperanza de recobrar á la pobre Gabriela. Sancho procuraba tranquilizarla, pero lograba poco. Al fin consiguió algo, y entonces la Marquesa llamó y dijo á un criado:

—Andrés, dí á D.<sup>a</sup> Beatriz que venga.

Llegó ésta en seguida.

—¿Sabes, hija mía, que hay noticias de Gabriela?

—¡De Gabriela!

—Sí, Beatriz, de Gabriela.

—¿Dónde está? ¿Vendrá á casa? ¿vendrá pronto? Que venga, tía, que venga en seguida.

—¿Que dónde está? ¡Ay, Beatriz!

—¡Dios mío! ¿Está en algún sitio malo?

—Está... con los ladrones de Caperuzo.

—¡Con ladrones Gabriela!

—Sí, desde que la robaron.

—¡Jesús, Jesús! ¿Cómo la libertaremos?

—De eso tratamos el amigo Sancho y yo.

—¡Ay, mi pobre Gabriela! ¡mi pobre Gabriela! ¡Con ladrones! ¡Tía... tía... ay!.. ¿Será ella ladrona también?

—No me lo parece—interrumpió Sancho,—porque ella es la que nos ha avisado de que también querían robar á mi Isabel.

—¿También á Isabel?

—También.

—¿Y cómo ha sido?

Sancho volvió á contar lo sucedido.

—¡Y está tan miserable... y yo tan rica! Pero ¿Dios cómo permite eso?

—Deja á Dios y no le acuses, Beatriz. Confía en su Providencia. Él te devolverá á tu hermana.

LEANDRO MARISCAL.

(Continuara.)

---

# POLÍTICA INTERIOR

---

## I

Débil, irresoluto, hombre sin carácter y sin energía, político fracasado y otras vulgaridades por el estilo vienen repitiendo los periódicos desde que el Sr. Silvela manifestó firme resolución de retirarse á la vida privada. Nosotros, que estamos muy distanciados en política del antiguo jefe de los conservadores; nosotros, que no le debemos acta alguna de diputado ni de senador, vamos á decir con ruda franqueza lo que pensamos del Sr. Silvela.

Honrado sin ostentación ni hipocresía, liberal por sus principios, demócrata por su trato y costumbres, sencillo, franco, enemigo de las adulaciones y generoso con sus adversarios, de poderosa inteligencia, de extensa cultura y de educación esmeradísima, tenía el Sr. Silvela sobrados merecimientos para dirigir un partido.

¿Qué causas han influido en el ánimo del Sr. Silvela para dejar la jefatura del partido conservador y retirarse á la vida privada? En nuestro sentir, la principal es que necesita de los pleitos para las necesidades de la vida. Entre el oro de los litigantes y el oropel de la Presidencia del Consejo de Ministros, prefiere el primero, sin que tal acción merezca reproches, pues no es la política profesión monástica que exija votos de perpetuidad, ni el llegar á la cumbre en la vida pública requiere el sacrificio constante de la privada. Creen algunos que obedece resolución tan decidida á serios disgustos en soberanas regiones. Afirman otros que la ingratitude de determinados correligionarios le ha puesto en el trance de decidirse á abandonar la dirección de las huestes conservadoras, lo cual ha llevado á cabo en los momentos en que sus *cari-*

ñosos amigos necesitaban más de su apoyo. No conocen al Sr. Silvela los que esto afirman. Todo eso de segundas intenciones que suponen en él, de dagas florentinas y de maquiavelismos refinados, todo eso, son cuentos de periódicos ó producto de la fantasía de los que asisten diariamente al salón de conferencias del Congreso.

## II

Si grave se presenta la elección de jefe del partido liberal, dado que Montero Ríos, Vega de Armijo y Moret se muestran cada día menos dispuestos á ceder en sus aspiraciones, gravísima aparece la cuestión entre los prohombres del partido conservador. ¿Quién heredará esta jefatura? Aspiran á ella Maura, Dato y Villaverde; pero á ninguno de los tres, sin embargo de su historia y superiores méritos, adornan las excepcionales condiciones del Sr. Silvela. Opinan algunos, que el Sr. Maura, á quien nadie podrá negar su peregrina elocuencia y su claro entendimiento, vive fuera de la realidad de la vida. No se quiere convencer, añaden, de que los tiempos de religiosa intolerancia han pasado, y de que perseguir á los impíos á sangre y fuego ya no es posible, como no es posible volver á la época feudal, ni aun á la absoluta. Dócil como la cera el Sr. Dato, acostumbrado á obedecer y no á mandar, necesita un espíritu superior que le contenga en sus arrebatos y le anime en sus desalientos. Además, el Sr. Dato, antes que político y antes que Ministro es abogado. Para él, los senadores, los diputados, los gobernadores y los alcaldes son todos litigantes. Hay, en mi entender, evidente exageración en estos juicios. Acerca del Sr. Villaverde, si su altivez, brusquedad, y hasta me atrevería á decir su orgullo, le hacen antipático á ciertos elementos del partido conservador; si sus relaciones con el Sr. Silvela son un poco tirantes, y si sus caricias á los encarnizados enemigos que tuvo en Valladolid el ilustre D. Germán Gamazo son motivos de disgustos con el Sr. Maura, preciso es reconocer que el actual Presidente del Consejo de Ministros tiene autoridad y prestigio para ponerse al frente de la legión conservadora.

Se necesita en los tiempos que corren, más que tribunos de arrebatadora elocuencia, hombres entendidos en todas las arduas cuestiones de Hacienda pública, y más que abogados en ejercicio, hombres de carácter y de energía. Obstáculos, y no pequeños, encontrará el Sr. Villaverde en su camino; pero la victoria será suya en tiempo no lejano, y á ello ha de contribuir principalmente la ayuda de un lugarteniente de la inteligencia, la actividad, el tacto y los recursos políticos del señor García Alix, que ya en su paso anterior por el Ministerio de Instrucción pública hizo gala de espíritu reformista y de respeto á las corrientes de la opinión.

El Sr. Villaverde está, pues, en las mejores condiciones para repetir la sabida frase: *Ó César ó nada.*

PEDRO ANSÚREZ.

---



# BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO

---

**Versos para escuelas**, por MELCHOR DE PALAU.—Un volumen de 77 páginas en 8.º—Madrid, 1903.

El Sr. Palau, ya ventajosamente conocido por anteriores obras suyas, ha reunido diversas composiciones poéticas en un interesante libro dedicado á la infancia, la cual está en nuestro país más desamparada de lo que se cree respecto á obras que puedan agradarla é instruir la á un tiempo mismo.

Con harta frecuencia se le sirven insulseces ó perogrulladas en prosa ó verso creyendo deleitarla; áridos é indigestos sermones, rimados ó no, con la pretensión de educar sus sentimientos morales; y hay compilador que le presenta producciones clásicas llenas de arcaísmos é intrincadas alegorías, como si tales figuras retóricas fueran asequibles á inteligencias en embrión.

No es de esta índole el libro del Sr. Palau, el cual, en versos de irreprochable factura, va presentando á sus infantiles lectores pensamientos útiles, siempre sencillos y transparentes en la forma, y en ocasiones profundos en el fondo; sentidos recuerdos de la vida de Jesús y del drama del Calvario, que enlazan el interés religioso con el poético; tradiciones de singular atractivo, como «La formación del Montserrat» y «El jilguero»; una oda «A Sebastián Elcano», en que, con datos tomados de la historia y de la leyenda, se trata de infundir admiración al glorioso marino; unas brillantes décimas tituladas «El rayo», consagradas á exaltar el formidable poder de la energía eléctrica; y dos odas: «A la geología» y «Al carbón de piedra», donde, como en la composición anterior, se procura, con loable propósito, despertar en el alma de los niños el culto á la ciencia, transformadora del mundo.

Aún hay otras poesías de carácter moral muy apreciables, y en todas revela el Sr. Palau inspiración de verdadero poeta y gusto exquisito, si bien algunas veces la magnitud del asunto y el entusiasmo artístico del autor le remontan demasiado sobre el nivel de *su público*.

Entre las poesías del volumen hay una que encierra un pensamiento de especial delicadeza, envuelto en primorosas quintillas, y me permito reproducirla, para que hable ella mejor que yo en abono de la obra.

## APRENDED, FLORES

(APÓLOGO)

«En la margen de un torrente  
columpiábase una flor  
tan fragante, que el ambiente  
la mecía suavemente  
para aspirarla mejor.

Logró una tarde la hermosa  
mirarse en el claro espejo  
del agua, que, codiciosa,  
«eres la flor más preciosa»,  
le dijo con su reflejo.

Cándida, al oirlo, inclina  
su tallo al móvil cristal,  
y más y más avecina  
su corola peregrina  
á la espuma del caudal.

Juguetona el agua salta  
y, al besarla hoja tras hoja,  
con blancas perlas esmalta  
su belleza, que resalta  
á medida que se moja.

Mas al fin, de goces lleno,  
á la flor, mustia y ajada,  
hunde el raudal en su seno  
y en remolinos de cieno  
la lleva á la mar airada.

.....  
Adorno de la ribera,  
algunas flores había  
que, con sonrisa hechicera,  
con el agua lisonjera  
coqueteaban á porfía.

Hay quien dice que observaron  
pasar la tronchada flor,  
pues el tallo levantaron  
y su cáliz apartaron  
de las caricias de amor.»

El librito del Sr. Palau ha sido destinado por ayuntamientos y colegios á servir de lectura y aun de premio escolar, honor muy justo y del cual pocos de su clase serán tan merecedores.

JOSÉ DELEITO Y PIÑUELA.

\* \* \*

**Études de Psychologie physiologique et pathologique**, por E. GLEY, profesor de la Facultad de Medicina de París, individuo de la Academia de Medicina, etc.—París, Félix Alcan, editor, 1903.—En 4.º, VIII-335 páginas, 5 francos.

En una gran parte de esta obra se trata de las condiciones fisiológicas de la actividad intelectual. Junto á las investigaciones personales del autor sobre el estado de la circulación de la sangre y sobre las variaciones de la temperatura durante el trabajo intelectual, se hallan resumidas y criticadas las investigaciones que han hecho otros sobre el mismo asunto. Examina también de una manera metódica la importante cuestión de los cambios nutritivos bajo el influjo de la actividad mental. Ilustran los capítulos varios trazados del pulso en diversas condiciones psíquicas y algunas curvas de temperatura y los completan sendas bibliografías.

Consagra el autor unas cincuenta páginas á exponer el resultado de sus experimentos sobre los movimientos musculares inconscientes. Sábese que es el primero que ha demostrado objetivamente, por medio del método gráfico, la naturaleza muscular de esos movimientos. En el mismo orden de ideas, reproduce curiosos ejemplares de escritura inconsciente.

Termina la obra con un estudio del sentido muscular y otro de psicología patológica sobre las aberraciones del instinto sexual. El autor, que fué ayudante del Dr. Magnan y pudo ver bastantes ejemplos de anomalías, insiste particularmente en los hechos de inversión sexual y propone una teoría para explicarlos.

\* \* \*

**Philosophie de l'effort**. Ensayos filosóficos de un naturalista, por ARMANDO SABATIER, decano de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Montpellier, director de la Estación Zoológica de Cette, catedrático del Instituto.—París, Félix Alcan, editor, 1903.—En 4.º, 481 páginas, 7,50 francos.

El autor de este libro es un sabio que ha aprendido á admirar y á amar la naturaleza y á ser con ella benévolo y justo, porque el estudio de ésta le ha revelado tesoros de lógica, de sabiduría, de justicia y de fuerza, frecuentemente desconocidos, al propio tiempo que un gasto infatigable de esfuerzos en la lucha por adquirir una condición mejor. Así han nacido las ideas fundamentales que dominan en estos *Ensayos*. Formula sus ideas de la manera siguiente: hay en la naturaleza un ideal que puede definirse el desarrollo y perfeccionamiento del espíritu; hay también una tendencia evidente á la conquista y realización de ese ideal, y tal tendencia evolutiva constituye un sentimiento de *obligación biológica* inmanente á la naturaleza. El esfuerzo es consecuencia de semejante tendencia y es el promotor principal de la evolución ascendente del universo. Según el autor, la naturaleza debe á su

origen divino el ideal moral, que es su fin. Tales son los jalones directores que sirven de guía á los *Ensayos*, que componen una obra coherente y convergente, á pesar de lo vario de los asuntos que en ella se tratan. Citaremos algunos: «Evolución y libertad», «Evolución y socialismo», «Dios y el mundo», «Finalidad», «Ciencia y conciencia», «El instinto de creación», «Energía y materia», «¿Es eterno el universo material?», «Vida y espíritu en la naturaleza», etc.

\* \* \*

**Causeries sanitaires**, por el DR. A. IVERT, médico mayor de Sanidad Militar, retirado. Prólogo de P. Strauss, senador. Tomo I.—Paris, Félix Alcan, editor, 1903.—En 4.º 333 páginas, 5 francos.

Comprende esta obra la serie de conferencias dadas por el ilustre médico de Dijon, en la Sociedad de socorros, á los heridos de mar y tierra que existe en aquella población. Empieza poniendo al alcance de todos las nociones generales, los principios fundamentales y las principales deducciones prácticas que se desprenden de la teoría de los gérmenes y de los célebres descubrimientos de Pasteur, que es indispensable conozca toda persona medianamente instruída.

\* \* \*

**Principios de Derecho natural**, por D. LUIS MENDIZÁBAL Y MARTÍN, catedrático de la Universidad de Zaragoza.—Barcelona, Juan Gili, editor.—Cortes, 223.—1903.

Ocupa el Sr. Mendizábal lugar distinguidísimo entre los profesores de nuestras Universidades por su laboriosidad y por sus conocimientos en la asignatura de Derecho natural. Con mucho orden y método, bajo un plan rigurosamente didáctico, trata el señor Mendizábal todo lo más fundamental é importante de la ciencia, hasta el punto que los alumnos de la Facultad de Derecho encontrarán en los *Principios de Derecho natural*, no sólo eficaz y poderoso guía para sus estudios, sino también un libro lleno de doctrina y de erudición. Tal vez sea esto lo único censurable que encontramos en la obrita del ilustre catedrático de la escuela de Zaragoza. Hay capítulos en que desaparece la personalidad del Sr. Mendizábal y sólo vemos la doctrina de Carlos Hall, de Proudhon, de Frank, de Daniel Stern, de Luis Blanc, del príncipe Kropotkine y de tantos otros. Del mismo modo hemos de hacer notar que el autor, demasiado encariñado con la escuela tradicionalista, si conocedor de las nuevas corrientes de la filosofía del Derecho, nada admite ni aun encuentra digno de alabanza en los apreciables trabajos que desde Kant se han hecho por la escuela racionalista. Sea de ello lo que quiera, justo será confesar que el li-

bro del Sr. Mendizábal encierra mucho bueno y debe ocupar sitio preferente entre los mejores que se publican en nuestros días.

\* \* \*

**Arte de cuidar á los enfermos**, *Manual teórico práctico para uso de las familias en general y de las religiosas enfermeras en particular*, por L. GRENET, canónigo superior eclesiástico de las hermanas de la Misericordia de Séz (Francia). Traducción española, autorizada por el autor, hecha sobre la 5.<sup>a</sup> edición francesa, con licencia.—Un magnífico tomo en 8.<sup>o</sup> mayor, esmeradamente impreso é ilustrado con 84 grabados. En rústica 5 pesetas, lujosamente encuadernado en tela inglesa 6 pesetas.—Barcelona, Gustavo Gili, editor, Consejo de Ciento, 2851.—1903.

El *Arte de cuidar á los enfermos* es una obra muy pensada, muy bien hecha y muy útil. La madre de familia para cuidar á sus hijos y las caritativas mujeres que pasan su vida al lado de los enfermos deben leer, ó mejor dicho, deben aprender de memoria este libro, el más notable de todos los que en su clase se han escrito. El éxito que ha tenido en Francia ha sido extraordinario, y como dice el Dr. Redier, *en ninguna casa debta faltar un ejemplar de esta excelente obra*. Las personas encargadas de velar y cuidar á los enfermos encontrarán en el *Manual* las instrucciones más sabias y los consejos más prudentes para aliviar los males físicos y las tristezas morales de todos los que se hallen á su cuidado. Felicitamos de todas veras al editor D. Gustavo Gili por la publicación del hermoso libro del canónigo Grenet.

\* \* \*

**El espejo de la fe**, por el P. CUTHBERT (*pasionista*) y traducida directamente del inglés por E. Massaguer.—Precio, 2 pesetas 50 céntimos.—Editor, Juan Gili, Cortes, 223, Barcelona.

Propónese el P. Cuthbert educar á la juventud en los principios de la religión católica tomando por base el Catecismo, pues en éste, dice, hay materia abundante para una biblioteca entera. Es preciso que los jóvenes, convencidos de las verdades que encierra el Catecismo, combatan sin tregua ni descanso los errores doctrinales y las ideas perniciosas que frecuentemente han de leer en libros y periódicos ó han de oír en el trato social. Que los padres de familia no olviden, añade el ilustre autor de *El espejo de la fe*, que Blanca de Castilla, madre de San Luis, Rey de Francia, con su heroico deseo de ver á su hijo muerto antes que caído en pecado mortal, es el verdadero modelo de la madre genuinamente cristiana.

\* \* \*

**Higiene del alma**, por el barón ERNESTO DE FEUCHTERSLEBEN, traducido de la 45 edición alemana por Manuel María Angelón y José Góngora.—Su precio 2 pesetas.—Juan Gili, editor, Cortes, 223, Barcelona.

Entre los preciosos manuales enciclopédicos de la Biblioteca Gili, el más precioso, en nuestra humilde opinión, es la *Higiene del alma*. Desde su publicación en Alemania, en 1838, se han hecho 45 ediciones. Prueba el insigne filósofo y médico que las enfermedades del cuerpo son producidas por las dolencias anímicas y que el alma tiene poder para aumentar, disminuir ó curar los dolores físicos. El barón Ernesto de Feuchtersleben, profundo observador de la naturaleza humana, termina su libro dando reglas para vivir con salud, sosiego y alegría.

\* \* \*

**Símbolos de María en la naturaleza**, por el abate J. M. PLANAT. Traducción del francés por el Rdo. P. DIONISIO FIERRO (escapulario).—Su precio 2 pesetas 50 céntimos.—Juan Gili, editor, Cortes, 223, Barcelona.

Dice el autor en el prólogo que, después del estudio de Dios, no hay otro estudio que más halague al espíritu y al corazón que la contemplación de María en el admirable cuadro de las obras divinas. La imagen de María, añade, la encontramos en todas partes: en el cielo y en la tierra, en los astros innumerables que ruedan por los espacios, en el canto de los pajaritos que resuena por los aires, en el fondo de los valles tapizados de flores, en las más encumbradas montañas cubiertas de blanquísima nieve, en el arroyo cristalino que desciende de las altas planicies y en las profundidades del mar. En la naturaleza toda hemos hallado la fisonomía bella y pura de María, reina del mundo. *Símbolos de María en la naturaleza* es un libro escrito por un insigne varón que ha consagrado toda su alma al culto de la Madre de Dios. De este modo termina el prólogo: «Hemos tratado treinta y un asuntos con el pensamiento de que pudieran utilizarse estas consideraciones para los ejercicios del mes de María, bien como instrucciones, bien como lecturas. Si estas páginas sin valor os son agradables, ¡oh, María!, bendecid al que las ha escrito en vuestro honor y bajo la inspiración de vuestro amor. Bendecid también á todos los que las leyeren.»

\* \* \*

**Elementos de química agrícola**, por el DR. CASIMIRO BRUGUÉS Y ESCUDER.—Su precio, 2 pesetas.—Barcelona, Juan Gili, editor, Cortes, 223, 1903.

En cuatro partes divide su libro el Dr. Brugués: La atmósfera.—La tierra de labor.—La planta.—Los abonos. En la primera parte se estudia el oxígeno, el ácido carbónico, el ázoe y los

compuestos nitrogenados, el ozono y el agua oxigenada, las partículas que flotan en el aire y la composición cuantitativa y masa del aire; pero el capítulo más interesante, más nuevo y donde el autor da relevantes pruebas de sus profundos conocimientos es el que intitula «Fenómenos químicos que influyen en la composición del aire.» Trátase en la segunda parte de la composición de las rocas, de la descomposición de las materias orgánicas en el suelo, del humus, de la atmósfera y del poder absorbente del suelo, de la coherencia y estructura de las tierras, del suelo y el subsuelo, y del ensayo y de la clasificación de las tierras. Entre los capítulos de la tercera parte que más han llamado nuestra atención se citarán los «Elementos químicos de la planta», «El agua de las plantas», las «Composiciones orgánicas», y muy especialmente la teoría de las diferentes funciones que constituyen la vida vegetal. La cuarta y última parte, ó sea «Los abonos», es lo mejor de los excelentes *Elementos de química agrícola*.

En suma, la ciencia agrícola se ha enriquecido con una obra de suma utilidad. Todos nuestros agricultores deben estudiarla.

\*  
\* \*

**Prácticas preparatorias de instrumentación**, por FELIPE PEDRELL.—Precio 3,50 pesetas.—Editor, Juan Cili, Cortes, 223, Barcelona.

El objeto del libro es, como dice el mismo autor, «presentar sencillamente una especie de nomenclatura explicativa y razonada del material sonoro utilizado por la música moderna en todas sus manifestaciones, de forma y manera que pueda tomarse como guía por el compositor, como tema de estudio preparatorio de instrumentación por el discípulo, y aun como materia de curiosidad por el aficionado.» No hay que decir que el Sr. Pedrell ha desarrollado el tema á las mil maravillas. Su autoridad en esta clase de estudios es indiscutible. El *Manual* del Sr. Pedrell es necesario, lo mismo para el maestro que se proponga juzgar las producciones artísticas, que para el alumno que desee llevar á la práctica sus inspiraciones musicales. Pero no sólo el autor de *Prácticas preparatorias de instrumentación* es excelente músico y notable erudito, sino también hombre de ciencia, como de ello da pruebas en el estudio que acerca del sonido hace en los capítulos primero y segundo. Terminaremos diciendo que el ilustre académico de la Real de Bellas Artes de San Fernando ha conseguido con su libro lo que se proponía, esto es, hacer una obra de enseñanza en beneficio de todos y principalmente de los compositores, de los alumnos estudiosos y de los meros aficionados.

\*  
\* \*

**La cremación é inhumación de los cadáveres ante la ciencia y la religión**, por el DR. D. MANUEL DE CASTRO ALONSO, canónigo de la S. I. M. de Valladolid.—Su precio, 1,50 pesetas.—Juan Gili, editor, Cortes, 223, Barcelona.

Acertadísimo estuvo el editor Sr. Gili al encargar al Sr. Castro Alonso que escribiese un libro sobre *La cremación é inhumación de los cadáveres*. El canónigo de la catedral de Valladolid, profundo filósofo, distinguido escritor, eminente crítico, acaba de prestar servicio no pequeño á la ciencia y á la Iglesia católica. Con la reflexión serena del sabio y con el convencimiento de la verdad sin la intransigencia, después de estudiar todo lo que en pro y en contra se ha escrito sobre la materia, ha probado que la cremación no es un adelanto de la cultura moderna, debiéndose, por tanto, no desterrar de la práctica la inhumación como antihigiénica y antigua. «Sigamos (así termina el libro) volviendo á la tierra de la cual salimos, y esperemos en ella, al lado de nuestros padres, bajo las bendiciones de la Iglesia, el día feliz de la resurrección, dejando á los que no tienen estos consuelos ni esperanzas que reduzcan á nada lo que reputan nada.» Véase el índice de la obra: Introducción. —Diferentes clases de enterramiento y su historia.—Los enterramientos y la higiene.—Fundamentos de la cremación de los cadáveres.—Aparatos crematorios.—Cementerios.—Fundamentos de la inhumación.—Higiene de los cementerios.—La cremación y la inhumación ante la religión católica.—Conclusión.

PEDRO ANSÚREZ.

\* \* \*

**Ensayo de un catálogo de periodistas españoles del siglo XIX**, por MANUEL OSSORIO Y BERNARD.—Madrid, 1903.

El trabajo de bibliógrafo es, en verdad, un trabajo rudo y bien poco estimado. Casi siempre se les llama con desprecio *bibliómanos*, *ratones de biblioteca*, y no se tiene en cuenta el ímprobo esfuerzo que requiere una tarea como la de registrar cosas viejas y coleccionar apuntes recogidos aquí y allá en muchos años de labor perseverante. El venal escritorzuelo de comedias más ó menos pornográficas y estúpidas, verdaderos atentados contra el buen gusto y el sentido común; el poeta cargado de ripios y de endecasílabos flojos; el novelista por entregas, dedicado á propinar al respetable público la última soporífera receta del averiado romanticismo ó del no menos averiado naturalismo,—todos son más apreciados que el humilde erudito que, escondido en una biblioteca triste, recoge notas y datos para la obra futura. Todos son tenidos en más porque todos ellos adoran el brillo momentáneo, la gloria fugaz; todos desean que sus nombres sean traídos en boca de la multitud para vituperio ó para elogio; todos aman lo diuturno, lo pasajero... Y en tanto, el modesto bibliógrafo,

hacinando materiales, auxilia é inaugura la historia de los años pasados.

El Sr. Ossorio y Bernard ha hecho obra meritoria. Inaugurando esta serie de ensayos sobre bibliografía periódica, contribuye poderosamente á la formación de la historia española del siglo XIX, donde se registrarán los nombres de los que en la prensa han sostenido todas las causas buenas... ó todas las causas perdidas. Su *Ensayo* es una obra de paciencia y de trabajo que acredita el buen gusto del autor y donde van todos los nombres que han honrado la prensa española: desde mi paisano Lorenzana hasta mis amigos Luis Bello y Bernardo G. de Cándamo, desde Roque Barcia hasta los hermanos Quintero. Es un libro de hombre modesto y laborioso; el Sr. Ossorio ha obrado como bueno. Su obra, tan meditada, tan paciente, tan rigurosa en método, tan concisa, no lleva títulos pomposos... ni es indispensable en la biblioteca de todo hombre ilustrado, siquiera éste sea académico de la Lengua.

\*  
\* \*

**Reflexiones á Pablo** (sobre sociología), por UBALDO ROMERO QUIÑONES.—Guadalajara, 1902.

**La verdad social** (sobre sociología), por UBALDO ROMERO QUIÑONES. Guadalajara, 1903.

Estas dos obritas, que, como el mismo autor dice, son una síntesis de toda su obra, explanada en cuarenta volúmenes, tienen una sencillez en la doctrina y en el lenguaje que las hace muy agradables. No es el Sr. Romero de esos doctrinarios impenitentes que nunca hablan más que *ex cátedra*. Su obra es accesible á todas las fortunas, quiero decir, á todas las clases sociales. No hay citas en griego, ni en alemán, ni siquiera en chino; su obra es obra de verdad y de justicia, y la verdad y la justicia resplandecen en claro lenguaje, sin perifollos de falsa erudición. El señor Quiñones ha tenido la prudente previsión de ser sencillo, y el pueblo, para quien él escribe, que es sencillo también, se lo agradece. El Sr. Quiñones (hay que proclamarlo muy alto para que todos lo sepan y tomen ejemplo) se ha sacrificado al pueblo. El mismo nos da en sus *Reflexiones á Pablo* una valiente declaración que me ahorra de hacer un sutil análisis biográfico del ilustre sociólogo. Hablando de su obra, dice: «Más de cuarenta volúmenes publicados; nací de padres ricos, privilegiados, que me enseñaron y pagaron cuanto podía aprender en carreras profesionales, y siempre me puse de parte de los explotados, empleando toda mi capacidad é inteligencia en favor de su justicia y redención física y moral, como deber de misericordia». He aquí, pues, un buen ejemplo de abnegación que imitar. No es el Sr. Quiñones hombre que necesite estímulos para perseverar en su labor; sabe que la virtud y el trabajo encuentran en sí mismos su recompensa, y aunque no le trompeteen los rotativos ni le cante ditirambos la fama

sonora, él, confiado y valiente, marcha hacia la conquista del ideal que ha soñado. Sus armas son los libros; nada le arredra, y aunque no venza, los buenos le han de agradecer su caballeresca salida á los campos de Montiel.,.

Así obran todos los hombres justos. Combatén por una idea sin parar mientes en su finalidad utilitaria. Morirán abrazados á una bandera aunque les haya hecho pasar muchas penalidades su honrada consecuencia. El Sr. Romero ha puesto su vida en manos de la defensa social; sus cuarenta volúmenes, tan meditados como eruditos, son buena prueba de ello. Todos tratan materias en que se dilucida el gran problema obrero, el gran problema económico, el gran problema político ó el gran problema social. Su *Evangelio del hombre* es una verdadera Biblia de los tiempos modernos. «Nadie es profeta en su tierra», ha dicho Jesucristo. Esta sentencia, que es la justificación de los genios incomprendidos, reza con el Sr. Quiñones. Mientras dedicamos nuestra incondicional admiración al primer gacetillero insulso que nos habla de la última actualidad, hombres tan rectos, tan sabios como el señor Romero Quiñones yacen en la oscuridad de una provincia de tercer orden. Pero cuando este genio es conocido en el extranjero, señal de que es genio efectivo. Así ha sucedido con Ganivet, con Sánchez Calvo. Sus obras son mencionadas con respeto entre los sabios de allende las fronteras, en tanto que permanecen desconocidas para nosotros. El Sr. Romero nos afirma en sus dos últimos folletos que algunas de sus obras están traduciéndose al portugués, al francés y al inglés. Ergo... la consecuencia *patet*, como decían los escolásticos.

Claro que no todas las obras del Sr. Romero son igualmente aceptables ni sus opiniones indiscutibles. Nada de eso. Cada cual tiene sus puntos de vista, y unos miran el mundo deformado porque lo miran á través de un prisma deforme, otros lo ven color de rosa porque la lente es color de rosa. En sus utopías de regeneración, el Sr. Romero pone algo de sinceridad y algo de infantilismo. Como todos los buenos, cree al mundo entero igual en bondad. Pero, aunque utópicamente, obra con fe. *That is the question*.

La obra está dedicada á D. Nicolás Salmerón y á D. José Nakers, ños hombres integérrimos en política, como el Sr. Romero Quiñones lo es en sociología.

PEDRO GONZÁLEZ-BLANCO.

\* \* \*

**Tristezas y esperanzas**, por ERNESTO QUESADA. — Buenos Aires, 1903.

Este libro es una crítica bien hecha, muy bien hecha, de la novela del Sr. Altamira intitulada *Reposo*. Ésta forma parte de la *Biblioteca de novelistas del siglo XX*, en la cual se han publicado obras de tanto mérito como *Guzmán el Malo*, de Timoteo Orbe, y

*El mayorazgo de Labraz*, de Pío Baroja. Combate el Sr. Quesada, y por cierto con verdadera fortuna, la doctrina de Altamira «La vida es la lucha; y el descanso, la ilusión de los instantes de desfallecimiento».

J. O. R.

\* \* \*

**Visto y soñado:** *Yoshi-san la musmé.* — *La esfera prodigiosa.* — *El hijo del banian.* — *Dynsandir y Ganitriya*, por LUIS VALERA, Marqués de Villasinda. — Madrid, establecimiento tipográfico de la viuda é hijos de Tello, 1903. — Un vol. en 4.º, de 290 páginas, 3 pesetas.

No ha resultado infructuoso para las letras españolas el viaje que, como secretario de nuestra legación en China, realizó pocos años ha el joven Marqués de Villasinda. Si allí llevaba dos grandes prestigios literarios en su nombre y en su título, el de su señor padre y el de su abuelo político, el Duque de Rivas, hasta su vuelta no los acrecentó con merecimientos personales, mostrándose digno de su apellido y del título que ostenta. Sus *Sombras chinescas*, relación de su viaje, le revelaron como escritor casticísimo y rico de léxico — que de casta le viene al galgo el ser rabilargo, — como observador delicado, como narrador galanísimo y colorido.

Ahora, aprovechando sus recuerdos, sus impresiones y el medio ambiente en que vivió, ha tramado cuatro narraciones muy lindas, desplegando las alas de su fantasía creadora. Con decir de ellas que están no menos atildadamente escritas que sus *Sombras chinescas*, está hecho su elogio. La tercera, titulada «El hijo del banian», se reduce á una relación de viaje; pero ostenta, quizá más que las otras, suaves notas de ternura en algún pasaje, y lo anotamos por no ser precisamente este sentimiento el que domina en las narraciones del Sr. Valera. «Yoshi-san la musmé» se nos antoja la más vivida y real, con felices toques en la descripción de los tipos que en la acción intervienen. «La esfera prodigiosa», un prodigioso cuento y cuento prodigioso, y «Dynsandir y Ganitriya» una escena episódica de los primitivos pueblos orientales, embellecida y agrandada por la fantasía del narrador. Miradas en conjunto esas cuatro narraciones, todas orientales, ofrecen tanta variedad de tonos y de asuntos que, á ser ésta la intención de su autor, bien puede afirmarse que boyantemente la ha realizado.

Y entre tantas y tan buenas condiciones *personales*, me agrada más el libro por las influencias que revela. No quiere decir esto que todos debamos ponernos de cara al sol naciente y entonar el himno de Riego al orientalismo, sino todo lo contrario. Cada cual debe aportar á nuestra literatura las influencias que sinceramente recibe y de las que se enamora, y porque D. Luis Valera ha visto, sentido y amado de cerca el orientalismo, y porque revela con pasión y arte esta influencia en sus obras, es por lo que yo le aplaudo y celebro. Decía el famoso Brocense: «Y si me preguntan

por qué entre tantos millares de poetas como nuestra España tiene tan pocos se pueden contar dignos de este nombre, digo que no hay otra razón sino porque les faltan las ciencias, lenguas y doctrinas para saber imitar».

Y como el libro ha sido ya muy celebrado, basten las presentes notas, que antes de ahora debí escribir y no escribí por más necesarias y perentorias ocupaciones, para recomendar por esta indicación bibliográfica la obra del Sr. Valera al público y enviar mi enhorabuena, con mis plácemes, al autor, quien, como Ruy González de Clavijo, parece haber traído de tan apartadas tierras egregia cautiva para ingerirle aquí sangre española.

E.

---

IMPRESA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ

Libertad, 16 duplicado